

La Gran Controversia Entre Cristo y sus Ángeles Y Satanás y sus Ángeles

**Por Elena G. de White
Battle Creek, Mich.
Publicado por Jaime White
1858**

Índice Capítulos

- 1 La Caída de Satanás
- 2 La Caída del Hombre
- 3 El Plan de Salvación
- 4 El Primer Advenimiento de Cristo
- 5 El Ministerio de Cristo
- 6 La Transfiguración
- 7 La Traición de Cristo
- 8 El Juicio de Cristo
- 9 La Crucifixión de Cristo
- 10 La Resurrección de Cristo
- 11 La Ascensión de Cristo
- 12 Los Discípulos de Cristo
- 13 La Muerte de Esteban
- 14 La Conversión de Saulo
- 15 Los Judíos Deciden Matar a Pablo
- 16 Pablo Visita Jerusalén
- 17 La Gran Apostasía
- 18 El Misterio de la Iniquidad
- 19 La Muerte No es un Tormento Eterno
- 20 La Reforma
- 21 La Unión del Mundo y de la Iglesia
- 22 Guillermo Miller
- 23 El Mensaje del Primer Ángel

24	El Mensaje del Segundo Ángel
25	El Movimiento Adventista Ilustrado
26	Otra Ilustración
27	El Santuario
28	El Mensaje del Tercer Ángel
29	Una Plataforma Firme
30	El Espiritismo
31	La Avaricia
32	El Zarandeo
33	Los Pecados de Babilonia
34	El Fuerte Pregón
35	El Cierre del Tercer Mensaje
36	El Tiempo de Angustia de Jacob
37	La Liberación de los Santos
38	La Recompensa de los Santos
39	La Tierra Desolada
40	La Segunda Resurrección
41	La Segunda Muerte

Capítulo 1

La Caída de Satanás

El Señor me ha mostrado que Satanás fue una vez un ángel honrado en el cielo, que seguía en orden a JesuCristo. Su semblante era apacible, expresivo y lleno de felicidad como el de los demás ángeles. Su frente alta y espaciosa indicaba su poderosa inteligencia. Su forma era perfecta, su porte noble y majestuoso. Pero vi que cuando Dios le dijo a su Hijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, Satanás sintió celos de Jesús. Deseó que se le consultara con respecto a la creación del hombre. Estaba lleno de envidia, de celos y de odio. Deseó ocupar la posición más exaltada en el cielo, estar cerca de Dios, y recibir los más altos honores. Hasta entonces, todo el cielo era orden, armonía y perfecta sujeción al gobierno de Dios.

Rebelarse en contra del orden y de la voluntad de Dios era el pecado más grande. Todo el cielo parecía estar en conmoción. Los ángeles estaban agrupados en compañías, teniendo a su cabeza un ángel superior que los comandaba. Todos los ángeles estaban agitados. Satanás estaba haciendo insinuaciones en contra del gobierno de Dios, sintiendo la ambición de exaltarse a si mismo, y renuente a someterse a la autoridad de Jesús. Algunos de los ángeles simpatizaban con Satanás en su rebelión, y otros contendían esforzadamente por el honor y la sabiduría de Dios al dar autoridad a su Hijo. Y hubo contienda entre los ángeles. Satanás y los ángeles que simpatizaban con él, quienes estaban luchando por reformar el gobierno de Dios, desearon penetrar en su inescrutable sabiduría para indagar sus propósitos en exaltar a Jesús, y dotarlo con tan ilimitado poder y dominio. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo de Dios, y todos los ángeles fueron llamados a comparecer ante el Padre, para decidir cada caso. Se determinó que Satanás fuese expulsado del cielo con todos los ángeles que se le habían unido en la rebelión. Entonces hubo guerra en el cielo. Los ángeles se empeñaron en la batalla; Satanás deseaba vencer al Hijo de Dios, y a

aquellos que eran sumisos a su voluntad. Pero los ángeles buenos y verdaderos prevalecieron, y Satanás, con sus seguidores fueron echados del cielo.

Después de que Satanás fue arrojado del cielo, con aquellos que cayeron con él, él se dio cuenta de que había perdido toda la pureza y la gloria del cielo para siempre. Entonces, se arrepintieron y desearon ser restaurados de nuevo en el cielo. Él estaba deseoso de tomar su propio lugar, o cualquier otro lugar que le fuera asignado. Pero no, el cielo no podía ser colocado en peligro. Todo el cielo sería estropeado si lo volvieran a recibir; porque el pecado se originó con él y las semillas de la rebelión estaban en él. Satanás había conseguido seguidores, aquellos que simpatizaron con él en su rebelión. Él y sus seguidores se arrepintieron, lloraron e imploraron que los aceptaran de nuevo en el favor de Dios. Pero no, su pecado, su odio, su envidia y sus celos habían sido tan grandes que Dios no los podía borrar. Éstos debían permanecer para recibir su castigo final.

Cuando Satanás llegó a estar completamente consciente de que no había ninguna posibilidad de ser reintegrado nuevamente al favor de Dios, entonces, su malicia y su odio comenzaron a manifestarse. Consultó con sus ángeles, y un plan fue puesto en efecto para trabajar todavía en contra del gobierno de Dios. Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso huerto, Satanás estaba haciendo planes para destruirlos. Una consulta fue efectuada con sus ángeles malos. No había manera de que esa feliz pareja pudiera ser privada de su felicidad si obedecía a Dios. Satanás no podía ejercer su poder sobre ellos a menos que primero desobedecieran a Dios, y perdieran su favor. Ellos tenían que idear algún plan para conducirlos a la desobediencia a fin de que incurrieran en el desagrado de Dios y fueran colocados bajo una influencia más directa de parte de Satanás y sus ángeles. Se decidió que Satanás debía asumir otra forma, y manifestar interés por el hombre. Él debía hacer insinuaciones en contra de las verdades de Dios, crear duda acerca de sí Dios quiso decir lo que dijo, y entonces, estimular su curiosidad, y guiarlos a tratar de inmiscuirse en los inescrutables planes de Dios, algo de lo cual Satanás había sido culpable, y conducirlos a razonar acerca de la causa de sus restricciones en relación con el árbol del conocimiento.

Favor hacer referencia a: Isaías 14:12-20; Ezequiel 28:1-19; Apocalipsis 12:7-9.

Capítulo 2

La Caída del Hombre

Vi que a menudo los santos ángeles visitaban el huerto, y que daban instrucción a Adán y a Eva relativa a su trabajo, y también les enseñaban acerca de la rebelión de Satanás y de su caída. Los ángeles les advirtieron con respecto a Satanás, y les aconsejaron que no se separaran el uno del otro en su trabajo, porque podrían ser puestos en contacto con el enemigo caído. Los ángeles les encargaron que siguieran muy cuidadosamente las instrucciones que Dios les había dado, porque sólo en perfecta obediencia podían estar seguros. Y si eran obedientes, ese enemigo caído no podía tener poder sobre ellos.

Satanás comenzó su obra con Eva para inducirla a desobedecer. Ella obró mal, primero al alejarse de su esposo, luego, al demorarse alrededor del árbol prohibido, y después, al escuchar la voz del tentador, y aun hasta atreverse a dudar lo que Dios había dicho: "porque el día que de el comieres, ciertamente morirás". Ella pensó: 'quizás no quiere decir lo que el Señor dijo'. Se aventuró a desobedecer. Extendió su mano, tomó de la fruta, y comió. Era agradable a la vista, y agradable al paladar. Ella se sintió celosa de que Dios les hubiera prohibido lo que era realmente para su bien. Le ofreció la fruta a su esposo, así tentándolo. Le relató a Adán todo lo que la serpiente había dicho, y expresó su asombro de que tuviera el poder del habla.

Vi que una tristeza cubría el rostro de Adán. Parecía tener miedo y asombro. Una lucha parecía

estar tomando lugar en su mente. Se sentía seguro de que se trataba del enemigo contra el cual habían sido advertidos, y de que su esposa debía morir. Iban a ser separados. Su amor por Eva era fuerte. Y con una actitud de desánimo, resolvió compartir su destino. Cogió la fruta, y rápidamente la comió. Entonces, Satanás se alegró. Se había rebelado en el cielo, y tenía simpatizantes que lo amaban, y lo seguían en su rebelión. Cayó e hizo a otros caer con él. Y ahora, había tentado a la mujer a desconfiar de Dios, para que pusiera en duda su sabiduría, y procurara penetrar en sus planes omniscientes. Satanás sabía que la mujer no iba a caer sola. Adán, en razón a su amor por Eva, desobedeció el mandato de Dios, y cayó con ella.

La noticia de la caída del hombre de diseminó por todo el cielo. Toda arpa enmudeció. Los ángeles depusieron con tristeza sus coronas. Todo el cielo estaba en agitación. Tomó lugar un consejo para decidir qué se debía hacer con la pareja culpable. Los ángeles temían que extendieran su mano y comieran del árbol de la vida, y se convirtieran en pecadores inmortales. Pero Dios dijo que él sacaría a los transgresores del huerto. Ángeles fueron comisionados para guardar el camino al árbol de la vida. Había sido el plan estudiado de Satanás que Adán y Eva desobedecieran a Dios, recibieran su desaprobación y entonces conducirlos a participar del árbol de la vida, para que pudieran vivir para siempre en el pecado y la desobediencia, y así, el pecado se immortalizara. Pero los santos ángeles fueron enviados a sacarlos del huerto, mientras otra compañía de ángeles fueron encargados inmediatamente de custodiar el acceso al árbol de la vida. Cada uno de esos poderosos ángeles parecía tener algo en su mano derecha, con la apariencia de una espada resplandeciente.

Entonces Satanás triunfó. Había hecho sufrir a otros por su caída. Había sido expulsado del cielo y ellos, fuera del paraíso.

Favor hacer referencia a: Génesis capítulo 3.

Capítulo 3

El Plan de Salvación

El cielo se llenó de pesar cuando se dieron cuenta de que el hombre estaba perdido, y de que el mundo creado por Dios se llenaría de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, y no había vía de escape para el ofensor. Toda la familia de Adán debía morir. Contemplé al amante Jesús, y vi una expresión de simpatía y dolor en su rostro. Pronto lo vi acercarse a la deslumbrante luz que envolvía al Padre. Dijo mi ángel acompañante: Está en íntima comunión con su Padre. La ansiedad de los ángeles parecía ser muy intensa mientras Jesús estaba en comunión con su Padre. Tres veces lo encerró el glorioso resplandor que rodea al Padre y la tercera vez, cuando él salió, su persona se pudo ver. Su rostro estaba calmado, libre de perplejidad y duda, y resplandecía con bondad y con una amabilidad que las palabras no pueden describir. Entonces informó a la hueste angélica que se había encontrado una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había intercedido con su Padre y que había ofrecido su vida en rescate, para que la sentencia de muerte cayera sobre él, de modo que por los méritos de su sangre, y como resultado de su obediencia a la ley de Dios, ellos pudieran tener el favor divino, volver al hermoso huerto y comer del fruto del árbol de la vida.

Al principio, los ángeles no pudieron regocijarse, porque su Comandante no les ocultó nada, sino que abrió ante ellos explícitamente el plan de salvación. Jesús les dijo que él se ubicaría entre la ira de su Padre y el hombre culpable, que llevaría sobre sí la iniquidad y el escarnio, que pocos lo recibirían como el Hijo de Dios. Casi todos lo aborrecerían y rechazarían. Dejaría toda su gloria en el cielo apareciendo sobre la tierra como hombre, se identificaría, mediante su propia experiencia, con las diversas tentaciones con las que un hombre es asediado, para saber cómo socorrer a aquellos que fueran tentados; y que

finalmente, después de cumplir su misión como maestro, él sería entregado en las manos de los hombres y soportaría toda la crueldad y el sufrimiento que Satanás y sus ángeles pudieran inspirar a los impíos a infligir; que debía morir la más cruel de las muertes, colgado entre el cielo y la tierra como un pecador culpable; que sufriría terribles horas de angustia, que ni los mismos ángeles podrían mirar, pues ocultarían sus rostros para no verla. No sería sólo agonía corporal, sino que sufriría una agonía mental con la cual no se podía comparar ningún sufrimiento físico. El peso de los pecados de toda la humanidad caería sobre él. Les dijo que moriría y resucitaría de nuevo el tercer día, y que ascendería a su Padre para interceder por el hombre culpable y extraviado.

Los ángeles se postraron ante él. Ofrecieron sus vidas. Jesús les dijo que por su muerte él salvaría a muchos, que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. Sólo su vida podía ser aceptada por su Padre como recompensa en favor del hombre.

Jesús también les dijo que ellos tendrían que desempeñar una parte, y en diferentes ocasiones lo fortalecerían; que él tomaría la naturaleza caída del hombre y su fortaleza no se igualaría con la de ellos; que serían testigos de su humillación, de sus grandes sufrimientos. Y que cuando contemplaran sus padecimientos y el odio de los hombres hacia él, se sentirían sacudidos por las más profundas emociones, queriendo por amor a él, rescatarlo y librarlo de sus asesinos; pero que no debían interferir ni evitar nada de lo que contemplaran, pues tendrían una parte que desempeñar en ocasión de su resurrección; que el plan de salvación había sido ideado y su Padre lo había aceptado.

Con santa tristeza, Jesús consoló y animó a los ángeles y les informó que después de esas cosas, los que él redimiera estarían y vivirían con él para siempre; y que por su muerte rescataría a muchos, y destruiría al que tenía el poder de la muerte. Y su Padre le daría el reino y la grandeza del dominio debajo de todos los cielos, y él los poseería para siempre jamás. Satanás y los pecadores sería destruidos y no perturbarían nunca más el cielo ni la nueva tierra purificada. Jesús encareció a la hueste angélica que aceptara el plan que su Padre había aprobado, y se regocijara en el hecho de que por medio de su muerte el hombre caído podría de nuevo ser exaltado para obtener el favor de Dios y gozar del cielo.

Entonces el cielo se llenó de un gozo inefable. Y la hueste angélica entonó un himno de alabanza y adoración. Pulsaron sus arpas y entonaron una nota más alta que antes, por la gran misericordia y condescendencia de Dios al entregar a su muy Amado para que muriera por una raza de rebeldes. Tributaron alabanza y adoración por la abnegación y el sacrificio de Jesús; por el hecho de que él consintiera en dejar el seno de su Padre, y escogiera una vida de sufrimiento y angustia, y muriera una muerte ignominiosa con el fin de dar vida a otros.

Dijo el ángel: ¿Creéis que el Padre entregó a su amado Hijo sin lucha alguna? No, no. El mismo Dios del cielo tuvo que luchar para decidir si dejaba perecer al hombre culpable o entregaba a su Amado Hijo para que muriera por él, los ángeles estaban tan interesados en la salvación del hombre que se podía encontrar entre ellos quien hubiese estado dispuesto a abandonar la gloria y dar su vida por el hombre perdido. Pero, dijo mi ángel acompañante: De nada valdría. La transgresión era tan grande que un ángel no podría pagar la deuda. Nada sino la muerte, y la intercesión de su Hijo pagaría la deuda, y salvaría al hombre perdido del pesar y la miseria sin esperanzas. Pero a los ángeles se les asignó una obra, la de ascender y descender con el bálsamo fortalecedor procedente de la gloria, para suavizar los sufrimientos del Hijo de Dios y servirle.

También tendrían la tarea de guardar y proteger de los ángeles impíos, a los herederos de la gracia, y escudarlos de las tinieblas que Satanás constantemente arrojaría contra ellos. Vi que era imposible para Dios alterar o cambiar su ley para salvar al hombre perdido, por eso, él permitió que su amado Hijo muriera por la transgresión del hombre.

Satanás se regocijó de nuevo con sus ángeles de que pudiera derribar al Hijo de Dios de su exaltada posición al provocar la caída del hombre. Le dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría dominarlo y estorbaría el cumplimiento del plan de salvación.

Se me mostró entonces cómo fue Satanás una vez, un ángel feliz y exaltado. Después lo vi como es ahora. Todavía su aspecto sigue siendo principesco. Sus facciones aún son nobles, porque es un ángel

caído. Pero la expresión de su rostro está llena de ansiedad, preocupación, infelicidad, malicia, odio, de deseos de causar daño, de engaño, y de toda clase de mal. Observé particularmente esa frente que fue tan noble. A partir de sus ojos comienza a retroceder. Vi que por tanto tiempo se ha inclinado al mal, que toda buena cualidad se ha rebajado, y todo rasgo maligno se ha desarrollado. Sus ojos son astutos, irónicos y muestran profunda penetración. Su cuerpo es grande, pero la piel cuelga flácida de sus manos y de su cara. Al contemplarlo su barbilla descansaba sobre su mano izquierda. Parecía estar en profunda meditación. Una sonrisa se dibujaba en su rostro, que me hizo temblar, estaba tan llena de maldad y astucia satánica. Esta es una de las sonrisas que él esboza justo antes de apoderarse de su víctima, y cuando la entrapa en sus redes, esa sonrisa se vuelve cada vez más horrible.

Favor hacer referencia a: Isaías capítulo 53.

Capítulo 4

El Primer Advenimiento de Cristo

Fuí llevada a la época cuando Jesús iba a tomar sobre sí la naturaleza humana, a humillarse como hombre, y a sufrir las tentaciones de Satanás.

Su nacimiento no tuvo grandeza mundanal. Nació en un establo y su cuna fue un pesebre; no obstante, su nacimiento fue honrado más que el de cualquiera de los hijos de los hombres. Ángeles del cielo informaron a los pastores acerca del advenimiento de Jesús, y la luz y la gloria de Dios acompañaron su testimonio. Las huestes celestiales tocaron sus arpas y glorificaron a Dios. Triunfalmente, anunciaron el advenimiento del Hijo de Dios a un mundo caído para llevar a cabo la obra de la redención, y por su muerte, traer paz, felicidad, y vida eterna al hombre. Dios honró el advenimiento de su Hijo. Los ángeles lo adoraron.

Los ángeles de Dios acudieron al lugar de su bautismo, y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, reposando sobre él y mientras la gente permanecía asombrada, con los ojos fijos sobre él, se oyó la voz del Padre, procedente del cielo, que decía: Tu eres mi Hijo amado, en ti me complazco.

Juan no estaba seguro de que fuera el Salvador el que había venido a ser bautizado por él en el Jordán. Pero Dios había prometido darle una señal por la cual él supiera reconocer al Cordero de Dios. Esa señal fue dada cuando la paloma celestial reposó sobre Jesús y la gloria de Dios resplandeció a su alrededor. Juan alzó la mano y señalando al Señor clamó con fuerte voz: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Juan informó a sus discípulos que Jesús era el Mesías prometido, el Salvador del mundo. Cuando su obra estaba por terminar, les enseñó a dirigir su mirada hacia él y a seguirlo como el gran Maestro. La vida de Juan estuvo llena de pesar y abnegación. Él anunció el primer advenimiento de Cristo, pero no se le permitió ser testigo de sus milagros y disfrutar del poder que manifestaba. Cuando Jesús comenzó a presentarse como Maestro, Juan se dio cuenta de que él debía morir. Rara vez se oía su voz, salvo en el desierto. Su vida fue solitaria. No se aferró a la familia de su padre para disfrutar de su compañía, sino que los dejó para cumplir su misión. Multitudes abandonaban las atareadas ciudades y aldeas y se reunían en el desierto para oír las palabras de ese maravilloso profeta. Juan aplicó la segur a la raíz del árbol. Reprobó el pecado, sin tomar en cuenta las consecuencias, y preparó el camino para el Cordero de Dios.

Herodes se sintió impresionado al escuchar los poderosos y directos testimonios de Juan. Con profundo interés preguntó qué debía hacer para ser su discípulo. Juan estaba al tanto del hecho de que él quería casarse con la mujer de su hermano, mientras éste todavía vivía, y fielmente le dijo que eso no era correcto. Herodes no estaba dispuesto a hacer ningún sacrificio. Se casó con la mujer de su hermano y

por la influencia de ésta prendió a Juan y lo puso en la cárcel. Pero Herodes tenía la intención de soltarlo más adelante. Mientras estaba confinado, Juan se enteró por medio de sus discípulos de las poderosas obras de Jesús. No podía escuchar sus palabras llenas de gracia, pero los discípulos le informaron y lo consolaron con lo que habían oído. Pronto Juan fue decapitado a través de la influencia de la esposa de Herodes. Vi que los más humildes discípulos que siguieron a Jesús, fueron testigos de sus milagros y escucharon las consoladoras palabras que brotaron de sus labios, eran mayores que Juan el Bautista, es decir, fueron más exaltados y honrados y recibieron la mayor satisfacción de sus vidas.

Juan vino con el espíritu y el poder de Elias para proclamar el primer advenimiento de Jesús. Se me señalaron los últimos días, y vi que Juan representa a los que saldrán con el espíritu y el poder de Elias para anunciar el día de la ira y la segunda venida de Jesús.

Después del bautismo de Jesús en el Jordán, él fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. El Espíritu Santo lo preparó para la experiencia especial de esas fieras tentaciones. Cuarenta días fue tentado por Satanás y no comió nada. Todo lo que había a su alrededor era desagradable, de lo cual la naturaleza humana siempre tiene la tendencia a querer alejarse. Estaba rodeado de bestias feroces y por el diablo, en un lugar desolado y solitario. El Hijo de Dios estaba pálido y exhausto por causa del ayuno y del sufrimiento. Pero su camino estaba trazado, y debía cumplir la tarea que había venido a cumplir.

Satanás se aprovechó de los sufrimientos del Hijo de Dios y se preparó para asediarlo con diversas tentaciones, con la esperanza de vencerlo ya que se había humillado y se había hecho hombre. El enemigo apareció con esta tentación: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Tentó a Jesús a que condescendiera en darle prueba de que era el Mesías, ejerciendo su poder divino. Jesús le contestó con mansedumbre; Escrito está: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.

Satanás trató de disputar con Jesús con respecto a su condición de Hijo de Dios. Hizo alusión a su condición débil y sufriente, y aseveró con jactancia que era más fuerte que Cristo. Pero las palabras procedentes del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco, eran suficientes para sostener a Jesús a través de todos sus sufrimientos. Vi que en toda su misión, Cristo no tenía que convencer a Satanás de su poder y del hecho de que él era el Salvador del mundo. Satanás tenía suficiente evidencia de su exaltada posición y autoridad. Su obstinada actitud a no ceder a la autoridad de Jesús le había cerrado las puertas del cielo.

Para manifestar su fortaleza, Satanás llevó a Jesús a Jerusalem y lo ubicó sobre uno de los pináculos del templo, y lo tentó de nuevo a que diera evidencia de que si era el Hijo de Dios se arrojara desde esa altura vertiginosa. El adversario pronunció estas palabras de la inspiración: Porque escrito está, que a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden, y en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Jesús le respondió diciendo: Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Satanás deseaba hacer que Jesús presumiera acerca de la misericordia de su Padre, y arriesgara su vida antes de cumplir su misión. Él había deseado que el plan de salvación fracasara; pero vi que éste tenía fundamentos muy profundos para que Satanás lo destruyera o malograra.

Vi que Cristo es el ejemplo para todos los cristianos cuando son tentados o sus derechos son disputados. Deben soportar todo con paciencia. No deben creer que tienen derecho a invocar al Señor para que manifieste su poder con el fin de que ellos obtengan una victoria sobre sus enemigos, a menos que de esa manera, Dios sea directamente honrado y glorificado por ello. Vi que si Jesús se hubiera lanzado del pináculo del templo, no habría glorificado a su Padre; porque nadie hubiera sido testigo de ese acto sino solamente Satanás y los ángeles de Dios. Y habría sido tentar a Dios el manifestar su poder frente a su más acerbo enemigo. Habría significado ceder ante aquel a quien había venido a vencer.

Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad y la gloria de ellos: porque a mí ha sido entregada, y a quien quiero se la doy. Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. Respondiendo Jesús le dijo: Vete de mí Satanás, porque escrito está al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás.

Aquí Satanás le mostró a Jesús los reinos de este mundo. Fueron presentados en su aspecto más

atractivo. Se los ofreció a Jesús si él lo adoraba. Le dijo a Jesús que él renunciaría a sus asertos de poseer la tierra. Satanás sabía que su poder era limitado y que finalmente le sería quitado si el plan de salvación era llevado a cabo. Sabía que si Jesús moría para redimir al hombre, su poder terminaría después de un tiempo, y él sería destruido. Por lo tanto, era su plan bien estudiado impedir, en lo posible, el cumplimiento de esa gran obra que había sido comenzada por el Hijo de Dios. Si el plan para redimir al hombre fracasara, Satanás podría conservar el reino que en aquel entonces reclamaba, y se lisonjaba pensando que si lograba tener buen éxito, reinaría en oposición al Dios del cielo.

Satanás se regocijó cuando Jesús puso a un lado su poder y gloria y dejó el cielo. Creyó que el Hijo de Dios quedaba entonces bajo su poder. Su tentación venció tan fácilmente a la santa pareja en el Edén, que él esperaba que con su astucia satánica y poder, derribaría aun al Hijo de Dios, y de esa manera salvaría su vida y su reino. Si podía tentar a Jesús a apartarse de la voluntad de su Padre, entonces lograría su propósito. Pero el Señor enfrentó a Satanás reprendiéndole. Sólo se inclinaría ante su Padre. La hora vendría cuando Jesús redimiría la posesión de Satanás con su propia vida, y, después de un tiempo, todos en el cielo y en la tierra se someterían a él. Satanás reclamó que los reinos de la tierra eran suyos, y le insinuó a Jesús que todos sus sufrimientos podían ser evitados. Él no tenía que morir para obtener los reinos de este mundo. Sino que podía tener todas las posesiones de la tierra, y la gloria de reinar sobre ellos para siempre, si tan sólo le adoraba a él. Jesús permaneció firme. Escogió una vida de sufrimiento, y su terrible muerte, como el camino señalado por su Padre para que pudiera llegar a ser heredero legítimo de los reinos de la tierra que le serían entregados en sus manos como posesión eterna. También Satanás le será entregado para ser destruido por la muerte, para que nunca más pueda molestar a Jesús y a los santos en gloria.

Favor hacer referencia a: Deuteronomio 6:16, 8:3; 2Reyes 17:35-36; Salmos Libro IV 91:11-12; Lucas capítulo 2-4.

Capítulo 5

El Ministerio de Cristo

Cuando Satanás terminó sus tentaciones, se retiró de Jesús por un tiempo, los ángeles le prepararon alimento en el desierto para fortalecerlo, y la bendición de su Padre descansó sobre él. Satanás había fallado en sus más fieras tentaciones, pero esperaba el tiempo cuando Jesús empezara su ministerio, entonces el trataría, en diferentes ocasiones de usar su astucia para vencerlo estimulando a quienes se resistieran a recibir a Jesús a que lo aborreciesen y procurasen destruirlo. Satanás tuvo una reunión especial con sus ángeles. Estaban desilusionados y llenos de ira al ver que no habían logrado nada contra el Hijo de Dios. Decidieron que serían más astutos y que utilizarían todo su poder para inspirar incredulidad en las mentes de los de su propia nación, para que éstos no lo reconociesen como el Salvador del mundo, y de esa manera, desanimar a Jesús en el cumplimiento de su misión. No importaba cuán exigentes fueran los judíos en sus ceremonias y ritos, si podían incitarlos a mantener sus ojos ciegos con respecto a las profecías, y hacerles creer que éstas serían cumplidas por un rey poderoso y terrenal, podrían de esa manera, mantenerlos por largo tiempo esperando la llegada de un Mesías.

Se me mostró que Satanás y sus ángeles estuvieron muy ocupados durante el ministerio de Cristo, inspirando incredulidad, odio y desprecio en los hombres. A menudo, cuando Jesús presentaba alguna penetrante verdad que reprochaba sus pecados, la gente se llenaba de ira. Satanás y sus demonios los urgían a quitarle la vida al Hijo de Dios. En varias ocasiones tomaron piedras para arrojárselas, pero ángeles lo guardaron y apartándolo de la airada multitud, lo llevaron a un lugar seguro. En otra ocasión, cuando la verdad pura brotó de sus santos labios, la multitud le echó mano y lo llevó al borde de un risco

con la intención de despeñarlo. Luego surgió una discusión en cuanto a qué debían hacer con él y entonces los ángeles lo escondieron de la vista de la multitud, y él, pasando por en medio de ellos, pudo seguir su camino.

Satanás todavía esperaba que el gran plan de salvación fracasara. Ejerció todo su poder para endurecer los corazones y amargar los sentimientos del pueblo en contra de Jesús. Esperaba que muy pocos lo recibirían como el Hijo de Dios, y que Jesús consideraría sus sufrimientos y sacrificios demasiado grandes para beneficiar a tan pequeño grupo. Pero vi que si sólo hubiera habido dos personas que aceptaran a Jesús como el Hijo de Dios y creyeran en él para salvar sus almas, él hubiera llevado a cabo el plan.

Jesús comenzó su obra quebrantando el poder de Satanás sobre los dolientes. Sanaba a los que sufrían por el poder cruel del maligno. Restauró la salud del enfermo, sanó al paralítico, induciéndolos a saltar de alegría a causa del gozo que había en sus corazones, y a glorificar a Dios. Le dio vista al ciego, mediante su poder, restauró la salud de aquellos que habían estado enfermos y sometidos por muchos años al cruel poder satánico. Al débil, acosado por el sufrimiento, le dio palabras de ánimo. Levantó a los muertos a la vida, y ellos glorificaron a Dios por la grandiosa demostración de su poder. Hizo obras extraordinarias en favor de los que creían en él. Y a los débiles y sufrientes a quienes Satanás retenía en triunfo, Jesús los arrancó de sus manos, y les dio, a través de su poder, salud corporal y gran gozo y felicidad.

La vida de Cristo estuvo llena de actos de benevolencia, simpatía y amor. Siempre estuvo dispuesto a escuchar, y a aliviar a aquellos que venían a él. Multitudes llevaban evidencias en sus propios cuerpos de su poder divino. No obstante, muchos de ellos, después que las obras habían sido realizadas, se avergonzaron del humilde pero grandioso maestro. Porque los dirigentes no creían en él, no estaban dispuestos a sufrir con Jesús. Él fue un varón de dolores, experimentado en quebrantos. Pero pocos podían soportar el ser gobernados por los principios manifestados en su vida sobria y abnegada. Deseaban gozar de los honores que el mundo confiere. Muchos siguieron al Hijo de Dios, y escucharon sus instrucciones, se regocijaron en las palabras tan llenas de gracia que brotaban de sus labios. Sus palabras estaban llenas de significado, sin embargo, eran tan claras que aun el más débil las podía comprender.

Satanás y sus ángeles estaban ocupados cegando los ojos y oscureciendo el entendimiento de los judíos, e impulsaron a la gente más prominente y a los dirigentes a que le quitasen la vida al Salvador. Enviaron oficiales a traer a Jesús, pero cuando se acercaron a él fueron dominados por un gran asombro. Lo vieron lleno de amor y simpatía, hablándole a los débiles y afligidos. Los escucharon también dirigir palabras de autoridad reprendiendo el poder de Satanás y liberando a los cautivos. Escucharon palabras de sabiduría salir de sus labios y se sintieron cautivados, no pudieron echarle mano. Regresaron sin Jesús a los sacerdotes y ancianos. Cuando se les preguntó: ¿Por qué no lo habéis traído? Ellos relataron lo que habían presenciado con respecto a sus milagros, y las palabras de sabiduría, amor y conocimiento que habían escuchado, y concluyeron diciendo que nunca hombre alguno había hablado como él. Los principales sacerdotes los acusaron de haber sido engañados, y algunos dignatarios se avergonzaron de no haberlo prendido. Los sacerdotes preguntaron con burla si algunos de los dirigentes habían creído en él. Vi que muchos de los magistrados y de los ancianos creían en Jesús, pero Satanás impedía que lo reconocieran. Temían más el oprobio de la gente que a Dios.

Hasta entonces, la astucia y el odio de Satanás no habían logrado destruir el plan de salvación. Se acercaba el tiempo cuando debía cumplirse el propósito por el cual Jesús había venido a este mundo. Satanás y sus ángeles se reunieron para consultar, y decidieron provocar a la propia nación de Cristo a que demandara ansiosamente su sangre y acumulara crueldad y escarnio sobre él, deseando que Jesús, resintiendo semejante trato, no conservara su humildad y mansedumbre.

Mientras Satanás trazaba sus planes, Jesús revelaba cuidadosamente a sus discípulos los sufrimientos por los que había de atravesar. Que sería crucificado y se levantaría de nuevo al tercer día. Pero el entendimiento de ellos parecía estar embotado. No podían entender lo que él les decía.

Capítulo 6

La Transfiguración

Vi que la fe de los discípulos se fortaleció mucho en ocasión de la transfiguración. Dios escogió darle a los seguidores de Jesús una prueba contundente de que él era el Mesías prometido, a fin de que en su amargo pesar y chasco, no perdieran completamente su confianza. En el momento de la transfiguración, el Señor envió a Moisés y a Elías a hablar con Jesús con respecto a sus sufrimientos y muerte. En vez de elegir ángeles para conversar con su Hijo, Dios escogió a aquellos que tenían una experiencia en las pruebas en la tierra.

Elías había caminado con Dios. Su obra no había sido placentera. A través de él, Dios había reprendido el pecado. Era un profeta de Dios, y tuvo que huir de lugar en lugar para salvar su vida. Fue perseguido como una bestia salvaje para ser destruido. Dios trasladó a Elías. Los ángeles lo llevaron en gloria y triunfo al cielo.

Moisés fue un hombre honrado en extremo por Dios. Fue más grande que cuantos habían vivido antes de él. Tuvo el privilegio de hablar con Dios cara a cara, como cuando un hombre habla con un amigo. Le fue permitido ver la luz resplandeciente y la excelente gloria que rodean al Padre. A través de Moisés, el Señor liberó a los hijos de Israel de la esclavitud de los egipcios. Moisés fue el mediador entre Dios y su pueblo. Se interpuso a menudo entre ellos y la ira de Dios. Cuando el furor del Señor se encendió grandemente contra Israel por su incredulidad, sus murmuraciones y sus graves pecados, el amor de Moisés por ellos fue probado. Dios le propuso destruir al pueblo y hacer de él una poderosa nación. Moisés demostró su amor por Israel mediante una ferviente intercesión. En su angustia, oró a Dios suplicándole que aplacara su gran indignación y perdonara al pueblo, o que borrara su nombre de su libro.

Cuando Israel murmuró contra Dios y contra Moisés porque no pudieron obtener agua, lo acusaron de sacarlos para matarlos a ellos y a sus hijos. Dios oyó sus murmuraciones, y le permitió a Moisés que hiriese la roca para que los hijos de Israel tuvieran agua. Moisés hirió la roca con ira, y tomó la gloria para sí mismo. La continua desobediencia y murmuración de los hijos de Israel le causaron dolor intenso, y por un momento, se olvidó de lo mucho que Dios los había soportado, y que sus murmuraciones no eran contra él sino contra el Señor. En esa ocasión, él sólo pensó en sí mismo, en cuán profundamente lo zaherían los hijos de Israel, y en cuán poca gratitud había recibido a cambio de su profundo amor hacia ellos.

Al golpear la roca, Moisés falló en honrar a Dios y en magnificarlo ante los hijos de Israel, para que ellos lo glorificaran. Y el Señor se disgustó con Moisés y dijo que él no entraría a la tierra prometida. Fue a menudo el plan de Dios probar a Israel colocándolo en situaciones desfavorables, para entonces liberarlo de su gran necesidad exhibiendo su poder, a fin de que lo tuvieran en sus mentes y lo glorificaran.

Cuando Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas de piedra, y vio a Israel adorando al becerro de oro, su indignación se encendió grandemente, y arrojó las tablas de piedra y las quebró. Vi que Moisés no pecó al hacer eso. Se airó por Dios, tuvo celo por su gloria. Pero cuando cedió a los sentimientos naturales del corazón, y tomó gloria para sí mismo, la cual pertenecía a Dios, pecó y por ese pecado, Dios no le permitió entrar en la tierra prometida.

Satanás había estado tratando de encontrar algo de qué acusar a Moisés ante los ángeles. Se regocijó del triunfo que había logrado al inducirlo a disgustar a Dios, y le dijo a los ángeles que cuando el Salvador del mundo viniera a redimir al hombre, él lo vencería. Por ese pecado, Moisés cayó bajo el poder de Satanás—el dominio de la muerte. Si hubiese permanecido firme, y no hubiese pecado en tomar la gloria

para sí, el Señor lo hubiera llevado a la tierra prometida y lo hubiera trasladado al cielo sin ver la muerte.

Vi que Moisés pasó por la muerte, pero Miguel descendió y le dio vida antes de que viera corrupción. Satanás reclamó el cuerpo como suyo, pero Miguel resucitó a Moisés, y lo llevó al cielo. El diablo trató de retener ese cuerpo, pretendiendo que le pertenecía. El enemigo se quejó amargamente contra Dios, acusándole de ser injusto al permitir que se le arrebatara su presa. Pero Miguel no reprendió a su adversario, a pesar de que el siervo de Dios había caído como resultado de sus tentaciones. Mansamente remitió el caso a su Padre, diciendo: "El Señor te reprenda".

Jesús le dijo a sus discípulos que algunos no pasarían por la muerte hasta que vieran descender el reino de Dios con poder. Esa promesa se cumplió en ocasión de la transfiguración. El semblante de Jesús cambió, y resplandeció como el sol. Su túnica era blanca como la luz. Moisés estuvo presente en representación de aquellos que serán levantados de entre los muertos en ocasión de la segunda venida de Jesús. Elías, quien fue trasladado sin ver la muerte, representa a los que serán transformados en seres inmortales a la segunda venida de Cristo y serán trasladados al cielo sin ver la muerte. Los discípulos contemplaron con asombro y temor la excelsa majestad de Jesús, y cuando la nube los envolvió oyeron la voz de Dios con majestad terrible, diciendo: "Este es mi Hijo amado, oídle".

Favor hacer referencia a: Exodo capítulo 32; Números 20:7-12; Deuteronomio 34:5; 2Reyes 2:11; Marcos capítulo 9; Judas 9.

Capítulo 7

La Tracción de Cristo

Se me llevó al momento cuando Jesús comió la pascua con sus discípulos. Satanás había engañado a Judas, y le hizo creer que era uno de los verdaderos discípulos de Cristo, pero su corazón siempre fue carnal. Había visto las poderosas obras de Jesús, había estado con él durante su ministerio, y se había rendido a la poderosa evidencia de que él era el Mesías; pero era calculador y codicioso. Amaba el dinero. Se quejó airadamente por el costoso unguento derramado sobre Jesús. María amaba a su Señor. Él había perdonado sus pecados, que eran muchos, y había resucitado a su amado hermano de los muertos, y ella creía que nada era demasiado costoso para ofrendárselo. Mientras más caro fuera el unguento, mejor podría ella expresar su gratitud al Salvador, dedicándoselo. Como excusa para ocultar su codicia, Judas dijo que ese unguento podría haber sido vendido para dar el dinero a los pobres. Pero no era su preocupación por los pobres lo que lo impulsaba a decir eso, porque era egoísta, y a menudo se apropiaba para su uso personal de lo que se le había confiado para los pobres. Judas no se había preocupado de la comodidad de Jesús ni de sus necesidades, y excusaba su codicia refiriéndose a menudo a los pobres. Aquel acto de generosidad de parte de María constituyó una hiriente reprensión para su carácter codicioso.

El camino estaba preparado para que la tentación de Satanás encontrara fácil acogida en el corazón de Judas. Los judíos odiaban a Jesús; pero las multitudes se aglomeraban para escuchar sus palabras de sabiduría y presenciar sus poderosas obras. Eso atrajo la atención de los sacerdotes y ancianos, porque la gente se sentía impulsada por el más profundo interés y seguía ansiosamente a Jesús escuchando las instrucciones de ese maravilloso maestro. Muchos de los dirigentes creían en Jesús pero tenían miedo de confesarlo, por temor a ser despedidos de la sinagoga. Los sacerdotes y ancianos decidieron que tenían que hacer algo para apartar de Jesús la atención de la gente. Temían que todos los hombres creerían en él y no se sentían seguros. Habían de perder sus puestos o dar muerte al Señor. Pero después de que le dieran muerte, todavía quedarían algunos que serían monumentos vivientes de su poder. Jesús había resucitado a Lázaro de los muertos. Temían que si mataban a Jesús, Lázaro testificaría de su poder. La gente se agolpaba para ver al que había sido levantado de los muertos, y los dirigentes decidieron eliminar

también a Lázaro para sofocar ese entusiasmo. Entonces podrían lograr que el pueblo se volviera a las tradiciones y doctrinas de hombres, a fin de que siguieran diezmando el eneldo y el comino, y ejercerían nuevamente su influencia sobre él. Convinieron prender a Jesús cuando estuviese solo, porque si intentaban arrestarlo en medio de una multitud, cuando las mentes de la gente estuviera concentrada en él, la multitud los apedrearía.

Judas sabía cuán ansiosos estaban de prender a Jesús y ofreció entregarlo a los principales sacerdotes y ancianos por unas cuantas monedas de plata. Su amor al dinero lo indujo a traicionar a su Señor entregándolo en manos de sus más acerbos enemigos. Satanás estaba trabajando directamente a través de Judas, y en medio de las escenas impresionantes de la última cena, el traidor estaba trazando planes para entregar a su Maestro. Con pesar, Jesús dijo a sus discípulos que todos ellos se escandalizarían en él aquella noche. Pero Pedro afirmó con vehemencia que si todos los demás se escandalizaban, él no lo haría. Jesús le dijo: Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto confirma a tus hermanos.

Contemplé a Jesús en el huerto con sus discípulos. Con profundo pesar, les rogó que velaran y oraran para que no cayeran en tentación. Sabía que su fe sería probada, que sus esperanzas se verían frustradas, que necesitarían toda la fortaleza que pudieran obtener como resultado de una estricta vigilancia y ferviente oración. Con fuertes clamores y llanto Jesús oraba: Padre si quieres pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. El Hijo de Dios oraba en agonía. Grandes gotas de sangre fluían sobre su rostro y caían en tierra. Los ángeles se reunían en ese lugar, testigos de la escena, pero sólo uno fue comisionado para que fortaleciera al Hijo de Dios en su agonía. Los ángeles del cielo se quitaron sus coronas, abandonaron sus arpas, y con el más profundo interés observaron silenciosamente a Jesús. No había gozo en el cielo. Ellos hubiesen deseado rodear al Hijo de Dios, pero los ángeles que estaban en comando no se lo permitieron, por temor a que cuando contemplaran la entrega de Cristo se decidieran a librarlo; porque el plan había sido trazado y tenía que cumplirse.

Después que Jesús oró, se acercó a sus discípulos. Estaban durmiendo. En esa terrible hora, no contaba siquiera con el aliento y las oraciones de sus discípulos-Pedro, tan celoso un poco antes, dormía profundamente. Jesús les recordó sus declaraciones positivas, y les dijo: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Tres veces el Hijo de Dios oró con agonía, entonces apareció Judas con su banda de hombres. Saludó a Jesús como de costumbre. El grupo rodeó a Jesús quien entonces manifestó su poder divino, cuando dijo: "¿A quién buscáis?" "Yo soy". Entonces cayeron de espaldas al suelo. Jesús hizo la pregunta para que pudiesen ser testigos de su poder, y tuvieran evidencias de que él podía librarse de sus manos si quería.

Los discípulos comenzaron a tener esperanzas, al ver cuán fácilmente la multitud armada de palos y de espadas caía en tierra. Al levantarse, rodearon nuevamente al Hijo de Dios y Pedro desenvainó su espada e hirió a un siervo del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Jesús le ordenó que envainara su espada diciéndole: "¿Acaso piensas que no puedo orar a mi Padre y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?" Vi que cuando pronunció esas palabras, el rostro de los ángeles se animó de esperanza. Querían en ese momento y allí mismo, rodear a su Comandante y dispersar a la airada multitud. Pero nuevamente, el pesar se apoderó de ellos cuando Jesús añadió: "¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras de que es necesario que así se haga?" Los corazones de los discípulos también se hundieron en la desesperación y en amarga frustración cuando vieron que Jesús permitía que sus enemigos se lo llevaran.

Los discípulos temieron por sus propias vidas y todos lo abandonaron y huyeron. Jesús quedó solo en manos de una turba asesina. ¡Oh, qué triunfo fue ese para Satanás! ¡Y qué tristeza y pesar para los ángeles de Dios! Muchas legiones de santos ángeles, cada una encabezada por su caudillo, fueron enviados para presenciar la escena, con el propósito de registrar todo acto de crueldad, y todo insulto que fuera lanzado contra el Hijo de Dios, así como toda la aflicción que Jesús sufriera; porque esos mismos hombres habrían de volver a ver todas esas escenas en vívidos caracteres.

Capítulo 8

El Juicio de Cristo

Cuando los ángeles dejaron el cielo, depusieron con tristeza sus resplandecientes coronas. No las podían usar mientras su Comandante estuviese sufriendo, y hubiera de llevar una corona de espinas. Satanás y sus ángeles estaban ocupados en la sala del tribunal, tratando de destruir todo sentimiento humanitario y de simpatía hacia Jesús. La atmósfera misma era pesada y estaba contaminada por su influencia. Los principales sacerdotes y los ancianos eran inspirados por los malos ángeles cuando insultaban y maltrataban a Jesús en una forma sumamente difícil de soportar para la naturaleza humana. Satanás tenía la esperanza de que tantos insultos y sufrimiento arrancarían al Hijo de Dios alguna queja o murmuración, o que manifestaría su poder divino liberándose de la multitud, con lo cual fracasaría el plan de salvación.

Pedro siguió a su Señor después de haber sido entregado. Estaba ansioso de ver qué ocurriría con Jesús. Y cuando fue acusado de ser uno de sus discípulos, lo negó. Tenía miedo por su vida y seguridad, y declaró que no conocía al hombre. Los discípulos se destacaban por la pureza de su lenguaje, y Pedro, para engañar y convencer a sus acusadores de que no era uno de los discípulos de Cristo, lo negó la tercera vez con maldiciones y juramentos. Jesús, quien estaba a cierta distancia de Pedro, le dirigió una mirada de pesar y reprobación. Entonces, él recordó las palabras que Jesús le había dicho en el aposento alto, y también su propia declaración categórica: "Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré." Había negado a su Señor con imprecaciones y juramentos; pero la mirada del Maestro suavizó el corazón de Pedro y lo salvó. Lloró amargamente y se arrepintió de su gran pecado, se convirtió, y entonces estuvo preparado para fortalecer a sus hermanos.

La multitud pedía a gritos la sangre de Jesús. Lo azotaron cruelmente, lo cubrieron con un viejo manto de púrpura, y ciñeron su sagrada sien con una corona de espinas. Le pusieron una caña en su mano, se inclinaron ante él para burlarse y lo saludaron diciéndole: "¡Salve, rey de los judíos!" Entonces tomaron la caña que tenía en su mano, y le golpearon la cabeza de modo que las espinas penetraron en sus sienes y la sangre comenzó a correr por su rostro y su barba.

A los ángeles les era difícil soportar la vista de ese espectáculo. Hubieran liberado a Jesús de sus manos, pero los ángeles comandantes se lo impidieron diciéndoles que era grande el rescate que había de ser pagado por el hombre; pero sería completo, y causaría la muerte del que tenía el imperio de la muerte. Jesús sabía que los ángeles estaban presenciando la escena de su humillación. Vi que el más débil de los ángeles hubiera bastado para hacer que la multitud burladora cayera inerte y libertar al Señor. Él sabía que si lo solicitaba a su Padre, los ángeles lo libertarían instantáneamente. Pero era necesario que Jesús sufriera a manos de hombres malvados para poder llevar a cabo el plan de salvación.

Jesús permaneció manso y humilde delante de la furiosa multitud, mientras cometían con él los abusos más viles. Escupieron en su rostro ese rostro del cual un día querrán ocultarse, que dará luz a la ciudad de Dios y que resplandecerá más que el sol. Cristo no lanzó una mirada de enojo a sus ofensores. Cubrieron su cabeza con una vieja prenda de vestir para impedirle que viese y entonces le abofetearon el rostro mientras clamaban: "Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?" Hubo conmoción entre los ángeles. Ellos lo hubieran rescatado inmediatamente, pero el ángel que los dirigía no lo permitió.

Algunos de sus discípulos habían recuperado la suficiente confianza como para entrar donde él se hallaba y presenciar el juicio. Esperaban que mostrara su divino poder, se liberara de las manos de sus enemigos y los castigara por su crueldad hacia él. Sus esperanzas ascendían y descendían según iban sucediéndose las distintas escenas. A veces dudaban, y temían haber sido engañados. Pero la voz que

oyeron en el monte de la transfiguración y la gloria que contemplaron, fortaleció su fe de que él era el Hijo de Dios. Recordaron las escenas de las que habían sido testigos, los milagros que habían visto hacer a Jesús al sanar a los enfermos, abrir los ojos de los ciegos, reprender y echar a los demonios, resucitar a los muertos y hasta calmar el viento y la mar. No podían creer que tuviera que morir. Esperaban que todavía se levantara con poder, y que con su voz llena de autoridad dispersara a la multitud sedienta de sangre, como cuando entró en el templo y despidió a los que estaban convirtiendo la casa de Dios en un mercado, y huyeron de su presencia como si los persiguiera un grupo de soldados armados. Los discípulos esperaban que Jesús manifestara su poder y convenciera a todos de que era el rey de Israel.

Judas se llenó de amargo remordimiento por su infamia al traicionar a Cristo. Y cuando presenció la crueldad que tuvo que soportar el Salvador, se sintió abrumado. Había amado a Jesús, pero más aún al dinero. No creyó que el Señor permitiera que lo prendieran los hombres que él había conducido. Esperaba que realizara un milagro para librarse de ellos. Pero cuando vio en la sala del tribunal a la multitud enfurecida y sedienta de sangre, sintió profundamente su culpa; y mientras muchos acusaban con vehemencia a Jesús, Judas avanzó impetuosamente por en medio de la multitud, para confesar que había pecado al traicionar sangre inocente. Ofreció a los sacerdotes el dinero que le habían pagado, y les rogó que dejaran libre al Señor, declarando que éste no tenía culpa alguna. Por breves instantes, el disgusto y la confusión mantuvieron en silencio a los sacerdotes quienes no querían que el pueblo se diera cuenta de que habían sobornado a uno de los profesos seguidores de Jesús para que lo traicionara y lo entregara en sus manos. Querían ocultar el hecho de que habían buscado al Señor como si fuese un ladrón y lo habían prendido en secreto. Pero la confesión de Judas y su aspecto torvo y culpable desenmascararon a los sacerdotes ante la multitud, demostrando que había sido el odio la causa de que prendieran al Maestro. Mientras Judas afirmaba en alta voz que Jesús era inocente, los sacerdotes replicaron: "¿Qué nos importa a nosotros?" ¡Allá tú!" Tenían a Cristo en sus manos, y estaban determinados a no soltarlo. Judas, abrumado por el pesar, arrojó el dinero que ahora despreciaba, a los pies de los que lo habían contratado, e impulsado por la angustia y el horror salió y se ahorcó.

Jesús tenía muchos simpatizantes en el grupo que lo rodeaba y el hecho de que no respondiera a las numerosas preguntas que se le hacían asombraba a la multitud. Se mantenía en silencio frente al escarnio y la violencia de la turba, y ni un gesto, ni una expresión de molestia se dibujaban en su semblante. Tenía una actitud digna y compuesta. Los espectadores lo contemplaban maravillados. Comparaban su perfecta forma y su comportamiento firme y digno con la apariencia de los que se habían sentado en juicio contra él. Se decían unos a otros que tenía mucho más aires de un rey que cualquiera de los dirigentes. No tenía señales de ser un criminal. Su mirada era bondadosa, clara y libre de temor; su frente era amplia y elevada. Cada rasgo de su rostro expresaba benevolencia y nobleza. Su paciencia y tolerancia eran tan sobrehumanas que muchos temblaban. Aun Herodes y Pilato se sintieron sumamente perturbados frente a su porte noble y divino.

Desde el principio, Pilato se convenció de que Jesús no era un hombre común. Creía que era una persona excelente y totalmente inocente de las acusaciones que se hacían en su contra. Los ángeles que contemplaban la escena notaron la convicción del gobernador romano, y para salvarlo de comprometerse en el terrible acto de entregar a Jesús para que fuera crucificado, un ángel fue enviado a la esposa de Pilato a fin de que le dijera por medio de un sueño que era al Hijo de Dios a quien su esposo estaba juzgando, y que éste sufría siendo inocente. Inmediatamente, ella le envió un mensaje declarando que había padecido mucho en sueños a causa de Jesús, y para advertirle que no tuviera nada que ver con ese santo. El mensajero, abriéndose paso apresuradamente entre la multitud, puso la carta en manos de Pilato. Al leerla, éste tembló, se puso pálido, y decidió no hacer nada para enviar a Cristo a la muerte. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría su influencia para que lo logaran, sino que trataría de liberarlo.

Cuando Pilato oyó que Herodes se encontraba en Jerusalén, sintió gran alivio, porque esperaba deshacerse de toda responsabilidad con respecto al juicio y la condenación de Jesús. Inmediatamente, lo envió con sus acusadores a Herodes. Ese gobernante se había endurecido en el pecado. El asesinato de Juan el Bautista había dejado en su conciencia una mancha de la que no se podía librar. Cuando oyó hablar

de Cristo y de las poderosas obras que estaba realizando, temió y tembló pues creía que se trataba de Juan el Bautista que había resucitado de los muertos. Cuando Jesús fue puesto en sus manos por Pilato, Herodes consideró ese acto como un reconocimiento de su poder, de su autoridad y de su capacidad para juzgar. Previamente ellos habían sido enemigos, pero ahora se amistarón. Herodes se alegró de ver a Jesús, pues esperaba que realizara un gran milagro para agradecerlo. Pero no era la obra de Jesús la de satisfacer su curiosidad. Su poder divino y milagroso era ejercido para la salvación de los demás, pero no en su propio beneficio.

Jesús nada respondió a las numerosas preguntas que le hizo Herodes; tampoco replicó a sus enemigos que lo acusaban con vehemencia. Herodes se enfureció porque aparentemente, Jesús no temía su poder, y con sus soldados lo denigró, se burló de él y maltrató al Hijo de Dios. Pero se asombró del aspecto noble y divino de Jesús en medio de ese vergonzoso maltrato y temiendo condenarlo, lo envió de vuelta a Pilato.

Satanás y sus ángeles estaban tentando a Pilato y tratando de conducirlo a su propia ruina. Le sugirieron que si no quería tomar parte en la condenación de Jesús otros lo harían, que la multitud estaba sedienta de su sangre, y que si no lo entregaba para ser crucificado, perdería su poder y sus honores mundanales, y se lo denunciaría como creyente en el impostor. Por temor a perder su poder y autoridad, Pilato consintió en dar muerte a Cristo. Y aunque colocó la sangre de Jesús sobre sus acusadores, y la multitud la recibió con el clamor: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos". Pilato no estaba exento de responsabilidad; fue culpable de la sangre de Cristo. Por sus intereses egoístas, por su amor al honor de los grandes hombres de la tierra, entregó a la muerte a un inocente. Si Pilato hubiera seguido sus propias convicciones, no habría tenido nada que ver con la condenación de Jesús.

El aspecto y las palabras del Señor durante su juicio causaron una profunda impresión en las mentes de muchos de los que estaban presentes, la cual se revelaría después de su resurrección, y muchos serían añadidos a la iglesia cuya experiencia y convicción comenzaron en el momento del juicio de Jesús.

Satanás se airó muchísimo cuando vio que toda la crueldad con que los principales sacerdotes había tratado a Jesús a instancias suya no había logrado que emitiera la más mínima queja. Vi que aunque había tomado sobre sí la naturaleza humana estaba sostenido por un poder y una fortaleza divina, y no se apartó en lo mas mínimo de la voluntad de su Padre.

Favor hacer referencia a: Mateo 26:57-75, 27:1-31; Marcos 14:53-72, 15:1-20; Lucas 22:47-71, 23:1-25; Juan capítulo 18, 19:1-16.

Capítulo 9

La Crucifixión de Cristo

El Hijo de Dios, fue entregado al pueblo, para ser crucificado. Se llevaron al amado Salvador. Estaba débil y agotado por el dolor y el sufrimiento causado por los golpes que había recibido, sin embargo, cargaron sobre él la pesada cruz sobre la cual pronto lo habían de clavar. Pero Jesús se desmayó bajo al carga. Tres veces colocaron sobre él la pesada cruz, y tres veces se desmayó. Entonces, tomaron a uno de sus seguidores, un hombre que no había profesado abiertamente su fe en Cristo, pero que creía en él. Colocaron sobre él la cruz, y la llevó hasta el lugar de la muerte. Compañías de ángeles se reunieron en el aire y se dirigieron hacia el lugar. Un gran número siguió al Salvador hacia el Calvario, muchos sufrían y repetían sus alabanzas. Los que habían sido sanados de diversas enfermedades, los que habían resucitado de entre los muertos, se refirieron en tono ferviente a sus maravillosas obras y manifestaron el deseo de saber qué había hecho para que se lo tratara como a un malhechor. Pocos días antes lo habían

acompañado en medio de gozosos hosannas mientras extendían sobre el camino sus vestiduras y las hermosas ramas de palma, cuando él entraba triunfalmente en Jerusalén. Creían que él tomaría el reino y reinaría como un príncipe temporal sobre Israel. ¡Cómo cambió la escena! ¡Cómo se marchitaron sus planes! Siguieron a Jesús, no con gozo, no con corazones rebosantes de alegría, ni con animosas esperanzas, sino con corazones llenos de temor y desesperación, lentamente y con tristeza, siguieron a quien había sido deshonrado, humillado y quien estaba por morir.

La madre de Jesús estaba allí. Su corazón estaba angustiado, como solamente una amante madre puede sentirse. Su quebrantado corazón todavía abrigaba esperanzas, al igual que los discípulos, de que su Hijo haría algún milagro y se liberaría de sus asesinos. Ella no podía soportar el pensamiento de que él permitiera que lo crucificaran. Pero las preparaciones se hicieron, y clavaron a Jesús sobre la cruz. El martillo y los clavos fueron traídos. El corazón de los discípulos desmayó dentro de ellos. Su madre contempló la escena con agonizante suspenso, casi más allá del sufrimiento, a medida que extendían a Jesús sobre la cruz y estaban a punto de clavar sus manos con los crueles clavos sobre los brazos de madera, los discípulos se llevaron a la madre de Jesús de la escena para que ella no oyera el sonido de los clavos cuando éstos penetraban a través de los huesos y los músculos de la tierna carne de sus manos y sus pies. Jesús no murmuró pero gimió en agonía. Su rostro estaba pálido y grandes gotas de sudor perlaban su frente. Satanás se alegró de los sufrimientos que el Hijo de Dios estaba experimentando, pero temía que su reino estaba perdido, y de que tendría que morir.

Levantaron la cruz después de que Jesús fue clavado a ésta, y la arrojaron con gran violencia en el hoyo preparado para ella en la tierra, rasgando su carne y causando al Hijo de Dios el sufrimiento más intenso. Hicieron que su muerte fuera lo más vergonzosa posible. Con él crucificaron a dos ladrones, uno a cada lado de Jesús. Tomaron a los ladrones por la fuerza y después de mucha resistencia, fueron empujados hacia atrás y clavados a sus cruces. Pero Jesús se sometió mansamente. No necesitó que nadie lo forzara. Mientras que los ladrones estaban maldiciendo a sus verdugos, Jesús, en agonía, oraba por sus enemigos: Padre perdónalos porque no saben lo que hacen. No fue solamente agonía física la que Jesús soportó, sino que los pecados de todo el mundo reposaban sobre él.

Mientras Jesús colgaba de la cruz, algunos de los que pasaban se burlaban de él, moviendo sus cabezas, como si se inclinaban ante un rey, y le decían: tú, el que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. El diablo usó las mismas palabras al hablarle a Cristo en el desierto: si eres Hijo de Dios. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos, escarneciendo con burla, dijeron: a otros salvó, a sí mismo no se puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Los ángeles que estaban suspendidos sobre la escena de la crucifixión de Cristo, se sintieron movidos con indignación cuando los dirigentes le zaherían, diciendo: Si es el Hijo de Dios que se salve a sí mismo. Deseaban venir al rescate de Jesús y librarlo; pero no les estaba permitido hacerlo. El objeto de su misión estaba casi cumplido. A medida que colgaba de la cruz, sufriendo esas horribles horas de agonía no se olvidó de su madre. Ella no podía permanecer lejos de la triste escena. La última lección de Jesús, fue una de compasión y de humanidad. Miró a su madre cuyo corazón estaba cargado de dolor, y a su amado discípulo Juan. Entonces le dijo a su madre: Mujer he ahí tu Hijo, y luego a Juan: He ahí tu madre. Y desde aquella hora, Juan la llevó a su propia casa.

En su agonía, Jesús tuvo sed. Pero lo insultaron todavía más al darle a beber vinagre mezclado con mirra. Los ángeles habían presenciado la horrible escena de la crucifixión de su amado Comandante hasta que no pudieron ya contemplarla, y velaron sus rostros para no ver el espectáculo. El sol se negó a mirar la terrible escena. Jesús exclamó en una voz potente que llenó de terror a sus asesinos, diciendo: *Consumado es*. Entonces el velo del templo se rasgó de arriba a abajo, la tierra tembló y las piedras se hendieron. Fueron hechas grandes tinieblas sobre la faz de toda la tierra. La última esperanza de los discípulos pareció borrarse cuando Jesús murió. Muchos de sus seguidores presenciaron la escena de sus sufrimientos y muerte, y su copa de dolor estaba llena.

Satanás no se alegró entonces como lo había hecho antes. Él había esperado poder desbaratar el plan de salvación, pero éste había sido diseñado con fundamentos muy profundos. Y ahora, con la muerte

de Jesús, él sabía que finalmente tendría que morir y su reino le sería quitado y entregado a Jesús. Hizo un concilio con sus ángeles. No había logrado nada en contra del Hijo de Dios, y ahora deberían redoblar sus esfuerzos, y con todo su poder y astucia, volverse contra los seguidores de Jesús. Debían tratar en todo lo posible de impedirle a cuantos pudieran que recibieran la salvación comprada para ellos por Jesús. Al hacer esto, Satanás podía aún trabajar en contra del gobierno de Dios. También le convendría alejar de Jesús a todos cuantos pudiera porque los pecados de aquellos que fueran redimidos por la sangre de Cristo, y vencieran finalmente, serán colocados sobre el originador del pecado, el diablo, y él tendrá que llevar sus pecados, mientras que los que no acepten la salvación a través de Jesús, llevarán sus propios pecados.

La vida de Jesús estuvo destituida de grandeza mundanal y de despliegue pomposo. Su humilde y abnegada vida contrastaba grandemente con las vidas de los sacerdotes y de los ancianos, quienes amaban la comodidad y los honores mundanales, y esa vida santa de Jesús era un continuo reproche para ellos, a causa de sus pecados. Lo despreciaron por su humildad, por su santidad y pureza. Pero aquellos que lo despreciaron aquí, un día lo verán en la grandeza del cielo, con la insuperable gloria de su Padre. Él estaba rodeado de enemigos en la sala del tribunal, los cuales estaban sedientos de su sangre, pero aquellas personas endurecidas que gritaron: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos, lo contemplarán como un Rey lleno de honores. Todas las huestes celestiales lo escoltarán en su viaje a la tierra, con cánticos de victoria, majestad y grandeza, al que fue inmolado, pero que vive nuevamente como un poderoso conquistador. El pobre, débil y miserable hombre escupió en el rostro del Rey de gloria, mientras que un grito de triunfo brutal ascendió de la turba ante el insulto degradante. Desfiguraron esa cara con bofetadas y crueldad que llenaron a todo el cielo de admiración. Ellos contemplarán ese rostro otra vez, resplandeciente como el sol al medio día, y buscarán huir de éste. En vez de ese grito de triunfo brutal, aterrorizados, se lamentarán acerca de él. Jesús presentará su manos, con las heridas de su crucifixión. Él siempre llevará las marcas de esa crueldad. Cada marca de los clavos contará la historia de la maravillosa redención del hombre, y del precio tan elevado que la compró. Los mismos hombres que traspasaron el costado del Señor de la vida con la lanza, contemplarán la herida de esa lanza, y se lamentarán con profunda angustia por la parte que jugaron en desfigurar su cuerpo. Sus asesinos estaban grandemente irritados por causa de la inscripción EL REY DE LOS JUDÍOS, colocada sobre la cruz, encima de su cabeza. Pero entonces se verán obligados a verlo venir en toda su gloria y poder regio. Contemplarán en sus vestiduras y en su muslo escrito en vívidos caracteres. REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Le gritaron burlescamente, mientras pendía de la cruz: Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Lo verán entonces con poder real y autoridad. No demandarán evidencia de que él es el Rey de Israel, sino que abrumados con el sentido de su majestad y extraordinaria gloria, estarán obligados a reconocerlo diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

La conmoción de la tierra, las rocas rompiéndose, la oscuridad que se extendía sobre toda la tierra y la voz potente de Jesús clamando: Consumado es, al entregar su vida, preocupó a sus enemigos e hizo temblar a sus asesinos. Los discípulos se maravillaron acerca de todas esas manifestaciones; pero todas sus esperanzas estaban destruidas. Temían que los judíos trataran de destruirlos a ellos también. Estaban seguros de que el odio manifestado en contra del Hijo de Dios no terminaría allí. Los discípulos pasaron horas de soledad y dolor, llorando su desilusión. Habían tenido la esperanza de él reinaría como príncipe temporal; pero sus esperanzas murieron con Jesús. En su pesar y desilusión, llegaron a dudar si Jesús no los había engañado. Su madre fue humillada, y aun su fe titubeó, dudando si él había sido el Mesías.

Pero, a pesar de que los discípulos habían sido chasqueados en sus esperanzas con respecto a Jesús, todavía lo amaban, y respetaban, y honraban su cuerpo, pero no sabían cómo pedirlo. José de Arimatea, un honorable senador, tenía influencia y era uno de los verdaderos discípulos de Jesús. Él fue en privado pero osadamente a Pilato y le pidió que le entregara el cuerpo de Jesús para sepultarlo. No se atrevió a ir abiertamente, porque el odio de los judíos era tan grande que los discípulos temieron que éstos harían esfuerzos para impedir que el cuerpo de Jesús tuviera un lugar de descanso honorable. Pero Pilato concedió su pedido, y con suavidad y reverencia bajaron de la cruz el cuerpo de Jesús, su pena se renovó, y

lloraron por su marchitadas esperanzas con profunda angustia. Envolvieron a Jesús en lino fino y José lo puso en su nuevo sepulcro. Las mujeres que habían sido sus humildes seguidoras mientras él vivió se mantuvieron cerca de él después de su muerte y no lo dejarían hasta que vieran su sagrado cuerpo colocado en el sepulcro, y que una pesada piedra fuera puesta a la entrada para que sus enemigos no lograran obtener su cuerpo. Pero no tenían que temer, porque yo contemplé a la hueste angélica cuidando con indecible interés el lugar de descanso de Jesús. Ellos guardaban el sepulcro esperando fervientemente la orden de actuar su parte en la liberación del Rey de gloria de su prisión.

Los asesinos de Cristo temían que él aún volviera a la vida y escapara. Le rogaron a Pilato que pusiera una guardia para vigilar el sepulcro hasta el tercer día. Pilato les concedió soldados armados para vigilar el sepulcro, sellando la entrada de éste con una piedra no fuera que sus discípulos lo hurtaran y dijeran que él había resucitado de los muertos.

Favor hacer referencia a: Mateo 21:1-11, 27:32-66; Marcos 15:21-47; Lucas 23:26-56; Juan 19:17-42; Apocalipsis 19:11-16.

Capítulo 10

La Resurrección de Cristo

Los discípulos, entristecidos por la muerte de su Señor, reposaron durante el sábado, mientras que Jesús, el Rey de gloria, permanecía en el sepulcro. La noche había transcurrido lentamente, y cuando estaba todavía oscuro, los ángeles que volaban sobre el sepulcro sabían que la hora de libertar al amado Hijo de Dios, su amado comandante casi había llegado. Y mientras esperaban con profunda emoción la hora de su triunfo, un fuerte y poderoso ángel descendió del cielo, volando velozmente. Su rostro era como un relámpago y su vestidura blanca como la nieve. Su luz disipó las tinieblas de su camino, e hizo que los ángeles malos que con voz triunfal habían reclamado el cuerpo de Jesús, huyeran aterrorizados por el resplandor de su gloria. Uno de la hueste angélica que había sido testigo de las escenas de la humillación de Jesús y que había montado guardia junto a su lugar de descanso, se unió al ángel del cielo y juntos, descendieron al sepulcro. La tierra tembló cuando ellos se acercaron, y se produjo un gran terremoto.

El terror se apoderó de la guardia romana. ¿Dónde estaba su poder para conservar el cuerpo de Jesús? No pensaron ni en su deber ni en la posibilidad de que los discípulos se llevaran el cuerpo. Cuando la luz de los ángeles resplandeció alrededor de ellos con un fulgor mayor que el del sol, la guardia romana cayó al suelo como muerta. Uno de los ángeles retiró la gran piedra que cubría la puerta del sepulcro y se sentó sobre ella. El otro entró en la tumba y desató los vendajes que cubrían la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel que había venido del cielo, con una voz que hizo temblar la tierra, exclamó: Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama! Sal fuera! La muerte ya no podía ejercer más dominio sobre él. Jesús se levantó de entre los muertos triunfante y vencedor. La hueste angélica contempló la escena con solemne reverencia. Y cuando el Señor salió del sepulcro en majestad, esos resplandecientes ángeles se postraron en tierra y lo alabaron con himnos de victoria y de triunfo, porque la muerte ya no podía retener a su divino cautivo. Satanás no había triunfado ahora. Los ángeles de Satanás se habían visto obligados a huir ante la luz refulgente y penetrante de los ángeles celestiales. Amargamente se quejaron a su rey, de que su presa les había sido quitada violentamente y que Aquel a quien tanto odiaban se había levantado de entre los muertos.

Satanás y su hueste se habían regocijado de que su poder sobre el hombre caído había logrado que el Señor de la vida yaciera en la tumba, pero su triunfo infernal fue de breve duración. Porque cuando Jesús salió de su cárcel como majestuoso vencedor, Satanás supo, que en poco tiempo tendría que morir, y que su reino pasaría a Aquel a quien le correspondía. Se lamentó con ira de que a pesar de todos sus

esfuerzos, el Señor no había sido vencido, sino que había abierto un camino de salvación para el hombre, de manera que todo aquel que quisiera, podría avanzar por éste y salvarse.

Momentáneamente, Satanás pareció triste y mostró angustia. Se reunió en concilio con sus ángeles para deliberar acerca de qué métodos podían usar a fin de seguir trabajando en contra del gobierno de Dios. Satanás ordenó a sus siervos que se pusieran en contacto con los principales sacerdotes y ancianos. Les dijo: "Tuvimos éxito en engañarlos, cegando sus ojos y endureciendo sus corazones contra Jesús. Les hicimos creer que era un impostor. Esa guardia romana llevará la desagradable noticia de que Cristo ha resucitado. Conseguimos que los sacerdotes y los ancianos aborrecieran a Jesús y le dieran muerte. Hagámosles saber ahora que si se propaga el hecho de que Jesús ha resucitado, el pueblo los apedreará por haber enviado a la muerte a un hombre inocente".

Cuando las hueste angélica se fue al cielo y se disiparon la luz y la gloria, vi que la guardia romana se atrevió a levantar cuidadosamente la cabeza para ver si era seguro que miraran a su alrededor. Estaban llenos de asombro al ver que la gran piedra había sido retirada y que Jesús había resucitado. Se apresuraron a ir a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos para relatarles la asombrosa historia de lo que habían visto. Cuando esos asesinos escucharon el maravilloso informe, sus rostros empalidecieron. El horror se apoderó de ellos cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho. Entonces se dieron cuenta de que si el informe era correcto, estaban perdidos. Por unos momentos se quedaron en silencio, contemplándose los unos a los otros sin saber qué hacer ni qué decir. Aceptar el informe equivalía a condenarse a sí mismos. Se reunieron aparte para consultar en cuanto a lo que se debía hacer. Argumentaron que si el informe de que Jesús había resucitado y la historia de ese despliegue de sorprendente gloria que hizo que la guardia cayera como muerta comenzaba a circular entre la gente, el pueblo ciertamente se llenaría de ira y los mataría. Decidieron sobornar a los soldados para que guardaran el secreto. Le ofrecieron una gran suma de dinero diciéndoles: Decid vosotros: sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y cuando los guardias les preguntaron qué iba a suceder con ellos por quedarse dormidos en sus puestos, los dirigentes judíos les prometieron persuadir al gobernador y asegurar de esemodo su tranquilidad. Por dinero, la guardia romana decidió vender su honra y estuvo de acuerdo en seguir el consejo de los sacerdotes y ancianos.

Cuando Cristo pendiendo de la cruz, exclamó: "¡Consumado es!" las rocas se hendieron, la tierra tembló y algunas tumbas se abrieron. Al levantarse como triunfador sobre la muerte y el sepulcro, mientras la tierra se sacudía y la gloria del cielo resplandecía en torno del lugar sagrado, muchos de los justos muertos obedientes a su llamado, salieron como testigos de que había resucitado. Esos santos favorecidos y resucitados salieron glorificados de la tumba. Eran escogidos y santos de todas las edades, desde la creación hasta los días de Cristo. De manera que mientras los dirigentes judíos trataban de ocultar el hecho de que Cristo había resucitado, Dios escogió resucitar una compañía de la tumba para testificar que Jesús había resucitado, y para declarar su gloria.

Esos seres resucitados eran de diferente estatura y forma. Se me informó que los habitantes de la tierra se habían estado degenerando en fortaleza y belleza. Satanás tiene poder sobre la enfermedad y la muerte, y en todas las edades la maldición ha sido cada vez mas visible, y el poder de Satanás se ha hecho más evidente. Los que vivían en los días de Noé y de Abrahán se parecían a los ángeles en su forma, su apariencia y su fortaleza. Pero cada generación sucesiva se ha vuelto más débil, más susceptible a la enfermedad, y su vida ha sido de más corta duración que la anterior. Satanás ha ido aprendiendo cómo perturbar y debilitar a la raza.

Los santos que salieron de sus tumbas después de la resurrección de Jesús, se aparecieron a muchos, diciéndoles que se había completado el sacrificio en favor del hombre, que Jesús, a quien los judíos habían crucificado, había resucitado de los muertos, y como prueba de sus palabras, declararon: Nosotros resucitamos con él. Dieron testimonio en el sentido de que por el poder de Jesús habían sido llamados a salir de la tumba. A pesar de los informes mentirosos que comenzaron a circular, la resurrección de Cristo no pudo ser ocultada por Satanás, sus ángeles o los principales sacerdotes. Porque ese grupo santo, resucitado de la tumba, diseminó las maravillosas y gozosas nuevas. El mismo Jesús se

manifestó también a sus apenados y descorazonados discípulos, para disipar sus temores e infundirles gozo y alegría.

A medida que las nuevas se difundían de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, los judíos a su vez temieron por sus vidas, y ocultaron el odio que acariciaban en contra de los discípulos. Su única esperanza era poder esparcir su relato mentiroso. Y los que deseaban que esa mentira fuera verdad, la creyeron. Pilato tembló. Creyó el poderoso testimonio dado de que Jesús había resucitado de los muertos, y de que él había levantado con él a muchos otros, y su paz se apartó de él para siempre. Por el honor mundano, por temor a perder su autoridad y su vida, entregó a Jesús a la muerte. Ahora estaba completamente convencido de que no era tan solo de la sangre de un hombre común e inocente de la cual él era culpable, sino de la sangre del Hijo de Dios. Miserable fue la vida de Pilato, miserable hasta que llegó a su fin. La desesperación y la angustia quebrantaron todo sentimiento de gozosa esperanza. Rehusó ser confortado, y terminó en la muerte más trágica.

El corazón de Herodes se volvió más empedernido, y cuando escuchó que Jesús había resucitado, no se preocupó mucho. Mandó a matar a Santiago; y cuando vio que eso complacía a los judíos, arrestó también a Pedro, con la intención de matarlo. Pero Dios tenía una obra para Pedro, y envió a su ángel y lo liberó. Herodes fue visitado por juicios divinos. Dios lo hirió en presencia de una gran multitud mientras se exaltaba a sí mismo ante ella, y murió de una horrible muerte.

Temprano en la mañana, antes de que hubiera luz, las santas mujeres vinieron al sepulcro trayendo especias aromáticas para unguir el cuerpo de Jesús, cuando encontraron que la pesada piedra que estaba a la puerta del sepulcro había sido removida y que el cuerpo de Jesús no estaba allí. Sintieron en su interior que su corazón desmayaba, y temieron que sus enemigos se hubieran llevado el cuerpo. Y, he aquí que dos ángeles en vestidos blancos se pusieron junto a ellas; sus rostros eran brillantes y relucientes. Comprendieron la misión de las santas mujeres e inmediatamente les dijeron que ellas estaban buscando a Jesús, pero él no estaba allí, había resucitado y podían ver el lugar donde él había sido puesto. Les ordenaron que fueran y les dijeran a los discípulos que el Señor iría delante de ellos a Galilea. Pero las mujeres estaban asustadas y atónitas. Con gran prisa corrieron hacia los discípulos quienes estaban de duelo y no podían ser consolados porque su Señor había sido crucificado; apresuradamente les dijeron las cosas que habían visto y escuchado. Los discípulos no podían creer que él hubiera resucitado, pero, en compañía de las mujeres que habían llevado el informe, corrieron precipitadamente hacia el sepulcro y encontraron que verdaderamente Jesús no estaba ahí. Allí estaban los lienzos, pero no podían creer que Jesús se había levantado de los muertos. Regresaron a la casa maravillados de las cosas que habían visto, y también del reporte que les habían traído las mujeres. Pero María escogió demorarse cerca del sepulcro, meditando en lo que había visto y estaba triste ante el pensamiento de que pudiera haber sido engañada. Sintió que le aguardaban nuevas pruebas. Su pesar aumentó y prorrumpió en amargo llanto. Se inclinó a mirar dentro del sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco. Sus rostros eran brillantes y relucientes. Uno de ellos estaba sentado a la cabecera y el otro a los pies donde Jesús había descansado. Le hablaron tiernamente y le preguntaron por qué lloraba. Ella replicó: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Y como se retiró del sepulcro, vio a Jesús de pie cerca de ella; pero no lo reconoció. Jesús le habló con ternura a María e inquirió acerca de la causa de su tristeza, preguntándole a quién buscaba. Ella, pensando que era el hortelano, le suplicó que si él se había llevado a su Señor, le dijera dónde lo había puesto y ella entonces se lo llevaría. Jesús le habló con su propia voz celestial y le dijo: ¡María! Ella estaba familiarizada con el tono de aquella voz amada y prestamente respondió: ¡Maestro! y con gozo y alegría estaba a punto de abrazarlo; pero Jesús se apartó y le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; más ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Gozosamente ella se apresuró a dar las buenas nuevas a los discípulos. Jesús rápidamente ascendió a su Padre para oír de sus labios que su sacrificio había sido aceptado, que había hecho bien todas las cosas y a recibir de su Padre toda potestad en el cielo y en la tierra.

Una nube de ángeles rodeaba al Hijo de Dios, quienes ordenaron a las puertas eternas que se

alzarán para que pudiera entrar el Rey de gloria. Vi que mientras Jesús estaba acompañado de esa resplandeciente hueste celestial, en la presencia de su Padre y rodeado de la excelsa gloria de Dios, él no olvidó a sus pobres discípulos que estaban en la tierra; sino que recibió poder de su Padre para regresar a ellos e impartirles de su poder. El mismo día regresó y se mostró a sus discípulos. Les permitió que lo tocaran porque ya había ascendido a su Padre y había recibido poder.

Pero en ese momento Tomás no estaba presente. No recibió humildemente el informe de los discípulos; sino que con firmeza y lleno de confianza propia afirmó que no lo creería, a menos que pusiera sus dedos en las marcas de los clavos y su mano en su costado donde la cruel lanza había sido enterrada. En esto él mostró falta de confianza en sus hermanos. Y si todos ellos hubieran requerido la misma evidencia, muy pocos habrían recibido a Jesús y creído en su resurrección. Pero era la voluntad de Dios que el informe de los discípulos fuera de uno a otro, y que muchos lo recibieran de los labios de quienes habían visto y escuchado. Dios no se sentía complacido con una incredulidad tal. Y cuando Jesús se reunió de nuevo con sus discípulos Tomás estaba con ellos. En el mismo momento que vio a Jesús él creyó. Pero había declarado que no estaría satisfecho sin que la evidencia del sentido del tacto se uniera a la de la vista, y Jesús le dio la evidencia que él deseaba. Tomás exclamó: ¡Mi Señor y mi Dios! Pero Jesús le reprochó por su incredulidad. Le dijo: Tomás, porque me has visto has creído; bienaventurados son los que no han visto y sin embargo han creído.

De esa manera vi que quienes no tuvieron una experiencia en los mensajes del primero y segundo ángeles¹, deben recibirla de aquellos que la tuvieron y seguir a la par de los mensajes. Vi que esos mensajes han sido crucificados, de la misma manera en que Jesús fue crucificado. Y que como los discípulos declararon que no había salvación en otro nombre debajo del cielo dado a los hombres; así también deberían los siervos de Dios declarar fielmente y sin temor, que los que acepten solamente una parte de las verdades conectadas con el tercer mensaje² deben aceptar gozosamente el primero, el segundo y el tercer mensajes de la manera que Dios los ha dado o no deben tener parte ni lote en el asunto.

Me fue mostrado que mientras las santas mujeres estaban llevando el reporte de que Jesús había resucitado, la guardia romana estaba haciendo circular la mentira que los principales de los sacerdotes y los escribas habían puesto en sus bocas, que los discípulos habían venido de noche mientras ellos dormían, y habían robado el cuerpo de Jesús. Satanás había puesto esta mentira en los corazones y en los labios de los principales de los sacerdotes, y el pueblo estuvo listo para aceptar su palabra. Pero Dios hizo que ese asunto fuera indiscutible y colocó este importante evento, sobre el cual descansa la salvación, más allá de toda duda, y donde fuera imposible que los sacerdotes y escribas lo ocultaran. Muchos testigos fueron levantados de los muertos para probar que Cristo había resucitado.

Jesús permaneció por cuarenta días con sus discípulos, proporcionándoles gozo y alegría de corazón, y abriéndoles más plenamente las realidades del reino de Dios. Los comisionó para que llevaran un testimonio de las cosas que habían visto y oído, con respecto a sus sufrimientos, su muerte y su resurrección; que él había hecho un sacrificio por el pecado, para que todos los que quisieran, pudieran venir a él y hallar vida. Con tierna simpatía les dijo que serían perseguidos y afligidos; pero que encontrarían alivio al referirse a su experiencia y al recordar las palabras que se les habían dicho. Les dijo que él había vencido las tentaciones del diablo y había mantenido la victoria a través de pruebas y sufrimientos, que Satanás ya no tendría poder sobre él, sino que dirigiría sus tentaciones y ejercería su poder sobre ellos y sobre todos los que creyeran en su nombre. Les dijo que ellos podrían vencer así como él había vencido. Jesús investió a sus discípulos con poder para realizar milagros, y les dijo que aunque hombres impíos tendrían poder sobre sus cuerpos, en cierta ocasiones él enviaría a sus ángeles para que los libertasen, que sus vidas no les podrían ser arrebatadas hasta que su misión no hubiese sido cumplida. Y cuando su testimonio hubiera llegado a su fin, podría ser que se requiriera que sellaran con sus vidas el testimonio que habían llevado. Sus ansiosos seguidores escucharon gozosamente sus enseñanzas. Ávidamente se deleitaban con cada palabra que salía de sus benditos labios. Entonces tuvieron la certeza de que él era el Salvador del mundo. Cada palabra penetraba con un profundo impacto en sus corazones, y se afligían al tener que separarse de su bendito maestro celestial; que después de un corto tiempo ya no

escucharían palabras consoladoras y compasivas salir de sus labios. Pero nuevamente sus corazones se llenaron de amor y gran gozo, cuando Jesús les dijo que él iría a preparar mansiones para ellos, y vendría otra vez y los tomaría a sí mismo, para que pudieran estar siempre con él. Les explicó que les enviaría el Consolador, el Espíritu Santo, para guiarlos, bendecirlos y conducirlos a toda verdad; alzó entonces sus manos y los bendijo.

1. Favor hacer referencia a: Apocalipsis 14:6-8. Explicación este libro capítulo 23 & 24.

2. Favor hacer referencia a: Apocalipsis 14:9-12. Explicación este libro capítulo 28.

Favor hacer referencia a: Mateo 27:52-53; capítulo 28, Marcos 16:1-18; Lucas 24:1-50; Juan capítulo 20, Hechos capítulo 12.

Capítulo 11

La Ascensión de Cristo

Todo el cielo estaba esperando la hora de triunfo cuando Jesús ascendería a su Padre. Ángeles vinieron a recibir al Rey de gloria y a escoltarlo triunfalmente al cielo. Después que Jesús hubo bendecido a sus discípulos, se separó de ellos y fue llevado hacia arriba. Y a medida que ascendía era seguido por la muchedumbre de cautivos que fueron levantados cuando él resucitó. Una multitud de los ejércitos celestiales le acompañaba; mientras que en el cielo una innumerable cantidad de ángeles aguardaba su regreso. Mientras ascendían a la santa ciudad los ángeles que escoltaban a Jesús exclamaban: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotros puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Arrobados, los ángeles en la ciudad que aguardaban su llegada, exclamaban: ¿Quién es este Rey de gloria? Con voz triunfante el séquito de ángeles contestaba: ¡Jehová el fuerte y valiente! ¡Jehová el poderoso en batalla! Alzad oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. Nuevamente la hueste angélica exclamó: ¿Quién es este Rey de gloria? Con voces melodiosas la escolta de ángeles contestó: ¡Jehová de los ejércitos, él es el Rey de gloria! Y la comitiva celestial hizo su entrada en la ciudad. Entonces, todos los ejércitos celestiales rodearon al Hijo de Dios, su majestuoso comandante, y con la más profunda adoración se postraron ante él y depositaron sus brillantes coronas a sus pies. Y enseguida tocaron sus arpas de oro, y con dulces y melodiosos acordes, llenaron todo el cielo con su música exquisita y con cantos al Cordero que fue inmolado y vive nuevamente en majestad y gloria.

Entonces me fueron mostrados los discípulos cuando llenos de pesar miraban hacia el cielo tratando de vislumbrar por última vez a su Señor mientras ascendía. Dos ángeles en vestiduras blancas se pusieron junto a ellos, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá así tal como le habéis visto ir al cielo. Los discípulos, con la madre de Jesús, presenciaron la ascensión del Hijo de Dios, y pasaron esa noche recordando sus hechos, y las cosas extrañas y gloriosas que habían ocurrido durante tan corto tiempo.

Satanás consultó con sus ángeles, y con un odio amargo en contra del gobierno de Dios, les dijo que mientras él retuviera su poder y autoridad sobre la tierra, sus esfuerzos tenían que ser diez veces más poderosos en contra de los seguidores de Jesús. No habían logrado nada en su oposición hacia Jesús; pero de ser posible, debían destruir a sus seguidores, llevando a cabo su obra a través de cada generación, para engañar a quienes creían en Jesús, en su resurrección y en su ascensión. Satanás relató a sus ángeles que Jesús había otorgado a sus discípulos poder para echarlos, reprenderlos y sanar a los que eran afligidos por ellos. Entonces, los ángeles de Satanás salieron como leones rugientes buscando cómo podrían devorar a los seguidores de Jesús.

Favor hacer referencia a: Salmos Libro I 24:7-10; Hechos 1:1-11.

Capítulo 12

Los Discípulos de Cristo

Con gran poder los discípulos predicaron a un Salvador crucificado y resucitado. Sanaron a los enfermos, aun uno que siempre había sido paralítico fue restaurado a una perfecta salud, y entró con ellos en el templo caminando, saltando y alabando a Dios a la vista de todo el pueblo. Las nuevas se esparcieron y la gente empezó a congregarse alrededor de los discípulos. Muchos corrieron juntos, maravillados y asombrados en gran manera ante la curación que había sido efectuada.

Los principales de los sacerdotes pensaron que al morir Jesús ya no se efectuarían más milagros entre ellos, que la excitación desaparecería y que el pueblo se volvería nuevamente a las tradiciones de los hombres. Pero, he aquí que justamente en su medio, los discípulos estaban obrando milagros, y el pueblo estaba lleno de admiración y los miraba con asombro. Jesús había sido crucificado, y ellos se preguntaban cómo los discípulos habían obtenido ese poder. Cuando él estaba vivo pensaron que había impartido poder a sus discípulos; cuando Jesús murió esperaban que esos milagros cesarían. Pedro comprendió su perplejidad y les dijo: "Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si con nuestra virtud o piedad hubiésemos hecho andar a éste? El Dios de Abraham, y de Isaac, y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, al cual vosotros entregasteis, y negasteis delante de Pilato, juzgando al que había de ser suelto. Mas vosotros al Santo y al Justo negasteis, y pedisteis que se os diese un homicida. Y matasteis al Autor de la vida, al cual Dios ha resucitado de los muertos; de lo que nosotros somos testigos. Pedro les dijo que fue la fe en Jesús lo que le había dado perfecta sanidad a un hombre que había sido anteriormente un cojo.

Los principales de los sacerdotes y los ancianos no pudieron soportar esas palabras. Echaron mano de los discípulos y los pusieron en la cárcel. Pero miles de personas se convirtieron y creyeron en la resurrección y ascensión de Cristo, al oír un solo sermón de los apóstoles. Los principales de los sacerdotes y los ancianos estaban inquietos. Habían matado a Jesús para que las mentes del pueblo pudieran volverse hacia ellos; pero ahora el asunto era peor que antes. Fueron acusados abiertamente por los discípulos de haber sido los asesinos del Hijo de Dios, y no podían determinar a cuál extremo podía extenderse este asunto, o cómo podían ellos mismos ser considerados por el pueblo. Habrían estado dispuestos a condenar a muerte a los discípulos pero no se atrevieron por temor a ser apedreados por el pueblo. Llamaron a los discípulos, quienes fueron llevados ante el concilio. Los mismos hombres que clamaron ansiosamente por la sangre del Justo estaban allí. Habían escuchado la cobarde negación de Pedro, quien cuando fue acusado de ser uno de sus discípulos lo negó con maldiciones y juramentos. Pensaron que intimidarían a Pedro, pero ahora él estaba convertido. Allí se le dio una oportunidad de exaltar a Jesús. Una vez él lo negó, pero ahora podía borrar la mancha de aquella negación hecha en forma cobarde y apresurada, y honrar el nombre que había negado. En ese momento Pedro no abrigaba en su corazón ningún temor cobarde; sino que con una audacia santa y con el poder del Espíritu Santo, declaró intrépidamente ante ellos que: En el nombre de JesuCristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis, y a quien Dios levantó de los muertos, este hombre ha recibido completa sanidad. Esta es la piedra que desecharon los edificadores y se ha convertido en piedra angular. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

El pueblo estaba atónito ante la audacia de Pedro y de Juan. Se dieron cuenta de que ellos habían estado con Jesús; porque su noble y valeroso comportamiento reflejaba la apariencia de Jesús cuando fue perseguido por sus asesinos. Jesús, con una mirada de lástima y pesar reprochó a Pedro después de

haberlo negado, y ahora al reconocer osadamente a su Señor recibió aprobación y perdón. Como una muestra de la aprobación de Jesús, fue lleno del Espíritu Santo.

Los principales de los sacerdotes no se atrevieron a manifestar el odio que sentían por los discípulos. Les ordenaron que saliesen fuera del concilio, y deliberaban entre sí diciendo: ¿Qué hemos de hacerle a estos hombres? Porque ciertamente han hecho un gran milagro y es evidente a todos los que moran en Jerusalem y no podemos negarlo. Estaban asustados de que estas nuevas se esparcieran. Si esto ocurría, perderían su poder y serían considerados como los asesinos de Jesús. Lo único que se atrevieron a hacer fue amenazarlos y ordenarles que de ninguna manera hablasen en el nombre de Jesús para que no murieran. Pero Pedro declaró osadamente que no podían dejar de decir lo que habían visto y oído.

Mediante el poder de Jesús los discípulos continuaron sanando a cada uno de los enfermos y afligidos que eran traídos a ellos. El sumo sacerdote y los ancianos estaban alarmados. Centenares se alistaban diariamente bajo el estandarte de un Salvador crucificado, resucitado y que había ascendido al cielo. Los apóstoles fueron encerrados en prisión y se esperaba que la excitación se calmaría. Satanás triunfó y los ángeles malos se regocijaron; pero los ángeles de Dios fueron enviados para que abrieran las puertas de la prisión, y contradiciendo el mandato del príncipe de los sacerdotes y de los ancianos les ordenaron que fueran al templo y hablaran todas las palabras de vida. El concilio se reunió y envió a buscar a los prisioneros. Los oficiales abrieron las puertas de la prisión; pero los prisioneros que buscaban no estaban allí. Volvieron a los sacerdotes y ancianos y les dijeron: Por cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los guardas estaban delante de las puertas; pero cuando abrimos, a nadie encontramos dentro. Pero viniendo uno les dio la noticia: He aquí los varones que echasteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo. Entonces fue el magistrado con los ministros, y los trajo sin violencia; porque temían que el pueblo los apedreara. Y cuando los trajeron los presentaron ante el concilio, y el principal de los sacerdotes les preguntó: ¿No os ordenamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y he aquí, habéis llenado a Jerusalem con vuestra doctrina y tenéis la intención de echar sobre nosotros la sangre de este hombre.

Eran unos hipócritas, y amaban la alabanza de los hombres más de lo que amaban a Dios. Sus corazones estaban endurecidos, y los actos más poderosos realizados por los apóstoles solamente los enfurecían. Sabían que si los discípulos predicaban a Jesús, su crucifixión, su resurrección y ascensión, esto les echaría la culpa y los declararía sus asesinos. No estaban dispuestos a recibir la sangre de Jesús como cuando gritaron con vehemencia: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Los apóstoles declararon osadamente que era menester obedecer a Dios antes que a los hombres. Pedro dijo: El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste ha ensalzado Dios por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y remisión de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y lo es también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen. Entonces, esos asesinos se llenaron de ira. Deseaban nuevamente bañar sus manos en sangre asesinando a los apóstoles. Estaban planeando cómo harían esto, cuando un ángel de Dios fue enviado a Gamaliel para que moviera su corazón y aconsejara al príncipe de los sacerdotes y a los dirigentes. Gamaliel dijo: Absteneos de hacerle daño a estos hombres y dejadlos en paz; porque si este consejo o esta obra es de los hombres se desvanecerá; pero si es de Dios no la podréis deshacer. No seáis tal vez hallados resistiendo a Dios. Los ángeles malvados estaban tratando de impresionar a los sacerdotes y ancianos para que mataran a los apóstoles; pero Dios envió su ángel para impedirlo al levantar en sus propias filas una voz que estuviera a favor de los discípulos.

La obra de los apóstoles no había terminado. Habían de ser llevados ante reyes para testificar del nombre de Jesús y para atestiguar de las cosas que habían visto y oído. Pero antes de que los principales de los sacerdotes les permitieran irse, los azotaron y les ordenaron que no hablasen más en el nombre de Jesús. Ellos partieron de delante del concilio alabando a Dios por haber sido considerados dignos de sufrir por su amado nombre. Los apóstoles continuaron con su misión, predicando en el templo y en todas las casas donde eran invitados. La Palabra de Dios crecía y se multiplicaba. Satanás había actuado sobre los principales de los sacerdotes y los ancianos para que convinieran con la guardia romana a fin de que dijeran

falsamente que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús mientras ellos dormían. A través de esta mentira esperaban ocultar los hechos; pero, he aquí que las poderosas evidencias de la resurrección de Jesús estaban surgiendo por todas partes. Los discípulos lo declararon intrépidamente, y testificaron de las cosas que habían visto y oído, y en el nombre de Jesús realizaron poderosos milagros. Osadamente ponían la sangre de Jesús sobre aquellos que habían estado tan dispuestos a recibirla cuando les fue permitido ejercer potestad contra el Hijo de Dios.

Vi que los ángeles de Dios fueron comisionados para tener un cuidado especial, y preservar las sagradas e importantes verdades que servirían como un ancla para sostener a los discípulos de Cristo a través de cada generación.

El Espíritu Santo descansó en una forma especial sobre los apóstoles, quienes fueron testigos de la crucifixión, resurrección y ascensión de Jesús-verdades importantes que serían la esperanza de Israel. Todos habrían de contemplar al Salvador del mundo como su única esperanza, y andar en el camino que Jesús abrió mediante el sacrificio de su propia vida, y guardar la ley de Dios para poder vivir. Vi la sabiduría y la bondad de Jesús al conceder poder a los discípulos para llevar a cabo la misma obra a causa de la cual los judíos lo odiaron y le dieron muerte. Les fue dado poder sobre la obra de Satanás. Obraron milagros y señales a través del nombre de Jesús, quien fue despreciado y muerto a manos de impíos. Un halo de luz y gloria rodeó el momento de la muerte y la resurrección de Jesús, inmortalizando el hecho sagrado de que él era el Salvador del mundo.

Favor hacer referencia a: Hechos capítulo 3-5.

Capítulo 13

La Muerte de Esteban

Los discípulos se multiplicaron grandemente en Jerusalén. La palabra de Dios creció, y muchos de los sacerdotes obedecieron a la fe. Esteban, lleno de fe estaba realizando maravillas y milagros entre el pueblo. Muchos estaban airados, porque los sacerdotes estaban abandonando sus tradiciones, los sacrificios y las ofrendas, y estaban aceptando a Jesús como el gran sacrificio. Esteban, con poder de lo alto, reprobó a los sacerdotes y a los ancianos y exaltó a Jesús delante de ellos. Estos no pudieron resistir la sabiduría y el poder con los cuales él habló, y como se dieron cuenta de que no podían vencerlo, contrataron hombres para que juraran falsamente que lo habían oído hablar palabras blasfemas en contra de Moisés y en contra de Dios. Instigaron al pueblo en contra de Esteban, y usando falsos testigos, lo acusaron de hablar en contra del templo y de la ley. Testificaron que lo oyeron decir que ese Jesús de Nazaret destruiría las leyes que Moisés les había dado.

Todos los que se sentaron en juicio en contra de Esteban vieron la luz de la gloria de Dios reflejarse en su semblante. Su rostro fue iluminado como la faz de un ángel. Se levantó lleno de fe, y, comenzando desde los profetas, los llevó al advenimiento de Jesús, su crucifixión, su resurrección y ascensión, mostrándoles que el Señor no mora en templos hechos de manos. Ellos adoraban el templo. Cualquier cosa que se dijera en contra del templo los llenaba de una indignación mayor que si fuera dicho en contra de Dios. El espíritu de Esteban fue conmovido por santa indignación mientras les increpaba por ser tan malvados e incircuncisos de corazón. Siempre resistís al Espíritu Santo, les dijo. Observaban las ceremonias externas, mientras que sus corazones eran corruptos y estaban llenos de maldad. Esteban les recordó la crueldad de sus padres al perseguir a los profetas, diciéndoles: Habéis matado a los que antes anunciaron la venida del Justo, del cual vosotros ahora habéis sido los traidores y asesinos.

Los principales sacerdotes y los dirigentes se llenaron de ira al escuchar las claras y penetrantes

verdades, y se precipitaron contra Esteban. Una luz celestial resplandeció sobre él, y puestos los ojos en el cielo, tuvo una visión de la gloria de Dios y ángeles estaban a su alrededor. Él exclamó: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios. El pueblo no quería escucharlo. Dando grandes voces, se taparon los oídos y todos a una arremetieron contra él y echándolo fuera de la ciudad lo apedrearón. Y Esteban puesto de rodillas clamó a gran voz. Señor no les atribuyas este pecado.

Vi que Esteban era un poderoso hombre de Dios, levantado especialmente para llenar un lugar importante en la iglesia. Satanás se regocijó cuando fue apedreado, porque sabía que los discípulos sentirían grandemente su pérdida. Pero el triunfo de Satanás fue corto, porque había uno en medio de esa compañía a quien Jesús se le revelaría. Aunque él no tomó parte en el apedreamiento de Esteban, sin embargo consintió en su muerte. Saulo era celoso en su persecución de la iglesia de Dios, siguiéndolos y arrestándolos en sus casas, y entregándolos a los que los matarían. Satanás estaba usando a Saulo de una manera efectiva. Pero Dios puede quebrantar el poder del diablo y liberar a quienes él lleva cautivos. Saulo era un hombre educado, y Satanás estaba usando sus talentos triunfalmente para llevar adelante su rebelión en contra del Hijo de Dios, y de aquellos que creían en él. Pero Jesús seleccionó a Saulo como un "instrumento escogido" para predicar su nombre, para fortalecer a los discípulos en su obra, y para que lograra más que simplemente ocupar el lugar de Esteban. Saulo era muy estimado por los judíos: Su celo y su erudición los complacía, y aterrorizaba a muchos de los discípulos.

Favor hacer referencia a: Hechos capítulo 6-7.

Capítulo 14

La Conversión de Saulo

Mientras Saulo viajaba hacia Damasco llevando cartas que le autorizaban a prender a hombres o a mujeres que predicaban a Jesús y a llevarlos atados a Jerusalem, ángeles malos se regocijaban a su alrededor. Pero mientras viajaba, repentinamente, una luz del cielo brilló en torno suyo, la cual ahuyentó a los ángeles malos e hizo que Saulo cayera al suelo rápidamente. Oyó una voz diciendo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Saulo preguntó: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Y Saulo, temblando y lleno de asombro dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor dijo: Levántate, y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.

Los hombres que estaban con él se quedaron desconcertados, escuchando una voz pero sin ver a ningún hombre. Cuando la luz se desvaneció y Saulo se levantó de la tierra y abrió sus ojos, no vio a nadie. La gloria de la luz celestial lo había cegado. Lo condujeron de la mano y lo llevaron a Damasco; allí estuvo tres días sin vista y no comió ni bebió. Entonces, el Señor envió su ángel a uno de los hombres mismos a quienes Saulo esperaba capturar, y le reveló en visión que debía ir a la calle llamada la Derecha, y preguntar en la casa de Judas por uno llamado Saulo de Tarso, porque he aquí, él ora; y ha visto en visión un varón llamado Ananías, que entra y le pone la mano encima, para que reciba la vista.

Ananías temía que hubiese algún error en ese asunto, y comenzó a relatarle al Señor lo que había oído acerca de Saulo. Pero el Señor le dijo a Ananías: Ve: porque instrumento escogido me es éste, para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuánto le sea menester que padezca por mi nombre. Ananías siguió las órdenes del Señor y entró en la casa, y poniendo sus manos sobre él dijo: Saulo hermano, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

Inmediatamente, Saulo recibió la vista, se levantó y fue bautizado. Luego predicó a Cristo en las sinagogas, que él era el Hijo de Dios. Todos los que lo oyeron estaban asombrados y preguntaron: ¿No es

este el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y a eso vino acá, para llevarlos presos ante los principales sacerdotes? Pero Saulo se esforzaba aún más, y confundía a los judíos. Nuevamente estaban turbados. Saulo relató su experiencia en el poder del Espíritu Santo. Todos estaban familiarizados con el hecho de la oposición anterior de Pablo en contra de Jesús, y su celo en perseguir y entregar a la muerte a todos los que creían en su nombre. Su conversión milagrosa convenció a muchos de que Jesús era el Hijo de Dios. Saulo relató su experiencia, contando que cuando estaba persiguiendo hasta la muerte, arrestando y encarcelando tanto a hombres como a mujeres, durante su viaje a Damasco, repentinamente una gran luz del cielo resplandeció a su alrededor y Jesús se le apareció y le enseñó que era el Hijo de Dios. A medida que Saulo predicaba osadamente a Jesús, ejercía una poderosa influencia. Tenía un profundo conocimiento de las Escrituras, y después de su conversión, una luz divina resplandeció sobre las profecías que concernían a Jesús, lo cual lo capacitó para presentar la verdad clara y valientemente, y para corregir cualquier perversión de las Escrituras. Con el Espíritu de Dios descansando sobre él, conducía a sus oyentes de una manera clara y persuasiva, a través de las profecías, hacia el tiempo de la primera venida de Cristo, y les mostraba que las Escrituras que se referían a los sufrimientos, la muerte y la resurrección de Cristo se habían cumplido.

Favor hacer referencia a: Hechos capítulo 9.

Capítulo 15

Los Judíos Deciden Matar a Pablo

Los principales sacerdotes y los gobernadores fueron movidos por el odio en contra de Pablo, al presenciar el efecto producido por la narración de su experiencia. Vieron que él predicaba confiadamente a Jesús, y realizaba milagros en su nombre; que las multitudes le escuchaban y abandonaban sus tradiciones, mirándolos como los asesinos del Hijo de Dios. Su ira fue encendida y se reunieron para consultar qué era lo mejor para sofocar la excitación. Acordaron en que la única conducta segura consistía en darle muerte a Pablo. Pero Dios conocía su intención, y envió ángeles para protegerlo, a fin de que pudiera vivir para cumplir su misión, y sufrir por el nombre de Jesús.

A Pablo se le informó que los judíos querían matarle. Satanás guió a los incrédulos judíos a vigilar día y noche las puertas de la ciudad de Damasco para que cuando Pablo pasara por ellas le diesen muerte inmediatamente. Pero durante la noche los discípulos lo bajaron por el muro en un canasto. De esa manera, los judíos fueron avergonzados en su fracaso, y el objetivo de Satanás fue malogrado. Pablo fue a Jerusalén a reunirse con los discípulos, pero todos le temían. No podían creer que fuera un discípulo. Había sido perseguido por los judíos en Damasco, y sus propios hermanos no lo recibían; pero Bernabé lo llevó a los apóstoles y les declaró cómo él había visto al Señor en el camino, y que había predicado valientemente en Damasco en el nombre de Jesús.

Pero Satanás estaba agitando a los judíos para que destruyeran a Pablo, y Jesús le ordenó dejar a Jerusalem. Y cuando se fue a otras ciudades predicando a Jesús, y realizando milagros, muchos se convertían. Un hombre que había sido cojo de nacimiento fue sanado y la gente que adoraba a los ídolos estaba a punto de ofrecer sacrificios a los discípulos. Pablo se entristeció y les dijo que ellos eran solamente hombres, y que únicamente debían adorar al Dios que había hecho los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay. Pablo exaltó a Dios ante ellos, pero a duras penas pudo contener a la gente. El primer concepto de la fe en el verdadero Dios y el culto y el honor debidos a él estaba formándose en las mentes de esa gente; pero mientras escuchaban a Pablo, Satanás estaba incitando a los judíos incrédulos de otras ciudades para que persiguieran a Pablo y destruyeran la buena obra hecha por él.

Esos judíos excitaron e inflamaron las mentes de aquellos idólatras esparciendo falsos informes en contra de Pablo. De esa manera, la admiración y el asombro de la gente se convirtió en odio, y quienes poco antes estaban dispuestos a adorar a los discípulos, apedrearon a Pablo, y lo sacaron de la ciudad suponiendo que estaba muerto. Pero mientras los discípulos estaban alrededor de Pablo, llorando por él, con gozo lo vieron levantarse y entró con ellos en la ciudad.

En otra ocasión, mientras Pablo predicaba a Jesús, una mujer poseída por el espíritu de adivinación, los seguía clamando: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. De esa manera siguió a los discípulos por muchos días. Pero Pablo sentía triste pues esos clamores distraían a la gente e impedían que escucharan la verdad. El propósito de Satanás al inducirla a hacer esto, era despertar en la gente un desagrado que destruyera la obra de los discípulos. Pero el espíritu de Pablo se conmovió dentro de sí, y volviéndose hacia la mujer, dijo al espíritu: Te mando en el nombre de Jesu Cristo, que salgas de ella, y el espíritu malo al ser reprendido así, la dejó.

Sus amos se sentían complacidos de que ella clamara tras los discípulos, pero cuando el mal espíritu la dejó, y vieron que fue transformada en una mansa discípula de Cristo, se llenaron de ira. Habían obtenido mucho dinero mediante las adivinaciones de ella, y ahora la esperanza de ganancia se había desvanecido. El propósito de Satanás fracasó, pero sus siervos apresaron a Pablo y a Silas; los llevaron hasta la plaza y presentándolos a los magistrados dijeron: "Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad." Y la multitud se levantó contra ellos. Los magistrados desgarraron sus ropas y ordenaron que fuesen azotados. Después de haberlos azotado mucho, los pusieron en la cárcel encargando al carcelero que los guardase con seguridad, el cual habiendo recibido ese mandato, los puso en el calabozo de más adentro y les aseguró los pies en el cepo. Pero los ángeles de Dios los acompañaban dentro de las paredes de la prisión. Su encarcelamiento redundó para la gloria de Dios, y demostró que él estaba dirigiendo la obra y estaba con sus siervos escogidos; que las paredes de esa prisión podían ser sacudidas y las poderosas barras de hierro ser abiertas por él.

Pero hacia la medianoche, Pablo y Silas oraban y cantaban himnos a Dios, cuando de repente se produjo un terremoto que sacudió los fundamentos de la cárcel; y vi que al instante el ángel del Señor soltó las cadenas de todos los presos. El carcelero despertó y estaba atemorizado al ver que las puertas de la cárcel estaban abiertas. Pensó que los presos habían escapados y que sería castigado con la muerte. Cuando estaba por matarse, Pablo clamó en alta voz, diciendo: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí. El poder de Dios convenció al carcelero. Entonces pidió luz y precipitándose adentro, se postró ante Pablo y Silas y sacándolos, les dijo: Señores, ¿que debo hacer para ser salvo? Ellos contestaron: Cree en el Señor Jesu Cristo, y serás salvo, tú y toda tu casa. El carcelero reunió entonces a todos los de su casa, y Pablo les predicó acerca de Jesús. De esa manera, el corazón del carcelero fue unido al de esos hermanos, y lavó las heridas dejadas por los azotes; y él y toda su casa fueron bautizados esa noche. Llevándolos entonces a su casa, les sirvió comida y se regocijó, creyendo en Dios junto con todos los de su casa.

Las maravillosas nuevas de la manifestación del poder de Dios al abrir las puertas de la prisión fueron difundidas por doquier y asimismo la conversión y bautismo del carcelero y su familia. Los magistrados oyeron todo lo ocurrido y tuvieron miedo. Enviaron a decir al carcelero que soltara a Pablo y a Silas. Pero Pablo no quiso abandonar la cárcel en forma privada. Les dijo: Después de azotarnos públicamente sin que hubiera ninguna sentencia judicial, siendo ciudadanos romanos, nos pusieron en la cárcel, ¿y ahora quieren sacarnos a escondidas? De ninguna manera, sino que vengan ellos mismo a sacarnos. Pablo y Silas no deseaban que la manifestación del poder de Dios fuera ocultada. Los alguaciles dijeron esas palabras a los magistrados, los cuales se llenaron de temor al oír que eran ciudadanos romanos. Y viniendo, les rogaron, y sacándolos les pidieron que salieran de la ciudad.

Favor hacer referencia a: Hechos capítulo 14 & 16.

Capítulo 16

Pablo Visita Jerusalén

Poco tiempo después de la conversión de Pablo, él visitó Jerusalén, y predicó a Jesús y las maravillas de su gracia. Relató su conversión milagrosa, lo cual enfureció a los sacerdotes y a los dirigentes, y éstos trataron de tomar su vida. Pero a fin de que su vida pudiera ser salvada, Jesús se le apareció nuevamente en una visión mientras oraba, diciéndole: Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Pablo le rogó a Jesús fervientemente: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban. Pablo pensaba que los judíos en Jerusalén no podían resistir su testimonio; que considerarían que el gran cambio que se había obrado en él podía solamente haber sido logrado por el poder de Dios. Pero Jesús le dijo: Ve, porque yo te enviaré a los gentiles.

Durante su ausencia de Jerusalén, Pablo escribió muchas cartas a diferentes lugares, relatando su experiencia, y dando un poderoso testimonio. Pero algunos lucharon por destruir la influencia de esas cartas. Estaban obligados a admitir que éstas tenían peso y poder, pero declaraban que la presencia corporal de su autor era débil y que su manera de hablar era despreciable.

Vi que Pablo era un hombre de gran erudición y su sabiduría y sus modales encantaban a sus oyentes. Su conocimiento agradaba a los sabios, y muchos llegaron a creer en Jesús. Cuando ante reyes y numerosas asambleas él manifestaba tal elocuencia, vencía la oposición de todos los presentes. Eso enfurecía grandemente a los sacerdotes y a los ancianos. Pablo podía fácilmente entrar en profundo razonamiento, y elevándose, llevar a la gente consigo en los más exaltados hilos de pensamiento, presentando las profundas riquezas de la gracia de Dios, y describiendo ante ellos el asombroso amor de Cristo. Entonces, con sencillez, él descendía al nivel de la comprensión del pueblo común, y le relataba su experiencia de una manera poderosa, lo cual despertaba en ellos el ardiente deseo de ser discípulos de Cristo.

El Señor le reveló a Pablo que nuevamente debía ir a Jerusalén; que allí él sería apresado y que sufriría por su nombre. Y aunque estuvo prisionero un largo tiempo, sin embargo, el Señor llevó a cabo su obra especial a través suyo. Las cadenas de Pablo eran el medio de difundir el conocimiento de Cristo, y de esa manera, glorificar a Dios. A medida que era enviado de ciudad en ciudad para ser enjuiciado, el testimonio acerca de Jesús, y los interesantes incidentes de su conversión eran relatados ante reyes y gobernadores, para que no fuesen dejados sin un testimonio concerniente a Jesús. Miles de personas creyeron en él y se regocijaron en su nombre. Vi que el propósito especial de Dios se cumplió en el viaje de Pablo por mar, para que la tripulación del barco pudiera presenciar el poder de Dios a través suyo, y para que los paganos también pudieran oír el nombre de Jesús, y que muchos se convirtieran mediante sus enseñanzas al ver los milagros que él realizaba. Reyes y gobernadores se sintieron persuadidos por su razonamiento, y, cuando él predicaba a Jesús y relataba los interesantes eventos de su experiencia, la convicción se apoderaba de ellos de que Jesús era el Hijo De Dios; y mientras algunos se sentían llenos de asombro al escuchar a Pablo, uno clamó: Por poco me persuades a ser cristiano. Sin embargo, pensaron que en alguna ocasión futura considerarían lo que habían escuchado. Satanás tomó ventaja de la demora, y como descuidaron esa oportunidad cuando sus corazones habían sido suavizados, la perdieron para siempre. Sus corazones se endurecieron.

Se me mostró la obra de Satanás cuando encegució los ojos de los judíos para que no recibieran a Jesús como su Salvador, y luego al conducirlos mediante la envidia en contra de sus poderosas obras, a querer destruir su vida. Satanás entró en uno de los mismos discípulos de Jesús y lo llevó a traicionarlo en manos de los judíos, y ellos crucificaron al Señor de la vida, y de la gloria. Después de que Jesús resucitó

de los muertos, los judíos añadieron pecado a pecado mientras trataban de ocultar el hecho de la resurrección al contratar a la guardia romana por dinero para que atestiguara una mentira. Pero la resurrección de Jesús quedó doblemente asegurada por la resurrección de una multitud de testigos que se levantaron con él. Jesús apareció a sus discípulos, y a más de quinientas personas reunidas, mientras que aquellos que él había levantado con él, aparecieron a muchos declarando que Jesús había resucitado.

Satanás había hecho que los judíos se rebelaran en contra de Dios al negarse a recibir a su Hijo, y al manchar sus manos con la sangre más preciosa al crucificarlo. A pesar de la poderosa evidencia que había sido dada de que Jesús era el Hijo de Dios, el Redentor del mundo; ellos lo habían asesinado y no quisieron recibir ninguna evidencia en su favor. Su única esperanza y consuelo, como los de Satanás después de su caída, era tratar de prevalecer en contra del Hijo de Dios. Continuaron su rebelión persiguiendo a los discípulos de Cristo y dándoles muerte. Nada ofendía tanto sus oídos como el nombre de Jesús a quien habían crucificado, y estaban determinados a no escuchar ninguna evidencia en su favor. Como en el caso de Esteban, cuando el Espíritu Santo mostró a través de él la poderosa evidencia de que Jesús era el Hijo de Dios, se taparon los oídos no fuera que quedasen convencidos. Y mientras Esteban estaba envuelto en la gloria de Dios, lo apedrearon a muerte. Satanás tenía atrapados en sus garras a los asesinos de Jesús. Mediante obras impías, se habían entregado a él como sus súbditos voluntarios, y a través de ellos, él obraba para perturbar y molestar a los que creían en Cristo. Trabajó por medio de los judíos para incitar a los gentiles en contra del nombre de Jesús, en contra de los que lo seguían y creían en su nombre. Pero Dios envió a sus ángeles para fortalecer a los discípulos en su obra, a fin de que pudieran testificar acerca de las cosas que habían visto y oído, y para que al final, en su fidelidad, pudieran sellar su testimonio con su sangre.

Satanás se regocijó de que los judíos estuvieran bien sujetos en su trampa. Todavía continuaban sus inútiles ceremonias, sus sacrificios y ordenanzas. Cuando Jesús, colgando de la cruz exclamó: *Consumado es*, el velo del templo se rasgó en dos, de alto a abajo, para indicar que Dios ya no atendería a los sacerdotes en el templo, para aceptar sus sacrificios y ritos, y también para mostrar que la pared intermedia entre los judíos y gentiles había sido derribada. Jesús había hecho una ofrenda de sí mismo por ambos, y si habían de ser salvos, ambos debían creer en Jesús como la única ofrenda por el pecado, y aceptarlo como el Salvador del mundo.

Mientras Jesús colgaba de la cruz, cuando el soldado atravesó su costado con una lanza, brotó sangre y agua en dos raudales diferentes, uno de sangre, el otro de agua clara. La sangre era para lavar los pecados de aquellos que creerían en su nombre. El agua representaba esa agua viva que se obtiene de Jesús para darle vida al creyente.

Favor hacer referencia a: Mateo 27:51; Juan 19:34; Hechos capítulo 24 & 26.

Capítulo 17

La Gran Apostasía

Se me mostró el tiempo cuando los ídólatras paganos persiguieron cruelmente a los cristianos y los mataron. La sangre fluyó en torrentes. Los nobles, los sabios y el pueblo común fueron igualmente asesinados sin misericordia. Familias adineradas fueron reducidas a la pobreza porque no estaban dispuestas a renunciar a su religión. A pesar de la persecución y de los sufrimientos que esos cristianos soportaron, se negaron a rebajar sus normas. Mantuvieron pura la religión. Vi que Satanás se alegraba y triunfaba acerca de los sufrimientos del pueblo de Dios. Pero Dios miraba a sus fieles mártires con gran aprobación, y los cristianos que vivieron en ese terrible tiempo eran muy amados por él porque estaban

dispuestos a sufrir por su causa. Cada sufrimiento soportado por ellos aumentaba su recompensa en el cielo. Pero aunque Satanás se regocijaba porque los santos sufrían, aún no estaba satisfecho. Quería el control de la mente tanto como del cuerpo. Los sufrimientos que esos cristianos soportaban los acercaron al Señor, y los indujeron a amarse los unos a los otros, y a tener un mayor temor de ofenderlo. Satanás deseaba llevarlos a desagradar a Dios; entonces perderían su fortaleza, valor y firmeza. Aunque miles de ellos fueron muertos, otros se levantaban para llenar su lugar. Satanás vio que estaba perdiendo a sus súbditos, y a pesar de que sufrían persecución y muerte, quedaban asegurados para JesuCristo, para ser los súbditos de su reino, y él trazó planes para pelear de una manera más exitosa en contra del gobierno de Dios y para derribar a la iglesia. Condujo a los idólatras paganos a que aceptaran parte de la fe cristiana. Estos profesaron creer en la crucifixión y en la resurrección de Cristo, sin experimentar un cambio de corazón, y se determinaron a unirse a los seguidores de Jesús. ¡Oh! ¡Cuán terrible peligro para la iglesia! Fue un tiempo de agonía mental. Algunos pensaron que si rebajaban las normas y se unían a esos idólatras que habían aceptado una porción de la fe cristiana, ese sería un medio de lograr su conversión. Satanás estaba tratando de corromper las doctrinas de la Biblia. Finalmente, vi que se bajó el estandarte y que esos paganos se unían con los cristianos. Habían sido adoradores de ídolos, y aunque profesaban ser cristianos, trajeron consigo la idolatría. Cambiaron solamente los objetos de su adoración a imágenes de santos y aun la imagen de Cristo y de María, la madre de Jesús. Gradualmente, los cristianos se unieron a ellos, y la religión cristiana se corrompió, perdiendo la iglesia su pureza y su poder. Algunos se negaron a unirse con ellos y estos preservaron su pureza y adoraron solamente a Dios. No estaban dispuestos a inclinarse ante ninguna imagen de cosa alguna que estuviera en el cielo, o abajo en la tierra.

Satanás se regocijó por la caída de tantas personas, y luego incitó a la iglesia apóstata para que obligara a los que querían preservar la pureza de su religión, a que se sometieran a sus ceremonias y a la adoración de imágenes o de lo contrario recibiesen la muerte. Los fuegos de la persecución se encendieron nuevamente en contra de la verdadera iglesia de JesuCristo, y millones fueron muertos sin misericordia.

Eso me fue presentado de la siguiente manera: Una vasta compañía de idólatras paganos llevaba un estandarte negro sobre el cual habían figuras del sol, de la luna y de las estrellas. El grupo parecía muy feroz y airado. Entonces, se me mostró otra compañía llevando un estandarte puro y blanco, y sobre éste estaba escrito: Pureza y Santidad al Señor. En sus rostros se observaba una firmeza y una resignación celestial. Vi a los idólatras paganos acercarse a ellos, y se produjo una gran matanza. Los cristianos desaparecieron delante de ellos, y sin embargo, el grupo cristiano estrechó sus filas aún más, y sostuvo la bandera más firmemente. A medida que muchos caían, otros se reunían alrededor del estandarte y llenaban sus lugares.

Vi la compañía de los idólatras consultando el uno con el otro. Habían fracasado en hacer que los cristianos cedieran, y convinieron en seguir otro plan. Los vi bajar su bandera, acercarse a esa firme compañía cristiana, y hacerles proposiciones. Al principio, sus ofertas fueron rechazadas de plano. Entonces, vi al grupo cristiano consultando. Algunos dijeron que bajarían el estandarte, que aceptarían las proposiciones y salvarían sus vidas, y al final, cobrarían fuerzas para enarbolar su bandera en medio de esos idólatras paganos. Pero algunos no estaban dispuestos a acceder a ese plan, sino que escogieron firmemente morir sosteniendo su bandera, antes que arriarla. Entonces vi a muchos de entre esa compañía cristiana arriar el estandarte y unirse con los paganos; mientras que los que eran firmes y fieles la recogieron y volvieron a enarbolarla. Vi individuos abandonando constantemente la compañía de los que llevaban la bandera pura, y uniéndose con los idólatras, y éstos se juntaron bajo la bandera negra para perseguir a los que estaban llevando el estandarte blanco, y muchos fueron muertos; sin embargo, la bandera blanca fue mantenida en alto, y se levantaron individuos para reunirse en derredor de ella.

Los judíos, quienes fueron los primeros en despertar la ira de los paganos en contra de Jesús, no habrían de escapar. En la sala del tribunal, mientras Pilato vacilaba en condenar a Jesús, los enfurecidos judíos habían clamado: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos". La raza judía experimentó el cumplimiento de esa terrible maldición que ellos se atrajeron sobre sí mismos. Los paganos y aquellos que se llamaban cristianos eran igualmente sus enemigos. Los profesos cristianos, en su celo por la cruz de

Cristo, porque los judíos habían crucificado a Jesús, pensaron que mientras más sufrimiento pudieran ocasionarles, mucho más agradecerían a Dios; y muchos de esos judíos incrédulos fueron muertos, mientras que otros fueron empujados de lugar en lugar, y sufrieron casi toda clase de castigos.

La sangre de Cristo y de los discípulos, a quienes habían dado muerte, estaba sobre ellos, y fueron visitados con terribles juicios. La maldición de Dios los seguía, y eran un refrán y un objeto de oprobio entre los paganos y entre los cristianos. Eran evitados, despreciados y detestados, como si la marca de Caín estuviera sobre ellos. Sin embargo, vi que Dios preservó milagrosamente a esa raza, y los había dispersado por todo el mundo, para que fuesen considerados como un pueblo visitado de manera señalada por una maldición de Dios. Vi que Dios había abandonado a los judíos como nación; no obstante hay una porción de ellos que será capacitada para arrancar el velo de sus corazones. Todavía algunos verán que la profecía acerca de ellos se ha cumplido, y recibirán a Jesús como el Salvador del mundo, y se darán cuenta del gran pecado de su nación al rechazar a Jesús, y crucificarlo. Miembros individuales del pueblo judío se convertirán; pero, como nación, han sido abandonados por Dios para siempre. Miembros individuales del pueblo judío se convertirán; pero, como nación, han sido abandonados por Dios para siempre.

Favor hacer referencia a enciclopedia: "La Reforma" y "El Inquisición".

Capítulo 18

El Misterio de Iniquidad

Ha sido siempre el plan de Satanás desviar de Jesús las mentes de la gente y conducirlos hacia los hombres, destruyendo así el sentido de la responsabilidad individual. Satanás falló en su propósito cuando tentó al Hijo de Dios. Tuvo un mayor éxito cuando se acercó al hombre caído. La doctrina de la cristiandad fue corrompida. Papas y sacerdotes se arrogaron una posición exaltada, y enseñaron a la gente a recurrir a ellos para obtener el perdón de sus pecados, en vez de ir directamente a Cristo. Se les prohibió la lectura de la Biblia, de manera que permanecieran ocultas las verdades que los condenaban.

La gente fue completamente engañada. Se le enseñó que los papas y sacerdotes eran los representantes de Cristo, cuando en realidad eran los representantes de Satanás y cuando se postraban ante ellos estaban adorando a Satanás. La gente pedía la Biblia; pero los sacerdotes consideraron como algo peligroso que los fieles leyeran la Palabra de Dios por sí mismos por temor a que fuesen ilustrados, y los pecados de sus instructores fuesen expuestos. El pueblo fue enseñado a recibir las palabras de estos engañadores como si proviniesen de la boca de Dios. Ejercían sobre las mentes un poder que solamente Dios debería tener. Y si alguien se atrevía a seguir sus propias convicciones, el mismo odio que Satanás y los judíos habían manifestado hacia Jesús se encendía en contra de ellos, y los que tenían autoridad se mostraban sedientos de su sangre. Se me mostró un tiempo durante el cual Satanás triunfaba en forma especial. Multitudes de cristianos fueron muertos de una manera espantosa porque deseaban preservar la pureza de su religión.

La Biblia era odiada y se hicieron esfuerzos para hacer desaparecer de la tierra la preciosa palabra de Dios. Su lectura fue prohibida so pena de muerte, y todos los ejemplares del santo libro que se podían encontrar fueron quemados. Pero vi que Dios tuvo un cuidado especial por su palabra. Él la protegió. En diferentes períodos solamente quedaron muy pocas copias de la Biblia, sin embargo, Dios no permitió que se perdiese su palabra. Y en los últimos días los ejemplares de la Biblia serían multiplicados de tal manera que cada familia podría poseerla. Vi que cuando había solamente unas pocas ejemplares de la Biblia, los perseguidos seguidores de Jesús encontraban en ella precioso consuelo de valor inestimable. La leían secretamente y aquellos que disfrutaban de ese exaltado privilegio sentían que tenían una entrevista con

Dios, con su Hijo Jesús, y con sus discípulos. Pero este bendito privilegio costó la vida de muchos. Si eran descubiertos, se los privaba de la lectura de la sagrada Palabra y eran condenados al cadalso, a la estaca o al calabozo para morir allí de hambre.

Satanás no podía impedir el plan de salvación. Jesús fue crucificado, y resucitó al tercer día. Pero Satanás le dijo a sus ángeles que el obtendría ventajas de la crucifixión y de la resurrección. Estaba dispuesto a que los que profesaban fe en Jesús creyeran, que las leyes judías que regulaban los sacrificios y ofrendas cesaron a la muerte de Cristo, y si podía llevarlos más lejos, les haría creer que la ley de los diez mandamientos también había expirado con Cristo.

Vi que muchos cedieron fácilmente a este engaño de Satanás. Todo el cielo se indignó al ver que la santa ley de Dios era pisoteada. Jesús y toda la hueste angélica estaban familiarizados con la naturaleza de la ley de Dios; y sabían que era imposible alterarla o abrogarla. La condición desesperada del hombre después de la caída había causado la tristeza más profunda en el cielo, y movió a Jesús a ofrecerse para morir por los transgresores de la santa ley de Dios. Si su ley hubiese podido ser abolida el hombre podría haberse salvado sin necesidad de la muerte de Jesús. La muerte de Cristo no destruyó la ley de su Padre, sino que la magnificó, la honró, e impuso la obediencia a todos sus santos preceptos. Si la iglesia hubiese permanecido pura y firme Satanás no hubiese podido engañarla ni inducirla a pisotear la ley de Dios. En ese atrevido plan, Satanás ataca directamente el fundamento del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. A causa de su rebelión fue expulsado del cielo. Después que se rebeló, quiso salvarse pretendiendo que Dios cambiara su ley, pero Dios ante toda la hueste celestial le dijo a Satanás que su ley era inalterable. Satanás sabe que si puede inducir a otros a violar la ley de Dios puede ganarlos para su causa, porque todo transgresor de la ley debe morir.

Satanás decidió ir aún más lejos. Dijo a sus ángeles que algunos manifestarían tanto celo por la ley de Dios que no se dejarían prender en esta trampa, pues los diez mandamientos eran tan claros que muchos creerían que todavía estaban vigentes; por lo tanto, debía tratar de corromper el cuarto mandamiento, el cual revela al Dios viviente. Indujo a sus representantes a intentar cambiar el sábado, y alterar el único mandamiento de los diez que señala al verdadero Dios, el Hacedor de los cielos y de la tierra. Satanás presentó ante ellos la gloriosa resurrección de Jesús, y les dijo que por haber resucitado el primer día de la semana él cambió el descanso del séptimo al primer día de la semana. Así se valió Satanás de la resurrección para que sirviera su propósito. Él y sus ángeles se regocijaron de que los errores preparados por ellos fuesen aceptados tan favorablemente por quienes se consideraban los profesos amigos de Cristo. Lo que alguno pudiera considerar como un horror religioso, otro lo admitiría. Los diferentes errores serían recibidos y defendidos celosamente. La voluntad de Dios tan claramente revelada en su palabra fue cubierta con errores y tradiciones que eran enseñados como los mandamientos de Dios. Pero a pesar de que este atrevido engaño, en desafío al cielo, había de ser tolerado hasta la segunda aparición de Jesús, sin embargo, Dios no sería dejado sin testigos. Habían habido verdaderos y fieles testigos que habían guardado todos los mandamientos de Dios a través de las tinieblas y del tiempo de persecución de la iglesia.

Vi que los ángeles se llenaron de asombro al contemplar los sufrimientos y muerte del Rey de gloria. Pero también vi que a la hueste angélica no le sorprendió que el Señor de la vida y de la gloria, quien llenaba todo el cielo de gozo y esplendor, quebrantara los lazos de la muerte y saliera de la tumba como vencedor. Y si alguno de esos eventos hubiese de ser conmemorado por un día de descanso, habría de ser el de la crucifixión. Pero, vi que ninguno de esos acontecimientos estaba destinado a alterar o abolir la ley de Dios; sino que constituían la prueba más poderosa de su carácter inmutable.

Estos importantes eventos tienen su conmemoración. Al participar de la cena del Señor, al partir el pan y tomar del jugo de la vid anunciamos la muerte del Señor hasta que él venga. Al observar este mandamiento, las escenas de sus sufrimientos y muerte vienen frescas a nuestra memoria. La resurrección de Cristo es conmemorada cuando somos enterrados con Cristo mediante el bautismo, y levantados de la tumba líquida a la semejanza de su resurrección para vivir una vida nueva.

Se me mostró que la ley de Dios permanecería para siempre, y que existiría en la tierra nueva por

toda la eternidad. En la creación, cuando el fundamento de la tierra fue colocado, los hijos de Dios miraron con admiración la obra del Creador, y toda la hueste celestial se regocijó. Fue entonces cuando se estableció el fundamento del sábado. Al cierre de los seis días de creación, Dios descansó en el séptimo día de toda su obra que había hecho; y bendijo el día de reposo y lo santificó, porque en él había descansado de toda su obra. El sábado fue instituido en el Edén antes de la caída, fue observado por Adán y Eva, y por toda la hueste celestial. Dios descansó en el séptimo día, lo bendijo y lo santificó; y vi que el sábado nunca sería abolido, sino que los santos redimidos y toda la hueste angélica, lo observará en honor al gran Creador por toda la eternidad.

Favor hacer referencia a: Daniel capítulo 7; 2Tesalonicenses capítulo 2.

Capítulo 19

La Muerte No es un Tormento Eterno

Satanás comenzó su engaño en el Edén. Le dijo a Eva: No moriréis. Esa fue la primera lección de Satanás con respecto a la inmortalidad del alma; y él ha llevado a cabo ese engaño desde esa época hasta el presente, y continuará haciéndolo hasta que termine la cautividad de los hijos de Dios. Me fueron mostrados Adán y Eva en el Edén. Ambos comieron del árbol prohibido; una espada de fuego fue colocada alrededor del árbol de la vida, y ellos fueron arrojados del Edén para que no pudieran comer de éste y se convirtieran en pecadores inmortales. El árbol de la vida había de perpetuar la inmortalidad. Escuché a un ángel preguntar: ¿Quién de la familia de Adán ha pasado por donde está la espada de fuego y participado del árbol de la vida? Entonces escuché a otro ángel contestar: Ningún miembro de la familia de Adán ha pasado por la espada de fuego, y participado del árbol de la vida; por lo tanto, no hay ningún pecador que sea inmortal. El alma que pecare morirá de muerte eterna; una muerte que durará para siempre, donde no habrá ninguna esperanza de resurrección; entonces, la ira de Dios se apaciguará.

Me sentí sorprendida de que Satanás pudiera tener tanto éxito en hacer creer a los hombres que las palabras: El alma que pecare ésta morirá, significan que el alma que pecare no morirá, sino que vivirá en una miseria eterna. El ángel dijo: La vida es vida, ya sea que ésta transcurra en pena o en felicidad. En la muerte no hay pena, alegría u odio.

Satanás le dijo a sus ángeles que realizaran un esfuerzo especial para difundir el engaño y la mentira que le fue dicha a Eva por primera vez en el Edén: No moriréis. Y cuando este error fue recibido por la gente, y creyeron que el hombre era inmortal, Satanás los condujo aún más lejos haciéndoles creer que el pecador viviría en una miseria eterna. Entonces, el camino fue preparado para que Satanás obrara a través de sus representantes, y presentara a Dios como un tirano vengativo; que quienes no lo complacían, serían arrojados en un infierno, y allí sentirían por siempre su ira, mientras que él los contemplaría con satisfacción al verlos retorcerse, víctimas de horribles sufrimientos en medio de llamas eternas. Satanás sabía que si este error era recibido, Dios sería temido y odiado por una gran mayoría, en vez de ser amado y admirado; y que también, muchos serían llevados a creer que las amenazas contenidas en la palabra de Dios no serían cumplidas; porque sería contrario a su carácter benévolo y amoroso el arrojar a los seres que él había creado a los tormentos eternos. Satanás los había guiado hacia otro extremo, a ignorar completamente la justicia de Dios, las advertencias encerradas en su Palabra, y a presentarlo como un ser lleno de tanta misericordia, que no dejaría que nadie pereciera, sino que todos, santos y pecadores, serían finalmente salvos en su reino. A causa del error popular de la inmortalidad del alma, Satanás se aprovecha de otra clase de personas, y los conduce a considerar la Biblia como un libro que no es inspirado divinamente. Esta clase piensa que las Escrituras enseñan muchas cosas buenas, pero que ellos no pueden

confiar en ella ni amarla, porque han sido enseñados que ésta sostiene la doctrina de la ruina eterna.

Satanás aún toma ventaja de otra clase de personas y las lleva al punto en que niegan la existencia de Dios. No pueden ver que exista armonía alguna en el carácter del Dios de la Biblia, si él infligiera terribles tormentos a una parte de la familia humana por toda la eternidad; y ellos niegan la Biblia y a su Autor, y consideran que la muerte es un sueño eterno.

Satanás entonces induce a pecar a otra clase que es medrosa y tímida; y después que han pecado, les asegura que la paga del pecado es (no la muerte, sino) una vida eterna en horribles tormentos, que han de sufrirse por las edades sin fin de la eternidad. Satanás aprovecha la oportunidad, y magnifica ante sus débiles mentes los horrores de un infierno sin fin, toma control de sus mentes, y ellos pierden la razón. Entonces, Satanás y sus ángeles se alegran y el infiel y el ateo se unen para lanzar reproches sobre el cristianismo. Sostienen que esos males son el resultado de creer en la Biblia y en su Autor, cuando en realidad son la consecuencia de haber aceptado una herejía popular.

Vi que la hueste celestial estaba llena de indignación por esa audaz obra de Satanás. Pregunté por qué se permitía que todos esos engaños tuvieran efecto en las mentes de los hombres, cuando los ángeles de Dios eran tan poderosos, y si eran comisionados, fácilmente podían romper el poder del enemigo. Entonces, vi que Dios sabía que Satanás trataría de usar todas sus artes para destruir al hombre; por lo tanto, él había hecho que su Palabra fuese escrita, y que sus planes para el hombre fuesen presentados tan claramente que el más débil no necesitara errar. Después de darle su Palabra al hombre, la preservó cuidadosamente de modo que Satanás y sus ángeles, a través de cualquier agente o representante, no pudiera destruirla. Aunque otros libros podían ser destruidos, ese santo Libro había de ser inmortal. Y cerca del tiempo del fin, cuando los engaños de Satanás aumentarían, las copias de ese Libro se multiplicarían para que todos los que desearan tener una copia de la voluntad de Dios revelada al hombre pudiesen tenerla, y si querían, podrían armarse en contra de los engaños y los prodigios mentirosos de Satanás.

Vi que Dios había guardado la Biblia de manera especial, sin embargo los eruditos, cuando las copias eran pocas, habían cambiado las palabras en algunos casos, pensando que la estaban haciendo más clara, cuando sólo estaban confundiendo lo que era sencillo al hacer que su sentido se inclinara en apoyo de las opiniones que habían establecido, y que eran puntos de vista gobernados por la tradición. Pero vi que la Palabra de Dios, en conjunto, es una cadena perfecta de la cual, una porción explica la otra. Los verdaderos buscadores de la verdad no necesitan errar, porque no sólo es la Palabra de Dios sencilla y clara al mostrar el camino de la vida, sino que el Espíritu Santo es dado como guía para comprender el camino de la vida revelado en la Palabra.

Vi que los ángeles de Dios nunca habían de controlar la voluntad. Dios coloca delante del hombre la vida y la muerte. Éste puede escoger. Muchos desean la vida, pero continúan andando en el camino ancho, porque no han escogido la vida.

Vi la misericordia y la compasión de Dios al dar a su Hijo para que muriera por el hombre culpable. Aquellos que no escojan aceptar la salvación que ha sido comprada para ellos a un precio tan elevado, deben ser castigados. Seres que Dios creó han escogido rebelarse en contra de su gobierno, pero vi que Dios no los había aprisionado en el infierno para que sufran eternamente. Él no podría llevarlos al cielo, porque introducirlos en la compañía de los seres puros y santos los haría completamente miserables. Dios no los llevará al cielo ni tampoco hará que sufran eternamente. Los destruirá completamente para que sean como si nunca hubiesen existido, y entonces su justicia estará satisfecha. Formó al hombre del polvo de la tierra y el desobediente e impio será consumido por fuego, y volverá nuevamente al polvo. Vi que la benevolencia y la compasión de Dios en este asunto debería llevar a todos a admirar su carácter y a adorarlo; y después de que los malvados hayan sido destruidos de la tierra, toda la hueste angélica dirá: ¡Amén!

Satanás miraba con gran satisfacción a los que profesan tener el nombre de Cristo y se aferran a los engaños que él mismo originó. Su obra es la de crear nuevos engaños. Su poder aumenta, y se vuelve más astuto. Él guió a sus representantes, los papas y sacerdotes, a exaltarse a sí mismos, y a excitar a la gente a

perseguir severamente a aquellos que amaban a Dios, y no estaban dispuestos a ceder a sus engaños. Satanás incitó a sus agentes a destruir a los devotos seguidores de Cristo. ¡Oh, los sufrimientos y la agonía que hicieron sufrir a los preciosos hijos de Dios! Los ángeles han llevado un fiel registro de todo eso. Pero Satanás y sus malos ángeles se regocijaron, y él dijo a todos los ángeles que ministraban y fortalecían a esos santos sufrientes que los matarían, para que no quedara un verdadero cristiano sobre la tierra. Vi que la iglesia de Dios era pura entonces. No existía el peligro de que hombres de corazones corruptos entraran entonces en la iglesia de Dios, porque el verdadero cristiano que se atrevía a declarar su fe, estaba en peligro de sufrir el potro, la estaca y todas las torturas que Satanás y sus ángeles malos pudiesen inventar, y poner en la mente del hombre.

Favor hacer referencia a: Génesis capítulo 3; Eclesiastés 9:5; Lucas 21:33; Juan 3:16; 2Timoteo 3:16; Apocalipsis 20:14-15, 21:1, 22:12-19.

Capítulo 20

La Reforma

A pesar de toda la persecución y la condenación a muerte de los santos, se levantaban por doquiera testigos vivos de la verdad. Los ángeles de Dios estaban haciendo la obra que se les había confiado. Por los lugares más oscuros estaban buscando y seleccionando de entre las tinieblas a hombres honestos de corazón. Estaban sumidos en el error, pero Dios los había escogido como lo hizo con Saulo, para ser mensajeros que llevaran su verdad y alzaran sus voces en contra de los pecados de su profeso pueblo. Los ángeles de Dios movieron el corazón de Martín Lutero, Melancthon y de otros en diferentes lugares, para despertar en ellos la sed por el testimonio viviente de la Palabra de Dios. El enemigo había venido como un torrente, y el estandarte debía ser levantado contra él. Lutero fue escogido para enfrentar la tormenta, para estar en pie en contra de la ira de una iglesia caída, y a fin de fortalecer a los pocos que eran fieles a su santa creencia religiosa. Siempre sentía temor de ofender a Dios. Trató de obtener su favor a través de las obras; pero no se contentó hasta que un rayo de luz del cielo quitó la oscuridad de su mente, y lo guió a confiar, no en las obras, sino en los méritos de la sangre de Cristo, y a ir a Dios por sí mismo, no a través de los papas ni de los confesores sino por medio de JesuCristo solamente. ¡Oh, cuán precioso fue ese conocimiento para Lutero! Estimó esta nueva y preciosa luz que se había encendido en su oscuro entendimiento y había desvanecido su superstición, más que el mayor tesoro de la tierra. La Palabra de Dios era nueva. Todo estaba cambiado. El libro que había temido porque no podía ver belleza en él, era *vida* para él. Era su gozo, su consolación, su bendito maestro. Nada podía inducirlo a dejar su estudio. Había temido a la muerte; pero al leer la palabra de Dios, todos sus terrores desaparecieron y admiró el carácter de Dios, y lo amó. Escudriñó la Palabra de Dios por sí mismo. Se deleitó en los ricos tesoros contenidos en ella, y entonces la escudriñó para la iglesia. Estaba disgustado con los pecados de aquellos en quienes había confiado para obtener la salvación. Vio a muchos envueltos en la misma oscuridad que lo había ocultado a él. Ansiosamente buscó una oportunidad de mostrarles al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Alzó su voz en contra de los errores y pecados de la iglesia papal y ardientemente deseó romper la cadena de oscuridad que confinaba a miles y los hacía confiar en las obras para su salvación. Ansiaba poder ser capaz de abrir ante sus mentes las ricas verdades de la gracia de Dios y la excelencia de la salvación obtenida a través de JesuCristo. Alzó su voz celosamente, y en el poder del Espíritu Santo, clamó en contra de los pecados existentes en los líderes de la iglesia; y al enfrentar la tormenta de la oposición proveniente de los sacerdotes, su valor no flaqueó, porque firmemente contaba con el brazo poderoso de Dios, y confiadamente esperaba en él para lograr la victoria. A medida que él

proseguía la batalla, la ira de los sacerdotes se encendió en contra suya. No deseaban reformarse. Escogieron ser dejados en la comodidad, entregados al placer disoluto, y en la impiedad. Deseaban que la iglesia permaneciera en las tinieblas.

Vi que Lutero era ardiente y celoso, valiente y audaz al reprobar el pecado, y al defender la verdad. No temía a los demonios ni a los hombres impíos. Sabía que tenía Uno a su lado más poderoso que todos ellos. Lutero poseía fuego, celo, valor y osadía, y a veces se arriesgaba demasiado; pero Dios levantó a Melancthon cuyo carácter era completamente opuesto al de Lutero para que lo ayudara en la obra de la reforma. Melancthon era tímido, temeroso, prudente y poseía una gran paciencia. Dios le amaba grandemente. Tenía gran conocimiento de las Escrituras, y su discernimiento y sabiduría eran excelentes. Su amor por la causa de Dios era igual que el de Lutero. El Señor unió esos corazones; eran amigos que nunca se separarían. Lutero fue una gran ayuda para Melancthon cuando él estaba en peligro de ser temeroso y lento, y fue también una gran ayuda para Lutero a fin de impedirle que se moviera muy rápido. A menudo Melancthon con su prudencia previsor, evitaba problemas que hubiesen sobrevenido a la causa, si la obra hubiese sido dejada solamente a Lutero; y con frecuencia la obra no hubiese podido ser impulsada hacia adelante si se le hubiese dejado solamente a Melancthon. Se me mostró la sabiduría de Dios en escoger a esos dos hombres, de caracteres tan diferentes, para llevar adelante la obra de la Reforma.

Fui llevada entonces hacia los días de los apóstoles, y vi que Dios escogió como compañeros al ardiente y celoso Pedro y al manso, sumiso y paciente Juan. Algunas veces, Pedro era impetuoso. Y el discípulo amado a menudo detenía a Pedro, cuando su celo y ardor lo llevaban muy lejos, pero eso no lo reformaba. No obstante, después que Pedro hubo negado al Señor, y se hubo arrepentido, y convertido, todo lo que necesitaba era una suave advertencia de Juan para dominar su ardor y su celo. La causa de Cristo a menudo hubiera sufrido si se la hubiese confiado solamente a Juan. Se necesitaba el ardor de Pedro. Su audacia y energía a menudo los libraron de dificultades y silenciaron a sus enemigos. Juan era de un carácter agradable. Ganó a muchos para la causa de Cristo mediante su paciente benevolencia y profunda devoción.

Dios levantó hombres para que clamaran en contra de los pecados de la iglesia papal, y llevaran hacia adelante la Reforma. Satanás trató de destruir estos testigos vivientes; pero Dios puso un cerco alrededor de ellos. Se permitió que, para la gloria de su nombre, algunos sellaran con su sangre el testimonio que habían llevado; pero hubo otros hombres valerosos como Lutero y Melancthon, quienes glorificaron mejor a Dios viviendo, y clamando a voz en cuello en contra de los pecados de los papas, sacerdotes y reyes. Éstos temblaron ante la voz de Lutero. A través de esos hombres escogidos, rayos de luz comenzaron a disipar la oscuridad; y muchos recibieron la luz gozosamente y anduvieron en ella. Y cuando un testigo era muerto, dos o mas surgían para ocupar su lugar.

Pero Satanás no estaba satisfecho. Él sólo podía tener poder sobre el cuerpo. No podía hacer que los creyentes renunciaran a su fe y esperanza. Y aun en la muerte, triunfaban al sostener una brillante esperanza de inmortalidad a la resurrección de los justos. Tenían una energía que iba más allá de una fortaleza mortal. No se atrevían a dormir por un momento. Mantenían su armadura ceñida a su alrededor, preparados para el conflicto, no simplemente con enemigos espirituales sino con Satanás, en la forma de hombres, cuyo constante clamor era: Renuncien a su fe o mueran. Esos pocos cristianos hallaban su fortaleza en Dios, y eran más preciosos a su vista que la mitad del mundo que llevaba el nombre de Cristo, y no obstante eran cobardes en lo que concernía a su causa. Mientras la iglesia era perseguida, estaban unidos y se amaban unos a otros. Eran fuertes en Dios. No se permitía que los pecadores se unieran a ella; ni el engañador ni el engañado. Sólo aquellos que estaban dispuestos a renunciar a todo por Cristo podían ser sus discípulos. Amaban ser pobres, humildes y semejantes a Cristo.

Favor hacer referencia a: Lucas 22:61-62; Juan 18:10; Hechos capítulo 3-4.

Favor hacer referencia a enciclopedia: "La Reforma".

La Unión del Mundo y de la Iglesia

Entonces Satanás consultó con sus ángeles para considerar lo que habían ganado. Era cierto que habían logrado que algunas almas tímidas, por temor a la muerte, no abrazaran la verdad, pero muchos, aun de los más tímidos, recibieron la verdad e inmediatamente sus temores y timidez se desvanecieron. Al presenciar la muerte de sus hermanos y ver su firmeza y paciencia, comprendieron que Dios y los ángeles les ayudarían a soportar tantos sufrimientos; perdieron el temor y se volvieron valerosos y resueltos. Y cuando se les llamó a dar sus propias vidas mantuvieron su fe con tal paciencia y firmeza que hicieron temblar a sus homicidas. Satanás y sus ángeles vieron que había una manera más exitosa de destruir almas y que al final daría resultados más seguros. Vieron que a pesar de que habían ocasionado sufrimientos a los cristianos, su firmeza y la brillante esperanza que los animaba fortalecían al más débil y los habilitaban para sufrir la tortura y las llamas sin acobardarse. Imitaban el noble proceder de Cristo ante sus verdugos, y muchos fueron convencidos de la verdad por el testimonio de su constancia y de la gloria de Dios que los rodeaba. Satanás decidió que debía acercarse en una forma más suave. Había corrompido las doctrinas de la Biblia; y las tradiciones que arruinarían a millones estaban arraigándose profundamente. Refrenando su odio decidió no urgir a sus vasallos a una persecución tan amarga, sino que dirigieran a la iglesia a contender sobre varias tradiciones y no por la fe que una vez fue dada a los santos. Al inducir a la iglesia a recibir favores y honores del mundo bajo la falsa pretensión de que serían beneficiados, ésta comenzó a perder el favor de Dios. Gradualmente perdió su poder, al rehuir declarar las auténticas verdades que eliminaban a los amadores del placer y a los amigos del mundo.

La iglesia ya no es el pueblo separado y peculiar que era cuando los fuegos de la persecución estaban encendidos en contra de ella. ¿Cómo se opaca el oro? ¿Cómo se transforma el oro más fino? Vi que si la iglesia siempre hubiera retenido su carácter santo y peculiar, el poder del Espíritu Santo, que fue impartido a los discípulos estaría con ella. Los enfermos serían sanados, los demonios serían reprendidos y sacados, y sería poderosa y un terror para sus enemigos.

Vi que una compañía muy numerosa profesaba el nombre de Cristo pero que Dios no los reconocía como suyos. Él no se complacía en ellos. Satanás parecía asumir un carácter religioso, y estaba muy deseoso de que el pueblo pensara que eran cristianos. Estaba muy dispuesto a que creyeran en Jesús, en su crucifixión, y en su resurrección. Satanás y sus ángeles plenamente creen todo eso ellos mismos, y tiemblan. Pero si esa fe no produce buenas obras y conduce a los que la profesan a imitar la vida abnegada de Cristo, no se siente perturbado; porque ellos solamente asumen el nombre de cristianos, mientras que sus corazones son todavía carnales; él los puede usar en su servicio mucho mejor que si no hubieran hecho ninguna profesión de fe. Bajo el nombre de cristianos ocultan su deformidad. Pasan por la vida con su naturaleza no santificada y sus malas pasiones no refrenadas. Esto da ocasión a que el incrédulo le eche en cara a Jesu Cristo las imperfecciones de ellos, trayendo oprobio, y haciendo que los que poseen una religión pura y sin mancha sean desacreditados.

Los ministros predicán cosas halagüeñas que satisfacen a los profesos cristianos carnales. Esto es justamente lo que Satanás quiere. No se atreven a predicar a Jesús y las verdades penetrantes de la Biblia, porque si lo hicieran esos profesos cristianos carnales no las escucharían. Muchos son ricos, y deben ser retenidos en la iglesia, a pesar de que no están más capacitados para estar ahí que Satanás y sus ángeles. Se hace aparecer la religión de Jesús como popular y honorable a los ojos del mundo. Se dice a la gente que los que profesan una religión serán más honrados por el mundo. Esas enseñanzas difieren grandemente de las de Cristo. Su doctrina y el mundo no podían convivir en paz. Aquellos que lo seguían tenían que renunciar al mundo. Esas cosas halagüeñas se originaron con Satanás y sus ángeles. Ellos idearon el plan, y los cristianos nominales lo han ejecutado. Hipócritas y pecadores se unen a la iglesia. Se

enseñan fábulas halagüeñas y éstas son recibidas fácilmente. Pero si la verdad fuera predicada en su pureza, pronto los hipócritas y pecadores serían eliminados. Pero no hay diferencia entre los profesos seguidores de Cristo y el mundo. Vi que si la falsa cubierta fuese arrancada de los miembros de las iglesias, se revelaría una iniquidad, una vileza y una corrupción tales, que el más tibio hijo de Dios no vacilaría en llamarlos por su verdadero nombre: 'hijos de su Padre, el diablo'; porque realizan sus obras. Jesús y toda la hueste angélica miraban la escena con disgusto; sin embargo, Dios tenía un mensaje para la iglesia que era sagrado e importante. Si éste era recibido, habría una completa reforma en ella, reviviría el testimonio viviente que expulsaría a los hipócritas y pecadores, y restauraría a la iglesia nuevamente al favor de Dios.

Favor hacer referencia a: Isaías 30:8-21; Santiago 2:19; Apocalipsis capítulo 3.

Capítulo 22

Guillermo Miller

Vi que Dios envió su ángel para que moviera el corazón de un granjero que no creía en la Biblia, y lo guiara a escudriñar las profecías. Los ángeles de Dios visitaron repetidamente a ese varón escogido, guiaron su mente para que su entendimiento fuera abierto a la comprensión de profecías que siempre habían estado veladas al pueblo de Dios. Se le dio el comienzo del primer eslabón de la cadena de verdades y fue guiado a buscar un eslabón tras otro, hasta que contempló la sagrada palabra de Dios con admiración y asombro. Allí vio una perfecta cadena de verdades. Esa Palabra que él había considerado sin inspiración, fue abierta entonces a su visión en toda su belleza y gloria. Se dio cuenta de que una porción de la Escritura explicaba otra, y cuando una porción estaba cerrada a su comprensión, encontraba en otra parte de la Palabra la explicación a ésta. Consideró la sagrada palabra de Dios con gozo, y con el más profundo respeto y admiración.

A medida que continuó siguiendo el curso de las profecías, se dio cuenta de que los habitantes de la tierra estaban viviendo durante las escenas finales de la historia de este mundo y no lo sabían. Contempló la corrupción de las iglesias y vio que su amor se había apartado de Jesús para ser puesto en el mundo, y estaban procurando obtener honor mundanal en vez de aquel honor que proviene de lo alto; codiciosos de riquezas mundanas, en lugar de acumular su tesoro en el cielo. La hipocresía, las tinieblas y la muerte podían ser vistas por doquiera. Su espíritu se conmovió dentro de sí mismo. Dios lo llamó para que abandonara su granja, al igual que Eliseo fue llamado a dejar sus bueyes y el campo de labranza y siguiera a Elías. Tembloroso, Guillermo Miller comenzó a declarar ante la gente los misterios del reino de Dios. Con cada esfuerzo que hacía iba fortaleciéndose. Mediante la explicación de las profecías llevó a la gente hasta el segundo advenimiento de Cristo. Así como Juan el Bautista anunció el primer advenimiento de Jesús, y preparó el camino para su venida, de igual manera Guillermo Miller y los que se le habían unido, proclamaron el segundo advenimiento del Hijo de Dios.

Fui transportada a los días de los discípulos y se me mostró al amado Juan a quien Dios había confiado una obra especial. Satanás estaba determinado a impedir esta obra e indujo a sus siervos a que destruyeran a Juan. Pero Dios envió su ángel quien lo libró en forma maravillosa. Todos los que fueron testigos del gran poder de Dios manifestado en la liberación de Juan, quedaron atónitos, y muchos quedaron convencidos de que Dios estaba con él, y que era verdadero el testimonio que daba con respecto a Jesús. Los que procuraban matarle se sintieron amedrentados de atentar nuevamente contra su vida, y le fue permitido continuar sufriendo por Jesús. Fue acusado falsamente por sus enemigos, y poco tiempo después fue desterrado a una isla solitaria, adonde el Señor envió su ángel para que le revelara las cosas

que iban a tener lugar sobre la tierra, y la condición de la iglesia hasta el fin; su apostasía, y la posición que habría ocupado si hubiera obedecido a Dios y finalmente hubiera vencido. El ángel que vino desde el cielo se acercó a Juan revestido de majestad. Su rostro relucía con la gloria excelsa del cielo. Reveló a Juan escenas de profundo y emocionante interés con respecto a la iglesia de Dios, y trajo ante él los peligrosos conflictos que habían de enfrentar. Juan los vio pasar por terribles pruebas, y ser emblanquecidos y examinados, finalmente, los vio como victoriosos vencedores, salvados gloriosamente en el reino de Dios. El rostro del ángel se volvió radiante de gozo, y lucía extraordinariamente glorioso mientras le mostraba a Juan el triunfo final de la iglesia de Dios. Juan estaba arrobado al contemplar la última liberación de la iglesia, mientras se llenaba de emoción con la gloria de la escena, con profunda reverencia y admiración se postró a los pies del ángel para adorarlo. Inmediatamente, el ángel lo levantó, y lo reprendió tiernamente, diciendo: "Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." Entonces, el ángel le mostró a Juan la ciudad celestial con todo su esplendor y refulgente gloria. Juan estaba arrobado y sobrecogido con la gloria de la ciudad. No recordó la previa recriminación del ángel sino que se postró nuevamente para adorar ante los pies del ángel quien le dio otra vez una tierna reconvencción: "Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios."

Los predicadores y el pueblo han considerado misterioso al libro de Apocalipsis, y de menor importancia que otras porciones de las Sagradas Escrituras. Pero vi que ese libro es ciertamente una revelación dada para el beneficio especial de aquellos que habían de vivir en los últimos días, para guiarlos a discernir su verdadera posición y su deber. Dios dirigió la mente de Guillermo Miller hacia las profecías, y le dio gran luz sobre el libro de Apocalipsis.

Si las visiones de Daniel hubiesen sido comprendidas, la gente habría entendido mejor las visiones de Juan. Pero a su debido tiempo, Dios obró sobre su siervo escogido, quien abrió las profecías con claridad y con el poder del Espíritu Santo, y mostró la armonía entre las visiones de Daniel y de Juan, así como con otras porciones de la Biblia, e inculcó en los corazones de la gente las sagradas y temibles advertencias de la Palabra para que se prepararan para la venida del Hijo del hombre. Una convicción profunda y solemne se apoderó de la mente de los que lo escucharon, y los ministros, el pueblo, los pecadores y los incrédulos, se volvieron hacia el Señor, buscando una preparación para estar en pie en el juicio.

Ángeles de Dios acompañaron a Guillermo Miller en su misión. Él era firme e intrépido. Audazmente proclamaba el mensaje que se le había confiado. Un mundo sumido en la impiedad, y una iglesia fría y mundana eran suficientes para llamar a la acción todas sus energías y para conducirlo a soportar voluntariamente toda clase de penurias, privaciones y sufrimientos. Aunque sufriendo oposición de parte de los profesos cristianos y del mundo, y atacado por Satanás y por sus ángeles, él no cesó de predicar el Evangelio eterno a multitudes doquiera se lo invitaba, y de pregonar el clamor: "Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado."

Favor hacer referencia a: 1Reyes 19:16-21; Daniel capítulo 7-12; Apocalipsis capítulo 1, 14:7, 19:8-10, 22:6-10.

Capítulo 23

El Mensaje del Primer Ángel

Vi que Dios se encontraba en la proclamación del tiempo en el 1843. Era su propósito despertar a la gente, y llevarla a un punto crucial donde habrían de decidir. Algunos ministros se convencieron y

sintieron la convicción de la exactitud de las posturas tomadas acerca de los períodos proféticos y abandonaron su orgullo, sus salarios, y sus iglesias para ir de lugar en lugar a proclamar el mensaje. Pero como el mensaje proveniente del cielo pudo encontrar lugar solamente en los corazones de unos pocos de los profesos ministros de Cristo, la obra fue colocada sobre muchos que no eran predicadores. Algunos abandonaron sus campos para proclamar el mensaje, mientras que otros fueron llamados a dejar sus tiendas y su mercancía. Y aun algunos hombres profesionales fueron compelidos a abandonar sus profesiones y a envolverse en la obra impopular de dar el mensaje del primer ángel. Hubo ministros que desechando sus opiniones y sentimientos sectarios, se unieron para proclamar la venida de Jesús. La gente fue movida doquiera el mensaje la alcanzaba. Los pecadores se arrepentían, lloraban y oraban suplicando perdón, y aquellos cuyas vidas habían estado marcadas por la deshonestidad, estaban ansiosos por hacer restitución.

Los padres sentían la más profunda solicitud por sus hijos. Los que recibían el mensaje, laboraban con sus amigos y parientes no convertidos, teniendo sus almas cargadas con el peso del solemne mensaje, los amonestaban y exhortaban a que se prepararan para la venida del Hijo del hombre. Hubo casos de personas muy endurecidas que no querían ceder ante el peso de tanta evidencia impartida por advertencias tan sinceras. Esa obra purificadora del alma condujo a separar los afectos de las cosas mundanas, y fue dirigida hacia una consagración que nunca se había experimentado. Millares fueron guiados a aceptar la verdad predicada por Guillermo Miller, y siervos de Dios fueron levantados en el espíritu y poder de Elías para proclamar el mensaje. Los que predicaban ese solemne mensaje, como Juan, el precursor de Jesús, se sintieron compelidos a colocar la segur a la raíz del árbol, y a exhortar a los hombres a que diesen frutos dignos de arrepentimiento. Su testimonio propendía a despertar y a afectar poderosamente a las iglesias, y a manifestar su verdadero carácter. Y a medida que elevaban la solemne amonestación de que huyeran de la ira venidera, muchos que estaban unidos a las iglesias, aceptaron el mensaje sanador; vieron sus apostasías, y, con amargas lágrimas de arrepentimiento, y profunda agonía de alma, se humillaron ante Dios. Y cuando el Espíritu de Dios reposó sobre ellos, ayudaron a difundir el clamor: "Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado".

La predicación de una fecha definida provocó una gran oposición de parte de todas las clases, desde el ministro en el púlpito, hasta el pecador más empedernido y audaz. Se oyó decir tanto al ministro hipócrita como al atrevido burlador: El día y la hora nadie sabe. Ninguno de ellos deseaba ser corregido o enseñado en cuanto al uso del texto, por quienes señalaban el año en el cual creían que los períodos proféticos terminaban y llamaban la atención a las señales que indicaban que la venida de Cristo estaba cerca, a las puertas. Muchos pastores del rebaño que profesaban amar a Jesús, dijeron que no se oponían a la predicación de la venida de Cristo; sino a que se fijara una fecha para esa venida. Pero el omnisciente ojo de Dios leía sus corazones. No deseaban que Jesús estuviera cerca. Sabían que sus vidas profanas no soportarían la prueba; porque no andaban por la humilde senda que Jesús había trazado. Esos falsos pastores se interpusieron en el camino de la obra de Dios. La verdad, predicada con su poder convincente despertó a la gente y al igual que el carcelero, comenzó a preguntar: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Pero esos pastores se interpusieron entre la verdad y el pueblo predicando cosas halagüeñas, para apartarlos de la verdad. Se unieron con Satanás y sus ángeles, y clamaron: Paz, paz, cuando no había paz. Vi que ángeles de Dios habían registrado todo, y que las vestiduras de esos pastores faltos de consagración estaban cubiertas con la sangre de las almas. Los que amaban su comodidad y se sentían contentos lejos de Dios, no quisieron ser despertados de su seguridad carnal.

Muchos ministros no quisieron aceptar este mensaje salvador, y estorbaron a quienes lo hubieran recibido. La sangre de las almas está sobre ellos. Los predicadores y la gente se unieron en oposición a este mensaje del cielo. Persiguieron a Guillermo Miller y a los que estaban unidos a él en la obra. Hicieron circular calumnias para perjudicar su influencia y en diferentes ocasiones, después de declarar Miller el consejo de Dios, y aplicar verdades profundas al corazón de sus oyentes, se encendió una violenta cólera en contra de él y al salir del lugar de las reuniones algunos le acechaban para quitarle la vida. Pero ángeles de Dios fueron enviados para preservar su vida, y lo alejaron de la enfurecida turba. Su obra aún no había terminado.

Los más devotos recibían gozosamente el mensaje. Sabían que éste procedía de Dios y que había sido dado en el tiempo oportuno. Ángeles observaban con el más profundo interés el resultado del mensaje celestial, y cuando las iglesias se apartaban de él y lo rechazaban, ellos con tristeza consultaban con Jesús. Él apartaba su rostro de las iglesias, y ordenaba a sus ángeles que velasen fielmente sobre las preciosas almas que no habían rechazado el testimonio, porque otra luz estaba aún por brillar.

Vi que si los profesos cristianos hubiesen amado la aparición de su Salvador, si sus afectos hubiesen sido colocados en él, si hubieran sentido que no había en la tierra nadie que pudiera compararse con él, habrían recibido con gozo el primer indicio de su venida. Pero el desagrado que manifestaron al escuchar acerca de la venida del Señor, era una prueba concluyente de que no lo amaban. Satanás y sus ángeles triunfaron y echaron en cara a Cristo y a sus santos ángeles que su profeso pueblo tenía tan poco amor por Jesús, que no deseaban su segundo advenimiento.

Vi al pueblo de Dios, en gozosa expectativa, esperando a su Señor. Pero Dios se propuso probarlos. Su mano cubrió el error cometido en el cómputo de los períodos proféticos. Aquellos que estaban esperando a su Señor no advirtieron su equivocación, y los hombres más sabios que se oponían a la fecha, también fallaron en ver el error. Dios se propuso que su pueblo sufriera un desengaño. El tiempo transcurrió y quienes habían esperado con gozosa expectación a su Salvador se sintieron tristes y descorazonados, mientras que aquellos que no amaban la aparición de Jesús, sino que habían aceptado el mensaje por miedo, se alegraron de que él no hubiera venido cuando se lo esperaba. Su profesión de fe no había afectado sus corazones ni purificado sus vidas. El paso del tiempo había sido bien calculado para revelar los sentimientos de los tales. Esos fueron los primeros en ridiculizar a los tristes y descorazonados fieles, quienes amaban realmente la aparición de su Salvador. Vi la sabiduría de Dios al probar a su pueblo, colocándolos en una situación donde se vería quiénes se retirarían y volverían atrás en la hora de prueba.

Jesús y toda la huesta angélica observaban con simpatía y amor a quienes en dulce expectación anhelaban ver al que amaban. Ángeles estaban rodeándolos en la hora de su prueba. Aquellos que habían rechazado el mensaje celestial fueron dejados en tinieblas, y la ira de Dios se encendió contra ellos porque no recibieron la luz que les había sido enviada desde el cielo. Pero los desalentados fieles, que no podían comprender por qué su Señor no había venido, no fueron dejados en tinieblas. Nuevamente fueron guiados hacia la Biblia para escudriñar los períodos proféticos. La mano del Señor se retiró de las cifras y pudieron comprender su error. Vieron que los períodos proféticos alcanzaban hasta el 1844, y que la misma evidencia que habían presentado para demostrar que los períodos proféticos se cerraban en 1843, probaba que éstos terminaban en 1844. Luz de la Palabra de Dios iluminó su situación, y descubrieron que había un tiempo de tardanza. Aunque "la visión" tardare, espérala. En su amor por la inmediata venida de Jesús, habían pasado por alto la demora de la visión, la cual estaba calculada para que fueran descubiertos los que verdaderamente esperaban al Señor. Nuevamente señalaron un tiempo. Sin embargo, vi que muchos de ellos no podían sobreponerse a su gran desaliento, para llegar a ese grado de celo y energía que había caracterizado su fe en el 1843.

Satanás y sus ángeles triunfaron sobre ellos, y los que no quisieron recibir el mensaje se congratularon de haber tenido el buen juicio y la sabiduría de no ceder, a lo que llamaron un engaño. No se dieron cuenta de que estaban rechazando el consejo de Dios contra sí mismos, y que estaban trabajando en unión con Satanás y sus ángeles para causar perplejidad al pueblo de Dios, que estaba viviendo el mensaje de origen celestial.

Los creyentes en este mensaje fueron oprimidos por las iglesias. Por algún tiempo, el miedo impidió que algunos que no creían en el mensaje, actuaran de acuerdo a los sentimientos de su corazón, pero al transcurrir el tiempo revelaron sus verdaderos sentimientos. Deseaban silenciar el testimonio que los creyentes se veían impulsados a dar, de que los períodos proféticos se extendían hasta 1844. Con perfecta claridad los creyentes explicaron su error, y expusieron las razones por las cuales esperaban a su Señor en 1844. Los oponentes no pudieron presentar ningún argumento en contra de las poderosas razones expuestas. Sin embargo, la ira de las iglesias se encendió en contra de ellos. Estaban determinados a no prestar atención a ninguna evidencia y a no permitir que el testimonio fuera escuchado

en ninguna de sus congregaciones. Quienes no se atrevieron a privar a otros de la luz que Dios les había dado, fueron expulsados de las iglesias; pero Jesús estaba con ellos, y se regocijaban a la luz de su faz. Estaban preparados para recibir el mensaje del segundo ángel.

Favor hacer referencia a: Daniel 8:14; Habacuc 2:1-4; Malaquías capítulo 3-4; Mateo 24:36; Apocalipsis 14:6-7.

Capítulo 24

El Mensaje del Segundo Ángel

Las iglesias no recibieron la luz del mensaje del primer ángel, y al rechazar la luz enviada desde el cielo, perdieron el favor de Dios. Confiaron en su propia fortaleza, y al oponerse al primer mensaje se colocaron en una situación donde no pudieron ver la luz del mensaje del segundo ángel. Pero los elegidos de Dios, quienes estaban oprimidos, respondieron al mensaje de: Ha caído Babilonia y abandonaron las iglesias caídas.

Cerca del cierre del mensaje del segundo ángel, me fue mostrada una potente luz que venía del cielo y que resplandecía sobre el pueblo de Dios. Los rayos de esta luz parecían tan brillantes como el sol. Y oí las voces de ángeles exclamando: ¡He aquí que viene el Esposo, salid a recibirle!

El clamor de media noche fue dado para impartir poder al mensaje del segundo ángel. Desde el cielo fueron enviados ángeles para despertar a los desanimados santos, y prepararlos para la gran obra que estaba ante ellos. Los hombres más talentosos no fueron los primeros en recibir el mensaje. Ángeles fueron enviados a los humildes y devotos a fin de constreñirlos a exclamar: He aquí el Esposo viene, salid a recibirle. Aquellos a quienes se les confió el mensaje se apresuraron, y llenos del poder del Espíritu Santo salieron a proclamarlo y a despertar a sus desanimados hermanos. Este clamor no estaba fundado en la sabiduría y la sapiencia de los hombres, sino en el poder de Dios; y los santos que escucharon el mensaje no pudieron resistirlo. Los primeros en recibir este mensaje fueron los más espirituales, y los que habían dirigido la obra al principio fueron los últimos en recibirlo y en ayudar a que resonara con mayor potencia el clamor: ¡Aquí viene el Esposo, salid a recibirle!

En todas partes del país, fue proyectada luz sobre el mensaje del segundo ángel y el clamor impresionó a miles de personas. Fue difundido de ciudad en ciudad, y de villa en villa, hasta que el pueblo de Dios, que estaba a la espera, fue completamente despertado. Muchos no permitieron que este mensaje penetrara en las iglesias, y una gran compañía que tenía el viviente testimonio abandonó las iglesias caídas. Una obra poderosa fue realizada por el clamor de media noche. El mensaje escudriñaba los corazones e impulsó a los creyentes a buscar por sí mismos una experiencia viviente. Se dieron cuenta de que no podían apoyarse unos en otros.

Los santos esperaban ansiosamente la venida de su Señor con ayunos, vigias y períodos constantes de oración. Aun algunos pecadores esperaban la hora con terror, mientras que la gran mayoría parecía manifestar un espíritu satánico en contra de ese mensaje. Se mofaban y escarnecían, y en todas partes repetían: ¡Del día y la hora nadie sabe! Ángeles malignos se regocijaban a su alrededor, impulsándolos a endurecer sus corazones y a rechazar todo rayo de luz que viniera del cielo, para asegurarlos en la red de Satanás. Muchos que profesaban estar esperando la venida del Señor no tenían ninguna participación en el mensaje. Al haber sido testigos de la gloria de Dios, de la humildad y la profunda devoción de los que esperaban y el peso abrumador de la evidencia, se sintieron movidos a declarar que aceptaban la verdad, pero no estaban convertidos. No estaban listos. Los santos sentían por doquiera un espíritu de solemne y ferviente oración. Una santa solemnidad descansaba sobre ellos. Ángeles llenos del más profundo interés vigilaban el resultado del mensaje, y elevaban a quienes lo recibían, apartándolos de las cosas terrenales

para que pudieran abastecerse ampliamente de la fuente de salvación. Dios aceptaba entonces a su pueblo. Jesús los contemplaba complacido, pues su imagen se reflejaba en ellos. Habían hecho un sacrificio completo, una entera consagración y esperaban ser cambiados al estado inmortal. Pero un nuevo y triste desengaño les aguardaba. Pasó el tiempo durante el cual esperaban la liberación. Todavía estaban en la tierra, y nunca les habían parecido más visibles los efectos de la maldición. Habían puesto sus afectos en el cielo y con una dulce anticipación habían saboreado la inmortal liberación, pero sus esperanzas no se realizaron.

El temor que muchos habían experimentado no se desvaneció de inmediato. No se atrevieron a proclamar su triunfo sobre los que habían sido chasqueados. Pero como la ira de Dios no se manifestó en forma visible sobre ellos, se recobraron del temor que habían sentido y comenzaron de nuevo con sus mofas y burlas. El pueblo de Dios fue probado nuevamente. El mundo se burlaba de ellos y los cubría de vituperios. Y aquellos que habían creído sin ninguna duda que Jesús vendría entonces a resucitar a los muertos, a transformar a los santos vivientes, a tomar el reino y a poseerlo para siempre, se sintieron como los discípulos ante el sepulcro de Cristo: Se han llevado a mi Señor, y no se dónde le han puesto.

Favor hacer referencia a: Mateo 24:36, 25:6; Juan 20:13; Apocalipsis 14:8.

Capítulo 25

El Movimiento Adventista Ilustrado

Vi un número de compañías que parecían estar atadas por lazos. Muchos en estas compañías estaban en oscuridad total. Sus ojos fueron dirigidos hacia abajo a la tierra, y no parecía haber ninguna conexión entre ellos y Jesús. Si individuos esparcidos a las distintas compañías cuyos rostros parecían estar encendidos, y cuyos ojos estaban alzados hacia el cielo. Rayos de luz de Jesús, como rayos del sol, les fueron impartidos. Un ángel me pidió que mirase cuidadosamente, y vi a un ángel vigilando a cada uno de los que tenían un rayo de luz, mientras que ángeles malignos rodeaban a los que estaban en las tinieblas. Oí la voz de un ángel clamar, Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio es venida.

Sobre estas compañías se veía una luz gloriosa para iluminar a todos los que la recibían. Algunos de los que estaban en tinieblas recibieron la luz y se regocijaron, mientras que otros resistieron la luz del cielo y dijeron que era un engaño para descarriarlos. La luz pasó y los dejó en tinieblas. Los que habían recibido la luz de Jesús atesoraron jubilosos el aumento de luz preciosa que les fue derramado. Sus rostros se iluminaron y resplandecieron con gozo santo, mientras que su mirada se dirigió hacia arriba fijándose en Jesús con intenso interés y se oyeron sus voces en armonía con la voz del ángel: Temed a Dios y dadle honra, porque la hora de su juicio a llegado. A medida que elevaron ese clamor, vi a aquellos que estaban en tinieblas empujándolos de lado con el hombro. Entonces, muchos de los que atesoraban la sagrada luz, rompieron los lazos que los ataban, y se colocaron aparte de esos grupos. Y a medida que muchos rompían las ligaduras que los ataban, hombres que pertenecían a esas diferentes compañías, las cuales eran reverenciadas por ellos, recorrieron esos grupos, y con miradas airadas y gestos amenazantes, ataron las cuerdas que se estaban debilitando, y decían constantemente: Dios está con nosotros; estamos en la luz. Tenemos la verdad. Pregunté quiénes eran esos hombres. Se me dijo que eran ministros y dirigentes quienes habían rechazado la luz y no estaban dispuestos a que otros la recibieran. Vi a aquellos que atesoraban la luz mirando con interés y con un deseo ferviente hacia arriba, esperando que Jesús viniera y los llevara con él. Pronto una nube pasó sobre los que se regocijaban en la luz, y sus rostros se veían entristecidos. Pregunté la causa de esa nube. Se me mostró que ésta era su chasco. El tiempo cuando esperaban a su Salvador había pasado, y Jesús no había venido. El desánimo se apoderó de ellos, y

aquellos hombres que había notado anteriormente, los ministros y hombres importantes, se alegraron. Los que habían rechazado la luz triunfaron grandemente, mientras que Satanás y sus malos ángeles también se regocijaron a su alrededor.

Entonces escuché la voz de otro ángel diciendo: ¡Caída es, caída es Babilonia! Una luz brilló sobre los desanimados y con un gran anhelo por su venida fijaron nuevamente sus ojos en Jesús. Entonces vi un número de ángeles hablando con el segundo ángel que había clamado Caída es, caída es Babilonia, y esos ángeles elevaron sus voces con el segundo ángel y clamaron: ¡He aquí viene el Esposo! ¡Salid a recibirle! Las voces melodiosas de esos ángeles parecían penetrar por todas partes. Una luz extraordinariamente brillante y gloriosa relucía alrededor de aquellos que habían atesorado la luz que les había sido impartida. Sus rostros resplandecían con una gloria excelente y se reunieron con los ángeles en el clamor: ¡He aquí viene el Esposo! Y a medida que elevaron el clamor armoniosamente entre esos diversos grupos, los que rechazaron la luz los empujaron, y con miradas airadas, los ridiculizaron y se burlaron de ellos. Pero los ángeles de Dios aletearon sobre las personas que estaban siendo perseguidas, mientras Satanás y sus ángeles trataban de imponer sus tinieblas a su alrededor, para llevarlos a rechazar la luz del cielo.

Entonces, escuché una voz decir a los que habían sido empujados y burlados: Salid de en medio de ellos, y no toquéis lo inmundo. Un gran número rompió las cuerdas que los ataban, obedecieron la voz, abandonaron a los que estaban en tinieblas y se unieron con aquellos que anteriormente habían roto las cuerdas, y gozosamente, unieron sus voces a ellos. Escuché la voz de la oración ferviente y agonizante proveniente de unos pocos que todavía estaban con las compañías que estaban en tinieblas. Los ministros y dirigentes estaban caminando alrededor de esos diversos grupos, asegurando las cuerdas; pero todavía escuchaba esa voz de ferviente oración. Entonces vi a los que habían estado orando extender sus manos en busca de ayuda hacia ese grupo unido que estaba libre y que se regocijaba en Dios. La respuesta para ellos, mientras miraban hacia el cielo fervientemente y señalaban hacia arriba, fue: Salid de en medio de ellos, y apartaos. Vi a personas luchando por obtener libertad, y al fin rompieron las cuerdas que los ataban. Resistieron los esfuerzos que se hicieron para sujetar las cuerdas más fuertemente, y no quisieron prestar atención a las repetidas afirmaciones: Dios está con nosotros, tenemos la verdad en nuestro medio. Personas siguieron abandonando los grupos que estaban en tinieblas y se unieron a la compañía que estaba libre, quienes parecían estar en un campo abierto elevado por encima de la tierra. Su mirada se dirigía hacia arriba, y la gloria de Dios descansaba sobre ellos y exclamaban las alabanzas de Dios. Estaban unidos y parecían estar envueltos en la luz del cielo. Alrededor de ese grupo había algunos que cayeron bajo la influencia de la luz pero que no estaban particularmente unidos a la compañía. Todos los que atesoraban la luz derramada sobre ellos estaban mirando hacia arriba con intenso interés. Jesús los contempló con dulce aprobación. Esperaban que Jesús viniera. Anhelaban su aparición. No lanzaban ni una larga mirada hacia la tierra. Nuevamente, vi una nube descansar sobre los que esperaban. Los vi volver sus cansados ojos hacia abajo. Pregunté la causa de ese cambio. Mi ángel acompañante dijo: Otra vez sus esperanzas han sufrido un chasco. Jesús todavía no puede ir a la tierra. Todavía deben sufrir por Jesús y soportar mayores pruebas. Deben renunciar a sus errores y a las tradiciones recibidas de los hombres, y volverse completamente a Dios y a su palabra. Deben ser purificados, blanqueados y probados; y los que soporten esa amarga prueba obtendrán una victoria eterna.

Jesús no vino a la tierra como lo esperaba la expectante y gozosa compañía, para limpiar el santuario al purificar a la tierra con fuego. Vi que estaban en lo correcto en su cálculo de los períodos proféticos. El tiempo profético se acabó en 1844. Su error consistió en no comprender lo que era el santuario y la naturaleza de su purificación. Jesús sí entró en el lugar santísimo para purificar el santuario al final de los días. Volví a contemplar a la compañía que esperaba y que estaba chasqueada. Se veían tristes. Cuidadosamente examinaron las evidencias de su fe, e investigaron más a fondo el cálculo de los períodos proféticos, y no pudieron descubrir ningún error. El tiempo se cumplió, pero, ¿dónde estaba su Salvador? Lo habían perdido.

Entonces, se me mostró el chasco de los discípulos cuando fueron al sepulcro y no encontraron el cuerpo de Jesús. María dijo: Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Ángeles le dijeron a

los entristecidos discípulos que su Señor había resucitado, e iría delante de ellos a Galilea.

Vi que Jesús contemplaba a los que estaban chasqueados con la más profunda compasión, envió a sus ángeles a dirigir sus mentes para que pudieran encontrarlo, y seguirlo donde él estaba; para que comprendieran que la tierra no es el santuario; que él tenía que entrar en el lugar santísimo celestial para purificarlo; para hacer una expiación especial por Israel y para recibir el reino de mano de su Padre, y entonces regresar a la tierra y llevarlos para que vivieran con él para siempre. El chasco de los discípulos representa bien el chasco de los que esperaban a su Señor en el 1844. Fui transportada al tiempo cuando Cristo entró en Jerusalem triunfalmente. Los jubilosos discípulos creían que él tomaría el reino en ese entonces, y reinaría como un príncipe temporal. Siguieron a su Rey con grandes esperanzas. Cortaron las hermosas ramas de palma y tomaron sus mantos exteriores y con un celo entusiástico los pusieron en el camino; algunos fueron delante y otros los seguían, clamando: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! La conmoción turbó a los fariseos, y desearon que Jesús reprendiera a sus discípulos. Pero él dijo: Si estos callaran, las piedras clamarían. La profecía de Zacarías 9:9 debía cumplirse, sin embargo, vi que los discípulos estaban destinados para un amargo chasco. En unos cuantos días, siguieron a Jesús al Calvario, y lo contemplaron sangrante y lacerado sobre la cruenta cruz. Fueron testigos de su muerte llena de agonía, y lo pusieron en la tumba. Sus corazones estaban sobrecogidos de pesar. Sus esperanzas no se materializaron ni en un solo detalle. Éstas murieron con Jesús. Pero cuando él resucitó de los muertos, y apareció ante sus apesadumbrados discípulos, sus esperanzas revivieron. Habían perdido a su Salvador, pero nuevamente lo habían encontrado.

Vi que el chasco de aquellos que creían en la venida del Señor en el 1844, no se comparaba con el chasco de los discípulos. La profecía se cumplió en los mensajes del primer y segundo ángeles. Éstos fueron dados en el tiempo correcto y realizaron la obra que Dios tenía el propósito que hicieran.

Favor hacer referencia a: Daniel 8:14; Mateo 21:4-16, 25:6; Marcos 16:6-7; Lucas 19:35-40; Juan 14:1-3, 20:13; 2Corintios 6:17; Apocalipsis 10:8-11, 14:7-8.

Capítulo 26

Otra Ilustración

Se me mostró el interés que todo el cielo ha tomado en la obra que ha estado realizándose sobre la tierra. Jesús comisionó a un fuerte y poderoso ángel para que descendiera y le advirtiera a los habitantes de la tierra que se prepararan para su segunda aparición. Vi al poderoso ángel irse de la presencia de Jesús en el cielo. Ante él iba una luz extraordinariamente brillante y gloriosa. Se me dijo que su misión era iluminar la tierra con su gloria, y amonestar al hombre acerca de la inminente ira de Dios. Multitudes recibieron la luz. Algunos parecían muy solemnes, mientras que otros estaban alegres y deleitados. La luz fue derramada sobre todos, pero algunos solamente cayeron bajo la influencia de la luz, y no la recibieron sinceramente. Pero todos los que la recibieron, volvieron sus rostros hacia arriba, hacia el cielo, y glorificaron a Dios. Muchos estaban llenos de una gran ira. Los ministros y el pueblo se unieron a los malvados, y resistieron firmemente en contra de la luz derramada por el poderoso ángel. Pero todos los que la recibieron se apartaron del mundo y se unieron.

Satanás y sus ángeles estaban muy ocupados, tratando de alejar de la luz las mentes de todos los que podían impresionar. El grupo que la rechazó fue dejado en tinieblas. Vi al ángel mirando con el más profundo interés al profeso pueblo de Dios, para registrar el carácter que desarrollaban mientras el mensaje de origen divino les era introducido. Y a medida que muchos que profesaban amor por Jesús se apartaron del mensaje celestial con desprecio, sarcasmo y odio, un ángel con un pergamino en su mano, registró el

vergonzoso reporte. Todo el cielo estaba lleno de indignación, porque Jesús había sido insultado por sus profesos seguidores.

Vi el chasco de aquellos que confiaban. No vieron a su Señor en el tiempo esperado. Era el propósito de Dios ocultar el futuro, y llevar a su pueblo a un punto de decisión. Sin ese punto relacionado con el tiempo, la obra que Dios se proponía llevar a cabo no hubiera podido realizarse. Satanás estaba guiando las mentes de muchos a remontarse muy adelante en el futuro. Un período de tiempo proclamado para la aparición de Cristo debía llevar la mente a buscar fervientemente una preparación en la actualidad. A medida que pasaba el tiempo, los que no habían recibido la luz del ángel completamente, se unieron con los que habían despreciado el mensaje celestial, y se volvieron en contra de los que habían sufrido el chasco, ridiculizándolos. Vi a los ángeles en el cielo consultando con Jesús. Habían notado la situación de los profesos seguidores de Cristo. El paso del tiempo definido los había probado, y muchos fueron pesados en la balanza y hallados faltos. Todos ellos profesaban estruendosamente ser cristianos, sin embargo, fracasaron en seguir a Cristo en casi todo detalle. Satanás se regocijó acerca del estado de los profesos seguidores de Cristo. Los tenía en su trampa. Había llevado a la mayoría de ellos a abandonar la senda recta, y estaban tratando de subir al cielo por otra parte. Los ángeles vieron a los puros, los limpios y los santos mezclados con los pecadores en Sión, y con el hipócrita que ama el mundo. Habían velado sobre los que verdaderamente amaban a Jesús; pero los que estaba corrompidos estaban afectando a los que estaban santificados.

A aquellos cuyos corazones ardían con el anhelo e intenso deseo de ver a Jesús, les fue prohibido por sus profesos hermanos que hablaran acerca de su venida. Los ángeles contemplaban toda la escena, y simpatizaban con el remanente, que amaba la venida de Jesús. Otro poderoso ángel fue comisionado para descender a la tierra. Jesús colocó en su mano un escrito y mientras él descendía hacia la tierra, clamó: ¡Ha caído Babilonia! ¡Ha caído! Entonces vi que los que estaban chasqueados se alegraban nuevamente y elevaban sus ojos al cielo, buscando con fe y esperanza la venida de su Señor. Pero parecía que muchos permanecían en un estado de estupor, como si estuvieran dormidos; sin embargo, podía ver el rastro de un profundo pesar sobre sus rostros. Los que habían sido chasqueados vieron en la Biblia que estaban en el tiempo de espera, y que debían esperar pacientemente el cumplimiento de la visión. La misma evidencia que los guió a esperar a su Señor en el 1843, los llevó a esperararlo en el 1844; vi que la mayoría de ellos no poseía ese entusiasmo que caracterizó su fe en el 1843. Su chasco había menoscabado su fe. Pero a medida que los que habían sido chasqueados se unieron en el clamor del segundo ángel, la hueste celestial los contempló con el más profundo interés, y notaron el efecto del mensaje. Vieron a los que llevaban el nombre de cristianos volverse con burla y desprecio en contra de aquellos que habían sido chasqueados. A medida que las palabras salían de los labios del burlador: ¡No habéis subido todavía! Un ángel las escribió. El ángel dijo: Se burlan de Dios.

Se me señaló la traslación de Elías. Su manto calló sobre Eliseo, y niños impíos (o gente joven) lo siguieron, burlándose, clamando: ¡Calvo sube! ¡Calvo sube! Se burlaron de Dios, y enfrentaron su castigo allí. Lo habían aprendido de sus padres. Y los que se han mofado y burlado de la idea de que los santos asciendan, serán visitados con las plagas de Dios, y se darán cuenta de que no es algo sin importancia jugar con él.

Jesús comisionó otros ángeles para que volaran rápidamente a revivir y fortalecer la debilitada fe de su pueblo, y a prepararlo para comprender el mensaje del segundo ángel, y el importante cambio que pronto había de ser llevado a cabo en el cielo. Vi a los ángeles recibir gran poder y luz de parte de Jesús, y volar rápidamente a la tierra para cumplir con su comisión de ayudar al segundo ángel en su obra. Una poderosa luz brilló sobre el pueblo de Dios a medida que los ángeles clamaban: He aquí, el esposo viene; salid a recibirle. Entonces, vi a los que habían sido chasqueados levantarse, y proclamar en armonía con el segundo ángel: He aquí, el esposo viene; salid a recibirle. La luz proveniente de los ángeles penetró las tinieblas por todas partes. Satanás y sus ángeles trataron de obstaculizar el avance de esa luz e impedir que tuviera el efecto deseado. Contendieron con los ángeles de Dios, y les dijeron que Dios había engañado al pueblo, y que con toda su luz y su poder, ellos no podrían hacer que la gente creyera que Jesús venía. Los

ángeles de Dios continuaron su obra, aunque Satanás se esforzó por obstruir el camino y alejar la mente de la gente de la luz. Los que la recibieron se veían muy felices. Fijaron sus ojos en el cielo y anhelaron la venida de Jesús. Algunos estaban en gran angustia, llorando y orando. Sus ojos parecían estar fijos en sí mismos, y no se atrevían a mirar hacia arriba.

Una luz preciosa que provenía del cielo desvaneció las tinieblas alejándola de ellos, y sus ojos, que habían estado fijos con angustia en sí mismos, fueron atraídos hacia arriba, mientras que sobre cada rasgo de sus rostros se expresaban gratitud y gozo santo. Jesús y toda la hueste angelical miraban con aprobación a los fieles que esperaban.

Los que rechazaron la luz del mensaje del primer ángel y se opusieron a ella, perdieron la luz del segundo, y no pudieron beneficiarse del poder y la gloria que acompañaban al mensaje: He aquí el esposo viene. Jesús se apartó de ellos con desagrado. Lo habían menospreciado y rechazado. Los que recibieron el mensaje fueron envueltos en una nube de gloria. Esperaron, velaron y oraron para conocer la voluntad de Dios. Temían grandemente el ofenderlo. Vi a Satanás y a sus ángeles tratando de bloquear esa luz divina para que no llegara al pueblo de Dios; pero mientras los que esperaban atesoraban la luz y mantuvieran sus ojos apartados de la tierra y puestos en Jesús, Satanás no tendría ningún poder para privarlos de esa preciosa luz. El mensaje del cielo que fue proclamado enfureció a Satanás y a sus ángeles, y a los que profesaban amar a Jesús, pero despreciaban su venida y desdeñaban y mofaban a los fieles que confiaban. Pero un ángel registró cada insulto, cada ofensa, cada abuso que ellos recibieron de parte de sus profesos hermanos. Muchos elevaron sus voces para clamar: He aquí el Esposo viene, y abandonaron a sus hermanos que no amaban el retorno de Jesús, y quienes no les permitían espaciarse en su segunda venida. Vi a Jesús apartar su rostro de aquellos que rechazaban y despreciaban su venida, y entonces, ordenó a sus ángeles que guiaran a su pueblo a salir de entre los inmundos, para que no se contaminaran. Los que obedecieron el mensaje salieron y estuvieron libres y unidos. Una luz santa y excelente brilló sobre ellos. Renunciaron al mundo, arrancaron sus afectos de éste, y sacrificaron sus intereses terrenales. Renunciaron a su tesoro mundanal; y su mirada ansiosa fue dirigida hacia el cielo, esperando ver a su amado Libertador. Un gozo sagrado y santo brillaba sobre sus rostros y revelaba la paz y el gozo que reinaban en el interior. Jesús ordenó a sus ángeles que fueran y los fortalecieran, porque la hora de la prueba se acercaba. Vi que los que esperaban todavía no habían sido probados como debían serlo. No estaban libres de errores. Y vi la misericordia y la bondad de Dios al enviar una amonestación a la gente de la tierra, y mensajes consecutivos a fin de llevarlos hasta un punto de tiempo, para conducirlos a un escudriñamiento diligente de sí mismos, de manera que pudieran liberarse de errores que habían sido transmitidos de los paganos y de los papistas. A través de esos mensajes, Dios había estado sacando a su pueblo hacia donde pudiera obrar en su favor con mayor poder, y donde pudieran guardar todos sus mandamientos.

Favor hacer referencia a: 2Reyes 2:11-25; Daniel 8:14; Habacuc 2:1-4; Mateo 25:6; Apocalipsis 14:8, 18:1-5.

Capítulo 27

El Santuario

Se me mostró el terrible chasco del pueblo de Dios. No vieron a Jesús al tiempo esperado. No sabían por qué su Salvador no había venido. No podían comprender por qué el tiempo profético no había terminado. El ángel dijo: ¿Ha fallado la Palabra de Dios? ¿Ha fracasado Dios en cumplir sus promesas? No; él ha cumplido todo lo que prometió. Jesús se ha levantado, ha cerrado la puerta del lugar santo del santuario celestial, ha abierto una puerta al lugar santísimo y ha entrado para purificar el santuario. El

ángel dijo: Todos los que esperen pacientemente comprenderán el misterio. El hombre se ha equivocado, pero no ha habido ningún fallo de parte de Dios. Todo lo que Dios prometió fue realizado, pero el hombre mira hacia la tierra erradamente, creyendo que ésta era el santuario que iba a ser purificado al final de los períodos proféticos. Las esperanzas del hombre han fracasado; pero la promesa de Dios definitivamente no ha fallado. Jesús envió a sus ángeles a dirigir a los que estaban chasqueados, a conducir sus mentes hacia el lugar santísimo a donde él entró a purificar el santuario y para efectuar una expiación especial por Israel. Jesús le dijo a los ángeles que todos los que lo habían encontrado comprenderían la obra que él había de realizar. Vi que mientras Jesús estuviera en el lugar santísimo, se casaría con la Nueva Jerusalén, y después de que su obra fuera terminada en el lugar santísimo descendería a la tierra en poder regio y tomaría a sí mismo a las almas preciosas que habían esperado pacientemente su regreso.

Entonces se me mostró lo que tomó lugar en el cielo al tiempo en que terminaron los períodos proféticos en el 1844. Vi que cuando el ministerio de Jesús en el lugar santo terminó y él cerró la puerta de ese apartamento, una gran oscuridad descendió sobre aquellos que habían escuchado y rechazado el mensaje de la venida de Cristo, y le perdieron de vista. Entonces, Jesús se vistió de vestimentas preciosas. Alrededor del ruedo de su túnica había una campana y una granada, una campana y una granada. Suspendido de sus hombros tenía un racional de primorosa obra. Y a media que se movía, éste brillaba como diamantes, resaltando letras que parecían nombres escritos o grabados sobre el racional. Después de que él estuvo completamente vestido, con algo sobre su cabeza que parecía una corona, ángeles lo rodearon, y en un carro flameante, entró tras el segundo velo. Entonces, se me ordenó que notara los dos apartamentos del santuario celestial. La cortina o puerta, fue abierta, y se me permitió entrar. En el primer apartamento vi un candelabro con siete lámparas, el cual se veía magnífico y glorioso; también la mesa en la que estaba el pan de la proposición, y el altar del incienso y el incensario. Todo el mobiliario de ese apartamento parecía ser del oro más fino, y reflejaba la imagen de la persona que entraba en ese lugar. La cortina que separaba esos dos apartamentos se veía bellísima. Era de diferentes colores y materiales, con un hermoso borde con figuras de oro bordadas en ella, representando ángeles. El velo fue levantado, y miré dentro del segundo apartamento. Allí vi un arca que tenía la apariencia del oro más puro. Como un borde alrededor de la parte superior del arca, había un hermoso adorno que representaba coronas. Eran de oro fino. En el arca estaban las tablas de piedra que contenían los diez mandamientos. A cada extremo del arca había un hermoso querubín con sus alas extendidas sobre ésta. Las alas de ellos estaban levantadas en alto, y se tocaban la una a la otra por encima de la cabeza de Jesús, mientras él estaba en pie ante el arca. Sus rostros estaban vueltos el uno hacia el otro, y ellos miraban hacia abajo al arca, representando a toda la hueste angelical, mirando con interés hacia la ley de Dios. Entre los querubines había un incensario de oro. Y a medida que las oraciones de los santos ascendían a Jesús en fe, y que él las ofrecía a su Padre, una dulce fragancia subía del incienso. Parecía humo de los colores más hermosos. Encima del lugar donde Jesús estaba, ante el arca, vi una gloria extraordinariamente brillante la que no podía contemplar. Se asemejaba al trono donde moraba Dios. Mientras el incienso ascendía hacia el Padre, la gloria excelente se derramó desde el trono del Padre hacia Jesús, y de Jesús, se vertía sobre aquellos cuyas oraciones habían ascendido como dulce incienso. Luz y gloria se derramaron sobre Jesús en rica abundancia, y cubrieron el propiciatorio, y la estela de gloria llenó el templo. No pude mirar la gloria por mucho tiempo. Ningún lenguaje puede describirla. Me sentí abrumada y me aparté de la majestad y gloria de la escena.

Se me mostró un santuario sobre la tierra conteniendo dos apartamentos. Se asemejaba al que estaba en el cielo. Se me dijo que era el santuario terrenal, una figura del celestial. El mobiliario del primer apartamento del santuario terrenal era como el del primer apartamento del celestial. El velo fue levantado, miré dentro del lugar santísimo, y vi que los muebles eran iguales a los del lugar santísimo del santuario celestial. Los sacerdotes ministraban en ambos apartamentos del terrenal. En el primer apartamento, él ministraba cada día en el año, y entraba en el lugar santísimo sólo una vez en el año, para purificarlo de los pecados que habían sido llevados allí. Vi que Jesús ministró en ambos apartamentos del santuario celestial ofreciendo su propia sangre. Los sacerdotes terrenales eran removidos por la muerte, por lo tanto, no podían seguir por mucho tiempo, pero vi que Jesús era un sacerdote para siempre. A través de los

sacrificios y ofrendas llevadas al santuario terrenal, los hijos de Israel habían de aferrarse a los méritos de un Salvador que había de venir. Y en la sabiduría de Dios, los detalles de esa obra nos fueron dados para que pudiéramos mirar hacia atrás a ellos y comprender la obra de Jesús en el lugar santísimo.

En la crucifixión, mientras Jesús moría en el Calvario, clamó: Consumado es, y el velo del templo se rasgó en dos, desde arriba hasta abajo. Eso ocurrió para mostrar que los servicios del santuario terrenal habían terminado para siempre, y que Dios ya no se reuniría con ellos en su templo terrenal para aceptar sus sacrificios. Entonces se derramó la sangre de Jesús, la cual había de ser ministrada por él mismo en el santuario celestial. Como los sacerdotes en el santuario terrenal entraban en el lugar santísimo una vez al año para purificarlo, Jesús entró en el santísimo del santuario celestial al final de los 2300 días de Daniel 8, en el 1844, para hacer una expiación final por todos los que podían beneficiarse de su mediación y para purificar el santuario.

Favor hacer referencia a: Exodo capítulo 25-28; Levítico capítulo 16; 2Reyes 2:11; Daniel 8:14; Mateo 27:50-51; Hebreos capítulo 9; Apocalipsis capítulo 21.

Capítulo 28

El Mensaje del Tercer Ángel

Cuando el ministerio de Jesús terminó en el lugar santo, y él entró en el santísimo, y se paró ante el arca conteniendo la ley de Dios, envió otro poderoso ángel a la tierra con el tercer mensaje. Colocó un pergamino en la mano del ángel, y a medida que éste descendía hacia la tierra en majestad y poder, proclamó una impresionante advertencia, la amenaza más terrible que jamás se haya dado al hombre. El propósito de ese mensaje era poner en guardia a los hijos de Dios, y mostrarles la hora de tentación y angustia que se hallaba ante ellos. El ángel dijo: Serán llevados a tener un combate acérrimo con la bestia y su imagen. Su única esperanza de vida eterna se encuentra en permanecer fieles. Aunque sus vidas estén en juego, aún deben seguir siendo leales a la verdad. El tercer ángel termina su mensaje con estas palabras: Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús. A medida que repetía esas palabras, señalaba hacia el santuario celestial. Las mentes de todos los que acepten ese mensaje serán dirigidas hacia el lugar santísimo donde Jesús está ante el arca, haciendo su intercesión final en favor de todos los que han quebrantado la ley de Dios en ignorancia. Esta expiación es efectuada por los justos muertos tanto como en beneficio de los justos vivos. Jesús hace una expiación por los que han muerto no habiendo recibido la luz acerca de los mandamientos de Dios, quienes pecaron ignorantemente.

Después de que Jesús abrió la puerta del lugar santísimo, la luz del sábado fue descubierta y el pueblo de Dios había de ser puesto a prueba y examinado, como Dios probó a los hijos de Israel en la antigüedad, para ver si guardarían su ley. Vi al tercer ángel señalando hacia arriba, mostrándole a los que habían sido chasqueados el camino hacia el lugar santísimo. Ellos siguieron a Jesús por la fe en el lugar santísimo; nuevamente habían encontrado a Jesús, y el gozo y la esperanza brotaron otra vez. Los vi mirando hacia atrás, recordando el pasado, desde la proclamación del segundo advenimiento de Jesús y el periodo de su viaje hasta llegar al cierre del tiempo en el 1844. Vieron la explicación de su chasco y nuevamente los animaron el gozo y la seguridad. El tercer ángel había iluminado el pasado, el presente y el futuro, y sabían que Dios ciertamente los había guiado mediante su misteriosa providencia.

Se me mostró que el remanente siguió a Jesús al lugar santísimo, y contempló el arca y el propiciatorio, y fueron cautivados por su gloria. Jesús levantó la cubierta del arca, y he aquí las tablas de piedra con los diez mandamientos escritos en ellas. Ellos investigaron los oráculos vivientes, pero

retrocedieron con temor cuando vieron el cuarto mandamiento viviendo entre los diez preceptos sagrados, mientras que una luz más brillante brillaba sobre él que sobre los otros nueve y un nimbo de gloria lo rodeaba. No encontraron allí, nada que les informara que el sábado había sido abolido o cambiado al primer día de la semana. Este se lee como cuando fue enunciado por la boca de Dios en solemne y terrible majestad sobre el monte, mientras los relámpagos fulguraban y el trueno retumbaba, y cuando fue escrito con su propio y santo dedo en las tablas de piedra: Seis días trabajarás y harás toda tu obra; más el séptimo día es el sábado del Señor tu Dios. Se asombraron al contemplar el cuidado que se había tomado de los diez mandamientos. Los vieron colocados cerca de Jehová, cubiertos y protegidos por su santidad. Vieron que habían estado pisoteando el cuarto mandamiento del Decálogo y que habían observado un día transmitido por los paganos y los papistas, en vez del día santificado por Jehová. Se humillaron ante Dios, y se lamentaron por su pasadas transgresiones.

Vi el incienso humear en el incensario, mientras Jesús ofrecía sus confesiones y oraciones a su Padre. Y a medida que ascendían, una brillante luz descansaba sobre Jesús y sobre el propiciatorio; y los fieles que oraban, quienes estaban turbados porque habían descubierto que eran transgresores de la ley de Dios, fueron bendecidos, y sus rostros se iluminaron con esperanza y gozo. Se unieron a la obra del tercer ángel, y elevaron sus voces y proclamaron la solemne advertencia. Al principio, sólo unos pocos recibieron el mensaje, sin embargo, ellos continuaron proclamando la advertencia con vigor; Entonces vi a muchos aceptar el mensaje del tercer ángel, y unir sus voces a las de los que habían proclamado anteriormente la amonestación, y exaltaron a Dios y lo magnificaron al observar su día de descanso santificado.

Muchos que aceptaron el mensaje del tercer ángel no tenían una experiencia en los dos mensajes anteriores. Satanás lo entendió y su ojo maligno se fijó en ellos para vencerlos, pero el tercer ángel los estaba dirigiendo hacia el lugar santísimo, y los que tenían una experiencia en los mensajes pasados, les estaban señalando el camino hacia el santuario celestial. Muchos vieron la perfecta cadena de verdad en los mensajes de los ángeles, y la recibieron gozosamente. Los aceptaron en su orden y siguieron a Jesús por la fe en el lugar santísimo. Esos mensajes me fueron representados como un ancla para mantener firme al cuerpo de creyentes. Y a medida que las personas los recibían y comprendían, eran protegidas en contra de los muchos engaños de Satanás.

Después del gran chasco en el 1844, Satanás y sus ángeles estaban ocupados en poner trampas para trastornar la fe del grupo. Estaban afectando las mentes de individuos que tenían una experiencia personal en esas cosas. Tenían una apariencia de humildad. Cambiaron el primer y el segundo mensaje, y señalaron hacia el futuro para su cumplimiento, mientras que otros señalaban hacia el pasado, declarando que habían sido cumplidos entonces. Esos individuos estaban apartando las mentes de los inexpertos y perturbando su fe. Algunos estaban escudriñando la Biblia para tratar de fortalecer una fe propia, independiente del cuerpo de creyentes; Satanás se regocijó acerca de todo eso, porque sabía que podía afectar a los que se apartaran del ancla, mediante diferentes errores, y los podía desviar con vientos de doctrina. Muchos que habían sido líderes en el primer y segundo mensajes, los negaron, y a través del grupo de creyentes se produjo división y separación. Entonces, vi a Guillermo Miller. Se veía perplejo y estaba oprimido por el pesar y la angustia por su gente. Vio el grupo que había estado unido y que había sido amoroso en el 1844, perdiendo su amor y oponiéndose el uno al otro. Los vio caer en un estado de frialdad y apostasía. El pesar agotó sus fuerzas. Vi a dirigentes observando a Guillermo Miller y temiendo que él aceptara el mensaje del tercer ángel y los mandamientos de Dios. Y cuando él se inclinaba hacia la luz del cielo, esos hombres hacían un plan para apartar su mente de ésta. Vi una influencia humana ejercida para mantener su mente en las tinieblas, y para retener su influencia entre ellos. Al final, Guillermo Miller levantó su voz en contra de la luz del cielo. Él fracasó al no recibir el mensaje que hubiera explicado completamente su chasco, y arrojado una luz y gloria sobre el pasado, lo cual hubiera revivido sus energías agotadas, animado su esperanza, y lo hubiera guiado a glorificar a Dios. Pero él se apoyó en la sabiduría humana en vez de en la divina, y habiéndose desgastado con ardua labor en la causa de su Maestro y debilitado por la edad, él no era responsable como lo eran aquellos que lo apartaron de la verdad. Ellos son responsables, y el pecado

reposa sobre ellos. Si Guillermo Miller hubiera podido ver la verdad del tercer mensaje muchas cosas que le parecían oscuras y misteriosas hubieran sido explicadas. Sus hermanos profesaban un amor e interés tan profundos por él que pensó que no se podía apartar de ellos. Su corazón se inclinaba hacia la verdad, pero entonces buscaba a sus hermanos. Ellos se oponían a ésta. ¿Podía separarse de aquellos que habían estado a su lado, hombro a hombro con él proclamando la venida de Jesús? Pensó que ciertamente ellos no lo desviarían.

Dios permitió que él pasara bajo el poder de Satanás, y que la muerte tuviera dominio sobre él. Lo escondió en la tumba, lejos de aquellos que constantemente estaban alejándolo de Dios. Moisés erró justamente cuando estaba a punto de entrar en la tierra prometida. De igual manera, Guillermo Miller erró cuando estaba por entrar en la Canaán celestial, al permitir que su influencia fuera ejercida en contra de la verdad. Otros lo llevaron a hacer eso. Otros deberán dar cuenta de ello. Pero ángeles vigilan el precioso polvo de ese siervo de Dios, y él se levantará al sonido de la trompeta final.

Favor hacer referencia a: Exodo 20:1-17, 31:18; 1Tesalonicenses 4:16; Apocalipsis 14:9-12.

Capítulo 29

Una Plataforma Firme

Vi una compañía que estaba bien protegida y firme, y que no prestaba atención a los que trastornarían la establecida fe del grupo. Dios los contemplaba con aprobación. Se me mostraron tres escalones-uno, dos y tres-los mensajes del primer ángel, del segundo y del tercero. El ángel dijo: Ay de aquel que mueva un bloque o sacuda un ápice de esos mensajes. La verdadera comprensión de esos mensajes es de vital importancia. El destino de las almas depende de la manera en la que son recibidos. Nuevamente, se me mostraron esos mensajes y vi a cuán alto costo el pueblo de Dios había comprado su experiencia. Ésta había sido obtenida a través de mucho sufrimiento y severo conflicto. Paso a paso Dios los había guiado hasta que los había colocado sobre una plataforma sólida e inmutable. Entonces observé a individuos a medida que se acercaban a la plataforma, examinar el fundamento antes de subir a ella. Algunos subieron a ella inmediata y gozosamente. Otros comenzaron a encontrarle faltas a la forma en que el fundamento de la plataforma fue construido. Deseaban que se hicieran mejoras, de manera que la plataforma fuera más perfecta, y la gente fuera más feliz. Algunos se bajaron de la plataforma y la examinaron, entonces, le encontraron defectos, declarando que ésta había sido mal construida. Vi que casi todos permanecieron firmes sobre la plataforma, y exhortaron a otros que se habían bajado a dejar sus quejas, porque Dios era el Artífice Maestro y ellos estaban luchando contra él. Relataban la maravillosa obra de Dios, la cual los había guiado hacia la firme plataforma, y unidos, casi todos elevaron sus ojos al cielo, y glorificaron a Dios a gran voz. Eso afectó a algunos de los que se habían quejado y habían abandonado la plataforma y éstos volvieron a subir a ella con gesto humilde.

Se me recordó la proclamación del primer advenimiento de Cristo. Juan fue enviado en el espíritu y poder de Elías a preparar el camino para la llegada de Jesús. Los que rechazaron el testimonio de Juan no fueron beneficiados por las enseñanzas de Jesús. Su oposición a la proclamación de su primer advenimiento los colocó donde ellos no estaban dispuestos a recibir la evidencia más poderosa de que él era el Mesías. Satanás impulsó a los que rechazaron el mensaje de Juan para que fueran más lejos, a fin de que rechazaran a Jesús y lo crucificaran. Al hacer eso, se colocaron donde no podían recibir la bendición en el día de Pentecostés, la cual les hubiera enseñado el camino al santuario celestial; El desgarramiento del velo del templo mostró que los sacrificios y los ritos judíos ya no serían aceptos. El gran sacrificio había sido ofrecido, y había sido aceptado, y el Espíritu Santo, que descendió en el día de Pentecostés, guió la

atención de los discípulos del santuario terrenal al celestial, donde Jesús había entrado por su propia sangre, y derramó sobre sus discípulos los beneficios de su expiación. Los judíos fueron dejados en un engaño total y en tinieblas completas. Perdieron toda la luz que hubieran podido tener acerca del plan de salvación, y todavía confiaban en sus sacrificios y ofrendas inútiles. No podían ser beneficiados por la mediación de Cristo en el lugar santo. El santuario celestial había tomado el lugar del terrenal, sin embargo, ellos no tenían ningún conocimiento del camino al (santuario) celestial.

Muchos miran con horror el curso de acción que los judíos siguieron hacia Jesús al rechazar y crucificarlo. Y al leer la historia del vergonzoso abuso que recibió, creen que aman a Cristo y no lo hubieran negado como Pedro, ni lo habrían crucificado como los judíos. Pero Dios, que ha presenciado su profesa simpatía por su Hijo, los ha examinado, y ha puesto a prueba ese amor que profesan sentir por Jesús.

Todo el cielo miró con el más profundo interés para ver cómo era recibido el mensaje. Pero muchos que profesaban amar a Jesús y que lloraban al leer la historia de la cruz, en vez de recibir el mensaje con alegría, se llenaron de ira y se burlaron de las buenas nuevas de la venida de Jesús, y declararon que eran un engaño. No estaban dispuestos a reunirse con los que amaban su venida sino que los odiaban y los echaron de las iglesias. Los que rechazaron el primer mensaje no podían beneficiarse del segundo y no recibieron provecho alguno del clamor de medianoche, el cual había de prepararlos para entrar con Jesús por fe en el lugar santísimo del santuario celestial. Y al rechazar los dos mensajes anteriores, no pudieron ver ninguna luz en el mensaje del tercer ángel, el cual muestra el camino al lugar santísimo. Vi que las iglesias nominales crucificaron esos mensajes tal como los judíos crucificaron a Jesús, y por lo tanto, no tenían ningún conocimiento del cambio hecho en el celo o del camino hacia el lugar santísimo y no podían beneficiarse de la intercesión de Jesús allí. Como los judíos, quienes ofrecieron sus sacrificios inútiles, ellos ofrecen sus oraciones vanas al apartamento que Jesús abandonó, y Satanás, complacido con el engaño en que han caído los profesos seguidores de Cristo, los sujeta en su lazo y asumiendo un carácter religioso, guía la atención de esos profesos cristianos hacia sí mismo, y efectúa con su poder sus señales y prodigios mentirosos. Engaña a algunos de una manera y a otros, de otra. Tiene diferentes hechizos preparados para afectar a diferentes mentalidades. Algunos consideran un engaño con horror, mientras que reciben otro con facilidad. Satanás engaña a algunos con el espiritismo. También viene como un ángel de luz, y difunde su influencia sobre la tierra. Vi falsas reformas por todas partes. Las iglesias se regocijaban y consideraban que Dios obraba maravillosamente en su favor cuando se trataba de otro espíritu. Éste se desvanecerá, dejando al mundo y a la iglesia en una condición peor que antes.

Vi que Dios tenía hijos sinceros entre los adventistas nominales y entre las iglesias caídas, que los ministros y la gente serán llamados a salir de esas iglesias antes de que las plagas sean derramadas, y que ellos aceptarán alegremente la verdad. Satanás sabe eso, y antes del fuerte pregón del tercer ángel, él despertará una excitación en medio de esos cuerpos religiosos, para que los que habrán rechazado la verdad crean que Dios está con ellos. Él espera engañar a los sinceros y llevarlos a creer que Dios todavía está obrando en beneficio de las iglesias. Pero la luz brillará, y cada una de las almas sinceras abandonará las iglesias caídas, y tomará su lugar con el remanente.

Favor hacer referencia a: Mateo capítulo 3; Hecho capítulo 2; 2Corintios 11:14; 2Tesalonicenses 2:9-12; Apocalipsis 14:6-12.

Capítulo 30

El Espiritismo

Vi el engaño de los golpes. Satanás tiene el poder de colocar ante nosotros la apariencia de formas

que supuestamente son de nuestros familiares y amigos que ahora duermen en Jesús. Se hará aparentar que están presentes, se dirán las palabras que ellos hablaron mientras que estaban aquí, con las cuales estamos familiarizados y resonará en nuestro oído el mismo tono de voz que tuvieron mientras vivían. Todo esto ha de engañar al mundo y lo entrampará.

Vi que los santos deben tener una profunda comprensión de la verdad presente, la cual tendrán que sostener basándose en las Escrituras. Deben comprender el estado de los muertos; porque un día los espíritus de demonios se les aparecerán profesando ser amigos y parientes amados, que les declararán doctrinas sin ningún fundamento bíblico. Harán todo lo que está en su poder para despertar su simpatía y realizarán milagros ante ellos, para confirmar sus declaraciones. El pueblo de Dios debe estar preparado para resistir a esos espíritus con la verdad bíblica de que los muertos nada saben, y de que los aparecidos son espíritus de demonios.

Vi que debemos examinar bien el fundamento de nuestra esperanza, porque tendremos que dar razón de éste basándonos en las Escrituras; porque veremos ese engaño propagarse, y tendremos que luchar contra él cara a cara. Y a menos que estemos preparados para enfrentarlo, seremos entrampados y vencidos. Pero si hacemos lo que podamos, poniendo de nuestra parte para estar listos para el conflicto que se encuentra justo ante nosotros, Dios hará su parte, y su brazo omnipotente nos protegerá. Si fuera necesario, enviaría todos los ángeles de la gloria para formar un círculo de protección alrededor de las almas fieles para que no sean engañadas y desviadas por los milagros mentirosos de Satanás.

Vi la rapidez con la que ese engaño se estaba difundiendo. Se me mostró un tren que viajaba a la velocidad del relámpago. El ángel me ordenó que mirara cuidadosamente. Fijé mis ojos en el tren. Parecía que todo el mundo estaba a bordo. Entonces el (ángel) me mostró el conductor, quien parecía un personaje imponente y atractivo y a quien todos los pasajeros respetaban y reverenciaban. Estaba perpleja y le pregunté a mi ángel acompañante quién era. Él dijo: Es Satanás. Él es el conductor en la forma de un ángel de luz. Ha cautivado al mundo. Éste se ha entregado a un engaño extraordinario a fin de creer a la mentira para que sea condenado. Su agente, el que le sigue en rango, es el maquinista, y otros de sus agentes, están ocupados en diferentes cargos, según él los necesite, y todos están yendo con gran rapidez hacia la perdición. Le pregunté al ángel si no había quedado nadie. Él me ordenó que mirara en dirección opuesta, y vi a un grupo pequeño, viajando por una senda angosta. Todos parecían estar firmemente ligados y unidos por la verdad.

Esa pequeña compañía se veía agobiada por las inquietudes, como si hubiera pasado a través de severas pruebas y conflictos. Y parecía como si el sol hubiera justamente salido de detrás de la nube, y brillado sobre sus rostros, haciendo que se vieran triunfantes, como si sus victorias estuvieran a punto de ser ganadas.

Vi que el Señor le había dado al mundo oportunidad de descubrir la trampa. Eso era bastante evidente para el cristiano si no hubiese habido otra cosa. No se hace diferencia entre el precioso y lo vil.

Satanás da a entender que Tomás Paine, cuyo cuerpo ya se ha demoronado hasta convertirse en polvo y quien será llamado al final de los 1000 años, en la segunda resurrección, para recibir su recompensa, y sufrir la segunda muerte, está en el cielo y que es muy honrado allí. Satanás lo usó en la tierra por tanto tiempo como pudo, y ahora prosigue la misma obra mediante pretensiones de que Tomás Paine está muy encumbrado allí; y que es muy venerado y como él enseñó en la tierra, Satanás finge que continúa enseñando en el cielo. Algunas personas en la tierra, que han considerado con horror su vida, su muerte y sus enseñanzas corruptas mientras vivía, se someten ahora a ser enseñadas por él, quien era uno de los hombres más viles y corrompidos; uno que despreciaba a Dios y a su ley.

El Padre de la mentira, enceguece y engaña al mundo enviando sus ángeles a hablar como si fueran los apóstoles, y hace que parezca que ellos contradicen lo que escribieron cuando estaban en la tierra, y que fue dictado por el Espíritu Santo. Esos ángeles mentirosos hacen que los apóstoles corrompan sus propias enseñanzas y que declaren que éstas están adulteradas. Al hacer eso, él puede sumir a los profesos cristianos, quienes tienen nombre que viven y están muertos, y a todo el mundo, en incertidumbre acerca de la palabra de Dios; porque ésta se interpone directamente en su camino, y es capaz de destruir sus

planos. Por lo tanto, los induce a dudar del origen divino de la Biblia, y entonces ensalza al incrédulo Tomás Paine, como si éste hubiera entrado en el cielo al morir, y unido a los santos apóstoles, a quienes odiaba en la tierra, estuviera enseñando al mundo.

Satanás le asigna a cada uno de sus ángeles el papel que ha de actuar. Les ordena que sean astutos, ingeniosos y sagaces. Instruye a algunos de ellos a desempeñar el papel de los apóstoles y a hablar por ellos, mientras que otros han de actuar el papel de incrédulos y de hombres impíos quienes murieron maldiciendo a Dios, pero que ahora parecen ser muy religiosos. No se hace ninguna diferencia entre los santos apóstoles y el incrédulo más vil. Él aparenta que ambos están enseñando lo mismo. No importa a quién Satanás hace hablar, si con ello logra su objetivo. Él estuvo tan íntimamente conectado con Paine en la tierra, y lo ayudó de tal manera que es muy fácil para él saber las palabras que él usaba, y la escritura misma de uno de sus hijos, quien le sirvió con tanta fidelidad, y logró sus propósitos tan bien. Satanás dictó mucho de lo que éste escribió, y es fácil para él dictar ahora, mediante sus ángeles, opiniones que parezcan venir de Tomás Paine, quien fue su siervo devoto mientras vivió. Pero esa es la obra maestra de Satanás. Todas esas enseñanzas que supuestamente proceden de los apóstoles, de los santos y de hombres impíos que han muerto, emanan directamente de su majestad satánica.

Eso debería bastar para remover el velo de cada mente y revelarles a todos las obras tenebrosas y misteriosas de Satanás, -que él coloque a uno a quien él amó tanto, y quien odió a Dios en forma tan completa, junto con los santos apóstoles y ángeles en gloria; prácticamente diciéndole al mundo y a los incrédulos: No importa cuán impíos seáis; no importa si creéis en Dios o en la Biblia, o si no creéis; vivid como queráis, el cielo es vuestro hogar, -porque todo el mundo sabe que si Tomás Paine está en el cielo, y está en una posición tan exaltada, ciertamente, ellos también llegarán allí. Eso es algo tan manifiesto, que todos pueden verlo, si quieren. Satanás está haciendo ahora lo que ha estado tratando de hacer desde su caída, a través de individuos como Tomás Paine. Mediante su poder y sus milagros mentirosos, él está destruyendo el fundamento de la esperanza del cristiano, y apagando su sol, el cual está supuesto a iluminarlo en el angosto sendero hacia el cielo. Está haciendo que el mundo crea que la Biblia no es mejor que un libro de cuentos no inspirado, mientras que él ofrece algo para tomar su lugar, a saber, *¡manifestaciones espiritistas!*

Esa es una agencia totalmente suya, sujeta a su control, y él puede hacer que el mundo crea lo que le plazca. El libro que lo ha de juzgar a él y a sus seguidores, lo coloca en la sombra, justamente donde desea que esté. Hace del Salvador del mundo solamente un hombre común, y como los guardas romanos que vigilaban la tumba de Jesús propagaron el falso informe que los príncipes de los sacerdotes y los ancianos pusieron en sus labios, de la misma manera, los pobres e ilusos seguidores de esas pretendidas manifestaciones espiritistas, repetirán, y tratarán de dar a entender que no hubo nada de milagroso en el nacimiento, la muerte y la resurrección de nuestro Salvador; y después de relegar a Jesús y a la Biblia a último término, donde quieren tenerlo, llaman la atención del mundo hacia sí mismos y hacia sus prodigios y milagros mentirosos, los cuales, ellos declaran que exceden mucho a las obras de Cristo. De esa manera, el mundo es atrapado en el lazo, y es adormecido en un sentimiento de seguridad; para no descubrir su terrible engaño, hasta que las siete postreras plagas sean derramadas. Satanás se ríe cuando ve que su plan tiene tanto éxito, y que el mundo entero está en sus redes.

Favor hacer referencia a: Eclesiastés 9:5; Juan 11:1-45; 2Tesalonicenses 2:9-12; Apocalipsis 13:3-14.

Capítulo 31

La Avaricia

Vi a Satanás y a sus ángeles consultando. Él ordenó a sus ángeles que fueran y colocaran sus trampas especialmente para los que estaban esperando la segunda venida de Cristo, y que estaban guardando todos los mandamientos de Dios. Satanás le dijo a sus ángeles que todas las iglesias estaban dormidas. Él aumentaría su poder y milagros mentirosos y podría retenerlas. Pero (dijo) odiamos a la secta de guardadores del sábado. Está continuamente trabajando en contra nuestra, y arrebatándonos nuestros súbditos para que guarden esa odiada ley de Dios.

Id, haced que los poseedores de tierras y de dinero se embriaguen de cuidados. Si podéis hacer que pongan sus afectos en esas cosas, serán nuestros todavía. Pueden profesar lo que quieran con tal de que logréis que se preocupen más por el dinero que por el éxito del reino de Cristo o la propagación de las verdades que odiamos. Presentad el mundo ante ellos de la manera más atractiva, para que lo amen y los idolatren. Debemos conservar en nuestras filas todos los medios que podamos, cuanto más sean los recursos que ellos tengan, más perjudicarán nuestro reino al quitarnos nuestros súbditos. Cuando convoquen reuniones en diferentes lugares, estaremos en peligro. Por lo tanto, sed vigilantes, causad toda la distracción que podáis. Destruid el amor que se tengan el uno por el otro. Desanimad y desalentad a sus ministros; porque los odiamos. Presentad toda excusa plausible ante los que tienen recursos, no sea que los entreguen. Si podéis, controlad los asuntos monetarios, y llevad a sus ministros a la necesidad y a la angustia. Eso debilitará su valor y su celo. Contended por cada pulgada de terreno. Haced que la avaricia y el amor a los tesoros terrenales sean los rasgos predominantes de su carácter. Mientras que esos rasgos dominan, la salvación y la gracia estarán lejos. Amontonad todo lo que podáis a su alrededor para atraerlos, y serán ciertamente nuestros. No sólo estaremos seguros de tenerlos, sino que su aborrecible influencia no será ejercida sobre otros para conducirlos al cielo. Y poned en los que traten de dar una actitud mezquina, para que lo hagan en pequeñas cantidades.

Vi que Satanás llevaba a cabo sus planes bien. Y cuando los siervos de Dios convocaban reuniones, Satanás y sus ángeles comprendían lo que tenían que hacer, y estaban en el terreno para obstruir la obra de Dios, y estaba constantemente poniendo sugerencias en la mente del pueblo de Dios. A algunos los conduce de una manera, y a otros de otra, siempre aprovechándose de malos rasgos en los hermanos y hermanas, excitando y provocando sus tendencias naturales al mal. Si ellos se sienten inclinados a ser egoístas y codiciosos, Satanás se complace en situarse a su lado, y entonces, trata de guiarlos con todo su poder, para que manifiesten sus pecados acostumbrados. Si la gracia de Dios y la luz de la verdad disipan esos sentimientos codiciosos y egoístas por un tiempo, y ellos no obtienen una completa victoria sobre ellos, cuando no estén bajo una influencia salvadora, Satanás se les acerca y marchita todo principio noble y generoso, y ellos piensan que se exige demasiado de ellos. Se cansan de hacer el bien, y se olvidan del gran sacrificio que Jesús hizo por ellos, para redimirlos del poder de Satanás y de una miseria sin esperanza.

Satanás se aprovechó del carácter codicioso y egoísta de Judas, y lo condujo a murmurar en contra del unguento que María le dedicó a Jesús. Judas lo consideró un gran desperdicio; éste hubiera podido ser vendido y dado a los pobres. A él no le importaban los pobres, sino que consideraba que la ofrenda generosa hecha a Jesús era una extravagancia. Judas apreció a su Señor sólo lo suficiente como para venderlo por unas pocas piezas de plata. Y vi que había algunos como Judas entre los que profesan estar esperando a su Señor. Satanás los controla, pero ellos no lo saben. Dios no puede aprobar ni una partícula de avaricia o de egoísmo. Él las odia, y desprecia las oraciones y exhortaciones de los que las poseen. Como Satanás ve que su tiempo es corto, los lleva a ser más y más egoístas, y a volverse más codiciosos, y entonces se regocija al verlos centrados en sí mismos, severos, avaros y egoístas. Si los ojos de esas personas pudieran abrirse, verían a Satanás regocijándose acerca de ellos en triunfo satánico, y riéndose acerca de la insensatez de aquellos que aceptan sus sugerencias, y entran en sus redes. Entonces, él y sus ángeles toman las obras despreciables y codiciosas de esos individuos, y las presentan a Jesús y a los ángeles santos, y les dicen en tono de reproche: ¡Esos son los seguidores de Cristo! ¡Se están preparando para ser trasladados! Satanás nota su curso de acción desviado y lo compara con la Biblia, con pasajes que reprenden claramente tales cosas, y entonces los presenta para molestar a los ángeles

celestiales, diciéndoles: ¡Esos están siguiendo a Cristo y su Palabra! ¡Esos son los frutos del sacrificio y de la redención de Cristo! Los ángeles se apartan con desagrado de la escena. Dios requiere de su pueblo que obre constantemente, y cuando éste se cansa de actuar de una manera buena y generosa, él se cansa de ellos. Vi que a Dios desagradaba grandemente aún la más pequeña manifestación de egoísmo de parte de su pueblo profeso, por el cual Cristo no estimó dar su propia vida preciosa. Cada individuo egoísta y avaro caerá a un lado del camino. Como Judas, quien vendió a su Señor, ellos venderán los principios buenos, y una disposición noble y generosa por un poquito de las ganancias de la tierra. Todos esos serán zarandeados fuera del pueblo de Dios. Los que desean llegar el cielo, deben estar alentando los principios del cielo con toda la energía que poseen. Y en lugar de que sus almas se marchiten en el egoísmo, deberían expandirse en la benevolencia, y se debe aprovechar toda oportunidad de hacer el bien el uno al otro, en llevar a cabo y en cultivar mucho más los principios del cielo. Jesús me fue presentado como el modelo perfecto. Su vida estaba libre de intereses egoístas y se destacó por su benevolencia desinteresada.

Favor hacer referencia a: Marcos 14:3-11; Lucas 12:15-40; Colosenses 3:5-16; 1Juan 2:15-17.

Capítulo 32

El Zarandeo

Vi que algunos, con una fe robusta y con clamores angustiados, rogaban a Dios. Sus rostros estaban pálidos, y mostraban una profunda ansiedad, la cual expresaba su lucha interna. En sus rostros se mostraba firmeza y una gran sinceridad, mientras que grandes gotas de sudor empapaban sus frentes. De vez en cuando, sus rostros se iluminaban con las señales de la aprobación de Dios, y nuevamente, la misma apariencia solemne, ferviente y ansiosa se posaba sobre ellos.

Ángeles malos los rodeaban, agobiándolos con sus tinieblas, para apartar a Jesús de su vista, a fin de que sus ojos fueran atraídos hacia la oscuridad que los rodeaba, desconfiaran de Dios, y que luego murmuraran en su contra. Su única seguridad consistía en mantener sus ojos dirigidos hacia las alturas. Ángeles tenían a su cargo al pueblo de Dios, y a medida que la atmósfera envenenada de esos ángeles malos circundaba a esas almas ansiosas, los ángeles que estaban guardándolos batían continuamente sus alas para disipar las densas tinieblas que había a su alrededor.

Vi que algunos no participaban en esa obra de agonizar y rogar. Parecían indiferentes y descuidados. No estaban resistiendo la oscuridad en torno a ellos, y ésta los encerraba como una espesa nube. Los ángeles de Dios los abandonaron, y fueron a ayudar a los que oraban fervientemente. Vi a los ángeles de Dios apresurarse a asistir a todos los que estaban luchando con todas sus energías para resistir a esos ángeles malos, y tratando de ayudarse a sí mismos clamando a Dios con perseverancia. Pero los ángeles abandonaron a los que no hicieron ningún esfuerzo para ayudarse a sí mismos, y los perdí de vista.

A medida que los que oraban continuaron sus fervientes clamores, de vez en cuando un rayo de luz de parte de Jesús llegaba hasta ellos, y los animaba, e iluminaba sus rostros.

Pregunté el significado del zarandeo que había visto. Se me mostró que sería causado por el testimonio directo que exigía el consejo del Testigo fiel a los laodicenses. Este tendrá su efecto sobre el corazón del que recibe el testimonio y lo llevará a exaltar el estandarte y a pronunciar la verdad directa. Algunos no soportarán ese testimonio directo. Se levantarán en contra de él, y eso causará un zarandeo entre el pueblo de Dios.

Vi que el testimonio del Testigo fiel no ha sido seguido ni siquiera a medias. El solemne testimonio del cual depende el destino de la iglesia, ha sido despreciado, si no ha sido completamente descuidado. Ese testimonio debe producir un profundo arrepentimiento, y todos los que verdaderamente lo acepten, lo

obedecerán, y serán purificados.

El ángel dijo: ¡Escuchad! Pronto oí una voz que sonaba como muchos instrumentos musicales, todos sonando con acordes perfectos, dulces y armoniosos. Sobre pasaba a cualquier música que yo jamás hubiera escuchado. Parecía estar tan llena de misericordia, de compasión, y de un gozo ennobecedor y santo. Emocionó todo mi ser. El ángel dijo: ¡Mirad! Mi atención fue guiada hacia el grupo que había visto antes, el cual estaba siendo poderosamente zarandeado. Se me mostró a los que había visto anteriormente llorando y orando en agonía de espíritu. Vi que la compañía de ángeles guardianes que los rodeaba se había multiplicado y que estaban revestidos de una armadura de la cabeza a los pies. Se movían en un orden exacto, firmes como una compañía de soldados. Sus rostros expresaban el severo conflicto que habían soportado, la lucha agonizante por la que habían pasado. Sin embargo, sus facciones, marcadas con una severa angustia interna, brillaban ahora con la luz y la gloria del cielo. Habían obtenido la victoria, y eso inspiró en ellos la más profunda gratitud, y un gozo sagrado y santo.

El número de ese grupo había disminuido. Algunos habían sido zarandeados y dejados por el camino. Los descuidados e indiferentes que no se unieron a los que apreciaban la victoria y la salvación lo suficiente como para agonizar, perseverar, y rogar por ellas, no las obtuvieron, y fueron dejados atrás en las tinieblas y sus lugares fueron inmediatamente ocupados por otros que aceptaron la verdad, y se unieron a las filas. Los ángeles malos todavía se agrupaban a su alrededor, pero no podían tener ningún poder sobre ellos.

Escuché a los que estaban vestidos con la armadura proclamar la verdad con gran poder. Ésta tuvo efecto. Vi a los que habían estado atados, algunas esposas habían estado ligadas por sus esposos, y algunos hijos por sus padres. Los sinceros que habían sido restringidos o impedidos de oír la verdad, ahora la aceptaban ansiosamente. Todo el temor a sus parientes había desaparecido. Solamente la verdad era sublime para ellos. Ésta les era más preciosa que la vida misma. Habían estado hambrientos y sedientos por la verdad. Pregunté que había ocasionado ese gran cambio. Un ángel respondió: Es la lluvia tardía, el refrigerio de la presencia del Señor, el fuerte pregón del tercer ángel.

Un gran poder asistía a esos escogidos. El ángel dijo: ¡Mirad! mi atención fue guiada hacia los impíos o incrédulos. Todos estaban agitados. El celo y el poder que se hallaba en el pueblo de Dios los había despertado y enfurecido. Había confusión, confusión por doquiera. Vi que se tomaban medidas en contra de ese grupo que tenía el poder y la luz de Dios. Las tinieblas se volvieron más densas a su alrededor, a pesar de eso, se mantenían firmes, bajo la aprobación de Dios y confiando en él. Los vi perplejos. Y entonces, los escuché clamar a Dios con fervor. A lo largo del día y de la noche su clamor no cesaba. Escuché las siguientes palabras: ¡Sea hecha tu voluntad, Oh Dios! ¡Si puede glorificar tu nombre haz que haya una vía de escape para tu pueblo! ¡Líbranos de los paganos a nuestro alrededor! Nos han sentenciado a muerte, pero tu brazo puede traer salvación. Esas son las únicas palabras que puedo traer a la memoria. Parecían tener un profundo sentido de su indignidad y manifestaban una completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, cada uno de ellos, sin excepción rogaba y luchaba fervientemente, como Jacob, por liberación.

Poco después de que comenzaron su piadoso clamor, los ángeles, sintiendo compasión, querían ir a libertarlos. Pero un ángel de elevada estatura, que estaba al mando no se los permitió. Él dijo: Ellos deben beber de la copa. Deben ser bautizados con el bautismo.

Pronto oí la voz de Dios, la cual estremeció los cielos y la tierra. Hubo un gran terremoto. Por todas partes los edificios eran sacudidos y se derrumbaban. Escuché un triunfante grito de victoria, fuerte, armonioso y claro. Miré a esa compañía, la cual, poco antes había estado en tal angustia y opresión: Su cautiverio había terminado. Una luz gloriosa resplandecía sobre ellos. Cuán hermosos se veían entonces. Todo rastro de inquietud y de fatiga habían desaparecido. En cada rostro se veían la salud y la belleza. Sus enemigos, los paganos a su alrededor, cayeron como hombres muertos. No podían soportar la luz que brillaba sobre los santos libertados. Esa luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta que se vio a Jesús en las nubes de los cielos, y la compañía fiel y probada fue transformada en un abrir y cerrar de ojos, de gloria en gloria. Y las tumbas fueron abiertas y los santos resucitaron, vestidos de

inmortalidad, exclamando: Victoria sobre la muerte y el sepulcro. Junto con los santos vivos fueron arrebatados a encontrar al Señor en el aire, mientras que hermosos y sonoros gritos de gloria y victoria salían de todo labio santificado.

Favor hacer referencia a: Salmos Libro III capítulo 86; Oseas 6:3; Hageo 2:21-23; Mateo 10:35-39, 20:23; Efesios 6:10-18; 1 Tesalonicenses 4:14-18; Apocalipsis 3:14-22.

Capítulo 33

Los Pecados de Babilonia

Vi la condición de las diversas iglesias desde que el segundo ángel proclamó su caída. Éstas habían estado volviéndose cada vez más corruptas, sin embargo, llevan el nombre de seguidoras de Cristo. Es imposible distinguirlas del mundo. Sus ministros toman sus textos de la Palabra de Dios pero predicán cosas halagüeñas. El corazón carnal no tiene ninguna objeción en contra de eso. Es solamente el espíritu y el poder de la verdad, y la salvación de Cristo lo que resulta odioso al corazón natural. En el ministerio popular no hay nada que incite la ira de Satanás, que haga temblar al pecador o que aplique al corazón y a la conciencia las terribles realidades de un juicio pronto a venir. Generalmente, los hombres impíos están satisfechos con una forma sin la verdadera piedad, y ayudarán y apoyarán una religión tal. El ángel dijo: Ninguna cosa que sea menos que la completa armadura de justicia puede vencer y conservar la victoria sobre el poder de las tinieblas. Satanás ha tomado posesión de las iglesias como cuerpos. Se hace hincapié en las declaraciones y los hechos de los hombres en lugar de las penetrantes verdades de la palabra de Dios. El ángel dijo: La amistad y el espíritu del mundo están en enemistad con Dios. Cuando la verdad en su sencillez y fuerza, como es en Jesús, es examinada en contra del espíritu del mundo, inmediatamente despierta el espíritu de la persecución. Muchos que profesan ser cristianos, no han conocido a Dios. El carácter del corazón natural no ha sido cambiado y la mente carnal permanece en enemistad con Dios, son los fieles siervos de Satanás, a pesar de que han tomado otro nombre.

Vi que desde que Jesús había dejado el lugar santo del santuario celestial, y había entrado dentro del segundo velo, las iglesias fueron dejadas como los judíos, y se han estado llenando de toda ave sucia y aborrecible. Vi gran iniquidad y vileza en las iglesias, sin embargo, profesan ser cristianas. Su profesión, sus oraciones y sus exhortaciones son una abominación a la vista de Dios. El ángel dijo: Dios no olerá en sus asambleas. El egoísmo, el fraude y el engaño son practicados por ellos sin que los reproche la conciencia. Y arrojan el manto de la religión sobre todos esos malos rasgos. Se me mostró el orgullo de las iglesias nominales, Dios no estaba en sus pensamientos sino que, sus mentes carnales se espaciaban en sí mismas. Decoran sus pobres cuerpos mortales, y entonces se contemplan con satisfacción y placer. Jesús y los ángeles los miraron con ira. El ángel dijo: Sus pecados y su orgullo han llegado hasta el cielo. Su porción está preparada. La justicia y el juicio han dormido por mucho tiempo, pero pronto despertarán. Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Las terribles amenazas del tercer ángel han de ser cumplidas y ellos beberán de la ira de Dios. Una innumerable hueste de ángeles malos está esparciéndose por toda la tierra, las iglesias y los cuerpos religiosos están llenos de ellos. Y éstos miran a los cuerpos religiosos con regocijo, porque el manto de la religión cubre los mayores crímenes e iniquidad.

Todo el cielo contempla con indignación a los seres humanos, la obra de Dios, reducidos por su prójimo a las profundidades más grandes de la degradación, y colocados al nivel de la creación animal. Y los profesos seguidores de ese amado Salvador, cuya compasión siempre fue despertada cuando él veía el sufrimiento humano, se envuelven de todo corazón en ese enorme y serio pecado. Y tratan con esclavos y con las

almas de hombres. Ángeles lo han registrado todo. Está escrito en el libro. Las lágrimas de los siervos y siervas piadosos, de padres, madres e hijos, de hermanos y hermanas, están en la redoma en el cielo. La agonía, la agonía humana, es llevada de lugar en lugar, y comprada y vendida. Dios restringirá su ira solamente un poquito más. Su indignación arde contra esta nación, y especialmente en contra de los cuerpos religiosos que han sancionado, y también se han envuelto en ese terrible tráfico. Una injusticia semejante, una opresión de esa clase, tales sufrimientos, pueden ser contemplados por muchos profesos seguidores del manso y humilde Jesús con una indiferencia cruel. Y muchos de ellos pueden infligir personalmente toda esa indescriptible agonía con una satisfacción abominable, y todavía atreverse a adorar a Dios. Es una burla absoluta, y Satanás se regocija acerca de ella y reprocha a Jesús y a sus ángeles a causa de inconsecuencias tan grandes, diciendo, con triunfo infernal: *¡Esos son los seguidores de Cristo!*

Esos profesos cristianos leen acerca de los sufrimientos de los mártires, y las lágrimas corren por sus mejillas. Se preguntan cómo los hombres pudieron tener corazones tan endurecidos como para practicar crueldades tan inhumanas para con su prójimo, mientras que al mismo tiempo ellos mantienen a sus semejantes en la esclavitud. Y eso no es todo. Ellos cortan los vínculos naturales y oprimen cruelmente a su prójimo día tras día. Pueden infligir torturas muy inhumanas con implacable crueldad, las cuales se pueden comparar con la crueldad que los papistas y los paganos manifestaron hacia los seguidores de Cristo. El ángel dijo: Será más tolerable la suerte de los paganos y de los papistas en el día de la ejecución del juicio divino, que para esos hombres. Los clamores y los sufrimientos de los oprimidos han llegado al cielo, y los ángeles están asombrados ante el sufrimiento indecible, cruel y agonizante que el hombre, hecho a la imagen de su Creador, inflige a su prójimo. El ángel dijo: Los nombres de los tales están escritos con sangre, cruzados con azotes, e inundados por agonizantes y ardientes lágrimas de sufrimiento. La ira de Dios no cesará hasta que él haya hecho que la tierra de la luz beba las heces de la copa de su indignación, y hasta que haya recompensado a Babilonia al doble. Dadle a ella como os ha dado, y pagadle el doble según sus obras; en el cáliz en que ella preparó bebida, preparadle a ella el doble.

Vi que el amo de un esclavo tendrá que responder por el alma de su esclavo a quien él ha mantenido en la ignorancia; y que todos los pecados del esclavo serán castigados en el amo. Dios no puede llevar al cielo al esclavo que fue mantenido en la ignorancia y la degradación, sin saber nada acerca de Dios o de la Biblia, temiendo sólo el látigo de su amo, y ocupando una posición tan elevada como las bestias de su dueño. Pero él hace lo mejor para él que un Dios compasivo puede hacer. Le permite ser como si no hubiera sido, mientras que el amo tiene que sufrir la siete postreras plagas, y más tarde levantarse en la segunda resurrección para sufrir la muerte segunda, la más terrible. Entonces la ira de Dios se aplacará.

Favor hacer referencia a: Amós 5:21; Romanos 12:19; Apocalipsis 14:9-10, 18:6.

Capítulo 34

El Fuerte Pregón

Vi a los ángeles ir y venir apresuradamente en el cielo. Estaban descendiendo a la tierra, y ascendiendo nuevamente al cielo, preparándose para el cumplimiento de algún evento importante. Entonces vi a otro ángel poderoso comisionado para descender a la tierra, para unir su voz a la del tercer ángel y para darle poder y fuerza a su mensaje. Se impartieron al ángel gran poder y gloria, y a medida que descendía, la tierra fue iluminada con su gloria. La luz que iba delante y que seguía a ese ángel, penetraba por todas partes, mientras él clamaba con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y

abhorrecible. El mensaje de la caída de Babilonia, como fue dado por el segundo ángel se repite aquí, con la mención adicional de las corrupciones que han estado entrando en las iglesias desde el 1844. La obra de ese ángel comienza en el momento adecuado, y se une a la última gran obra del mensaje del tercer ángel, a medida que éste se intensifica hasta llegar a ser un fuerte pregón. Y el pueblo de Dios es así preparado, en todas partes, para enfrentar la hora de la tentación, la cual pronto lo asaltará. Vi que una gran luz descansaba sobre ellos, y que se unieron en el mensaje, que proclamaban valientemente, con gran poder el mensaje del tercer ángel.

Se enviaron ángeles para ayudar al poderoso ángel que había descendido del cielo, y oí voces que parecían resonar por todas partes: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte en sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. Ese mensaje parecía ser un complemento del tercer mensaje y se unió a éste, como el clamor de medianoche se unió al mensaje del segundo ángel en el 1844. La gloria de Dios descansó sobre los pacientes y expectantes santos, y éstos dieron valientemente la última solemne advertencia, proclamando la caída de Babilonia, y exhortando al pueblo de Dios a salir de ella para que pudiera escapar de su terrible condenación.

La luz que fue derramada sobre los fieles que esperaban penetraba por todas partes, y los que habían recibido alguna luz en las iglesias, quienes no habían oído y rechazado los tres mensajes, respondieron al llamado y abandonaron las iglesias caídas. Muchos habían llegado a la edad de responsabilidad desde que esos habían sido dados, y la luz brilló sobre ellos, y tuvieron el privilegio de escoger la vida o la muerte. Algunos escogieron la vida, y tomaron su lugar con aquellos que esperaban a su Señor y que guardaban todos sus mandamientos. El tercer mensaje había de hacer su obra; todos habían de ser probados por él, y los que eran preciosos habían de ser llamados a salir de los cuerpos religiosos. Un poder apremiante movió a los sinceros, mientras que la manifestación del poder de Dios mantuvo con temor y restringió a los parientes y amigos, y no se atrevieron ni tuvieron el poder para obstaculizar a los que sentían sobre ellos la obra del Espíritu de Dios. La última exhortación es llevada hasta alcanzar aun a los pobres esclavos, y los piadosos entre ellos, con expresiones humildes, prorrumpieron en cánticos de arrobado gozo ante la perspectiva de su maravillosa liberación, y sus amos no pudieron contenerlos, porque un temor y asombro los mantenía en silencio. Se efectuaron grandes milagros, los enfermos sanaban, y señales y maravillas seguían a los creyentes. Dios estaba en la obra, y cada santo, sin temor a las consecuencias, seguía las convicciones de su propia conciencia, y se unía a los que guardaban todos los mandamientos de Dios, y proclamaban por todas partes y con poder el tercer mensaje. Vi que el tercer mensaje concluiría con poder y fortaleza que excederían grandemente a los del clamor de medianoche.

Siervos de Dios, imbuidos de poder de lo alto, con sus rostros iluminados y resplandeciendo con una santa consagración, salieron a cumplir su trabajo y a proclamar el mensaje del cielo. Almas que habían sido dispersadas a través de los cuerpos religiosos respondieron al llamado, y los que eran preciosos se apresuraron a salir de las iglesias condenadas, como Lot se dio prisa a salir de Sodoma antes de la destrucción de ella. El pueblo de Dios fue preparado y fortalecido por la gloria excelsa que se derramó sobre ellos en rica abundancia, ayudándolo para soportar la hora de la tentación. Escuché una multitud de voces exclamando: Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.

Favor hacer referencia a: Génesis capítulo 19; Apocalipsis 14:12, 18:2-5.

Capítulo 35

El Cierre del Tercer Mensaje

Se me señaló el tiempo cuando el mensaje del tercer ángel cerraría. El poder de Dios había descansado sobre su pueblo. Habían realizado su obra, y estaban preparados para la hora de prueba que estaba ante ellos. Habían recibido la lluvia tardía, o el refrigerio de la presencia del Señor, y el testimonio viviente había sido revivido. La última gran amonestación había cundido por todas partes y ésta había sacudido y enfurecido a los habitantes de la tierra, que no habían querido recibir el mensaje.

Vi ángeles apresurándose de un lado a otro en el cielo. Un ángel regresó de la tierra con un tintero de escribano en la cintura, y le comunicó a Jesús que había realizado su obra, y que los santos habían sido numerados y sellados. Entonces vi a Jesús, quien había estado oficiando ante el arca conteniendo los diez mandamientos, arrojar el incensario, y elevando sus manos, dijo a gran voz: *Consumado es*. Y toda la hueste angélica depuso sus coronas a medida que Jesús hizo la solemne declaración: El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía.

Vi que todos los casos habían sido decididos entonces para vida o para muerte. Jesús había borrado los pecados de su pueblo. Había recibido su reino, y se había realizado la expiación por los súbditos de éste. Mientras Jesús había estado oficiando en el santuario, se había estado llevando a cabo el juicio para los justos que habían muerto, y entonces, para los justos vivos. Se había completado el número de los súbditos del reino. Concluyeron las bodas del Cordero. Y el reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo fue dado a Jesús, y a los herederos de la salvación, y Jesús había de reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Al salir Jesús del lugar santísimo, oí el tintineo de las campanillas de su túnica, y cuando salió, una nube de oscuridad cubrió a los habitantes de la tierra. Entonces no había mediador entre el hombre culpable, y un Dios ofendido. Mientras Jesús había estado ministrando entre Dios y el hombre culpable, había un freno sobre la gente, pero cuando Jesús dejó de estar entre el hombre y el Padre, se removió el freno y Satanás tuvo el control del hombre. Era imposible que se derramaran las plagas mientras Jesús oficiara en el santuario, pero cuando su obra allí terminó, cuando su intercesión cerró, nada pudo ya detener la ira de Dios, y ésta cayó furiosamente sobre la desamparada cabeza del pecador culpable, quien había despreciado la salvación y aborrecido la reprensión. En ese terrible tiempo, después del cierre de la intercesión de Cristo los santos estaban viviendo a la vista de un Dios santo, sin un mediador. Había sido decidido cada caso y cada joya numerada. Jesús se detuvo por un momento en el departamento exterior del santuario celestial, y los pecados que habían sido confesados mientras él estuvo en el lugar santísimo, los colocó sobre el diablo, el originador del pecado. Él deberá sufrir el castigo de esos pecados.

Entonces vi que Jesús se despojaba de sus vestiduras sacerdotales, y se vistió con sus vestimentas más regias-llevaba sobre su cabeza muchas coronas, una corona dentro de otra-y rodeado de la hueste angélica dejó el cielo. Las plagas estaban cayendo sobre los habitantes de la tierra. Algunos estaban denunciando a Dios y maldiciéndolo. Otros acudían apresuradamente al pueblo de Dios, y rogaban que se les enseñara como podían escapar los juicios divinos. Pero los santos no tenían nada para ellos. Ya se había derramado la última lágrima por los pecadores, se había ofrecido la última angustiada oración, se había llevado la última carga. La dulce voz de la misericordia no habría de invitarlos más. Se había dado la última nota de advertencia. Cuando los santos y todo el cielo estaban interesados en su salvación, ellos no habían tenido interés por sí mismos. Se habían colocado ante ellos la vida y la muerte. Muchos deseaban la vida, pero no hicieron ningún esfuerzo para obtenerla. No escogieron la vida, y ya no había sangre expiatoria para purificar al pecador. No había un Salvador compasivo para rogar por ellos, y para clamar: Perdona, perdona al pecador un poco más. Todo el cielo se había unido a Jesús cuando escucharon las terribles palabras: Hecho es. Consumado es. El plan de salvación había sido completado. Sólo unos pocos habían escogido aceptar el plan, y a medida que la dulce voz de la misericordia se apagaba, el temor y el horror se apoderaron de ellos. Con terrible claridad oyeron las palabras: ¡Demasiado tarde!
¡Demasiado tarde!

Los que habían menospreciado la palabra de Dios se apresuraban de un lugar a otro. Iban errantes de mar a mar, y desde el norte hasta el este, para buscar la palabra del Señor. El ángel dijo: No la hallarán. Hay hambre en la tierra; no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír las palabras del Señor. ¿Qué no darían por escuchar una palabra de aprobación de parte de Dios? Pero no, han de seguir hambrientos y sedientos. Han despreciado la salvación día tras día, y han valorado el placer mundanal y las riquezas terrenales por encima de cualquier tesoro y aliciente celestial. Han rechazado a Jesús y despreciado a sus santos. Los sucios deberán permanecer sucios para siempre.

Una gran porción de los impíos se enfurecieron grandemente al sufrir los efectos de las plagas. Era una escena de terrible agonía. Los padres reprochaban amargamente a sus hijos, los hijos recriminaban a sus padres, los hermanos a sus hermanas, y las hermanas a sus hermanos. Se escuchaban agudos lamentos por todas partes: ¡Tu me impediste recibir la verdad que me hubiera librado de esta terrible hora! La gente se volvió en contra de los ministros con un odio acerbo y los reconviniéron, diciéndoles: Vosotros no nos advertisteis. Nos dijisteis que todo el mundo se iba a convertir, y clamasteis paz, paz, para acallar todos nuestros temores. No nos dijisteis nada acerca de esta hora, y a los que nos advertían los llamasteis fanáticos y hombres malos que nos arruinarían. Pero vi que los ministros no escaparon de la ira de Dios. Sus sufrimientos eran diez veces mayores que los de sus feligreses.

Favor hacer referencia a: Ezequiel 9:2-11; Daniel 7:27; Oseas 6:3; Amós 8:11-13; Apocalipsis capítulo 16, 17:14.

Capítulo 36

El Tiempo de Angustia de Jacob

Vi a los santos abandonar las ciudades, y juntarse en compañías para vivir en los lugares más solitarios. Los ángeles los proveían de alimento y de agua, mientras los impíos estaban sufriendo de hambre y de sed. Entonces vi a los líderes de la tierra consultando entre sí, y Satanás y sus ángeles estaban ocupados a su alrededor. Vi un edicto, del que se distribuyeron copias en diferentes partes de la tierra, dando órdenes de que a menos que los santos renunciaran a su fe peculiar, abandonaran el sábado, y observaran el primer día, la gente tendría la libertad, después de cierto tiempo, de matarlos. Pero en ese tiempo, los santos estaban serenos y tranquilos, confiando en Dios y descansando en su promesa de que se abriría ante ellos una vía de escape. En algunos lugares, antes de que se cumpliera el plazo señalado en el edicto, los impíos se abalanzaron sobre los santos para matarlos, pero los ángeles en la forma de hombres de guerra lucharon en su favor. Satanás deseaba tener el privilegio de destruir a los santos del Altísimo, pero Jesús le ordenó a sus ángeles que los guardaran, porque Dios sería honrado al hacer un pacto con aquellos que habían observado su ley a la vista de los impíos a su alrededor, y Jesús sería honrado al trasladar sin ver la muerte, a los fieles que lo esperaban, quienes lo habían aguardado por tanto tiempo.

Pronto vi que los santos sufrían una gran angustia mental. Parecían estar rodeados por los impíos habitantes de la tierra. Todo parecía estar en su contra. Algunos empezaron a temer que Dios los había abandonado finalmente, para perecer a manos de los impíos. Pero si sus ojos hubieran podido abrirse, se hubieran visto rodeados por ángeles de Dios. Después llegó la multitud de los airados impíos seguida por una masa de ángeles malos, quienes urgían a los impíos a matar a los santos. Pero para tratar de acercárseles, tenían primero que atravesar por entre esa compañía de poderosos ángeles santos lo cual era imposible. Los ángeles de Dios los hacían retroceder, y también hacían que los ángeles malos que los rodeaban, se devolvieran. Era un hora de angustia terrible y espantosa para los santos. Ellos clamaban día y noche a Dios por liberación. A juzgar por las apariencias, no había posibilidad de que escaparan. Los impíos habían comenzado a disfrutar su triunfo de antemano y gritaban: ¿Por qué vuestro Dios no os libra

de nuestra manos? ¿Por qué no ascendéis y salváis vuestra vidas? Pero los santos no los escuchaban. Estaban luchando con Dios como lo hizo Jacob. Los ángeles ansiaban liberarlos, pero debían esperar un poco más, y beber de la copa y ser bautizados con el bautismo. Los ángeles, fieles a su cometido, mantenían su vigilancia. Casi había llegado el tiempo en el que Dios iba a manifestar su gran poder, y a liberarlos gloriosamente. Dios no permitiría que su nombre fuese humillado ante los paganos. Por la gloria de su nombre, él libraría a cada uno de los que habían esperado por él pacientemente, y cuyos nombres estaban escritos en el libro.

Se me señaló al fiel Noé. La lluvia descendió, el torrente sobrevino, Noé y su familia habían entrado en el arca y Dios había cerrado la puerta. Noé le había advertido fielmente a los habitantes del viejo mundo, cuando se burlaban de él y lo escarnecían. Y mientras las aguas descendían sobre la tierra, y mientras se ahogaban uno por uno, veían el arca de la que tanto se habían burlado, flotando con seguridad sobre las aguas, preservando al fiel Noé y a su familia. De igual manera, vi que el pueblo de Dios, que había advertido al mundo de la ira venidera, sería liberado. Habían advertido fielmente a los habitantes de la tierra, y Dios no permitiría que los impíos destruyeran a quienes esperaban ser trasladados y quienes no se sometían al decreto de la bestia ni recibían su marca. Vi que si a los impíos se les permitía matar a los santos, Satanás, toda su hueste maligna y todos los que odiaban a Dios se alegrarían. Y oh, ¡qué triunfo sería para su majestad satánica, tener poder, en la lucha final, sobre aquellos que durante largo tiempo habían esperado para contemplar a Aquel a quien amaban. Los que se habían burlado de la idea de que los santos ascendieran, presenciarán el cuidado de Dios por su pueblo y verán su gloriosa liberación.

A medida que los santos abandonaron las ciudades y aldeas, fueron perseguidos por los impíos. Cuando éstos levantaban sus espadas contra los santos, las armas se quebraban y caían tan inofensivas como briznas de paja. Ángeles de Dios escudaban a los santos. A medida que clamaban día y noche, su clamor llegó ante Dios.

Favor hacer referencia a: Génesis capítulo 6-7, 32:24-28; Salmos Libro IV capítulo 91; Mateo 20:23; Apocalipsis 13:11-17.

Capítulo 37

La Liberación de los Santos

Fue a la medianoche que Dios escogió liberar a su pueblo. Mientras los impíos se burlaban a su alrededor, repentinamente, el sol apareció, resplandeciendo en todo su fulgor, y la luna se detuvo. Los impíos contemplaron la escena con asombro. Se siguieron en rápida sucesión señales y prodigios. Todo parecía haberse salido de su curso natural. Los santos contemplaban las señales de su liberación con gozo solemne.

Los arroyos cesaron de correr. Aparecieron nubes oscuras y espesas que se entrecrocaban una en contra de otra. Pero había un claro de constante esplendor, desde donde se escuchaba la voz de Dios, como el sonido de muchas aguas, la cual sacudió los cielos y la tierra. Hubo un gran terremoto. Los sepulcros se abrieron, y aquellos que habían muerto en la fe bajo el mensaje del tercer ángel, guardando el sábado, se levantaron glorificados de sus lechos polvorientos para escuchar el pacto de paz que Dios había de hacer con los que habían guardado su ley.

El firmamento se abrió y se cerró en terrible conmoción. Las montañas se sacudían como una caña en el viento, y lanzaba peñascos por todas partes. El mar hervía como una caldera y arrojaba piedras sobre la tierra. Y a medida que Dios declaraba el día y la hora de la venida de Jesús, y confería a su pueblo el pacto eterno, pronunciaba una frase y pausaba, mientras sus palabras retumbaban a través de la tierra. El Israel de Dios permanecía con la vista fija en las alturas, escuchando las palabras según procedían de los

labios de Jehová, y retumbaban a través de la tierra como el estruendo de aterradores truenos. Era un espectáculo terriblemente solemne. Al final de cada frase los santos exclamaban: ¡Gloria! ¡Aleluya! Sus semblantes resplandecían con la gloria de Dios, y brillaban como el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los impíos no podían mirarlos a causa de la gloria que reposaba sobre ellos. Y cuando la bendición sempiterna fue derramada sobre los que habían honrado a Dios, al guardar su sábado, repercutió un potente grito de victoria sobre la bestia y sobre su imagen.

Entonces comenzó el jubileo, cuando la tierra había de descansar. Vi al piadoso esclavo alzarse en triunfo y victoria, quebrantó las cadenas que lo ataban, mientras que su impío amo quedaba confuso y no sabía qué hacer, porque los impíos no podían comprender las palabras pronunciadas por la voz de Dios. Pronto apareció la gran nube blanca. Sobre ella venía sentado el Hijo del hombre.

Al vislumbrarse por primera vez a la distancia, esa nube parecía muy pequeña. El ángel dijo que era la señal del Hijo del hombre. Y a medida que la nube se acercaba a la tierra, pudimos contemplar la excelente gloria y majestad de Jesús mientras avanzaba como conquistador. Una santa comitiva de ángeles, ceñidos de brillantes y resplandecientes coronas, lo escoltaban en su camino. No hay lenguaje que pueda describir la gloria de la escena. La viviente nube de majestad y gloria insuperable se acercó más, y pudimos contemplar claramente la hermosa persona de Jesús. No llevaba una corona de espinas, sino que una corona de gloria ceñía su santa sien. Sobre su vestidura y sobre su muslo llevaba escrito el nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Sus ojos eran como llama de fuego, sus pies tenían la apariencia de bronce fino, y su voz sonaba como muchos instrumentos musicales. Su semblante era tan reluciente como el sol del medio día. La tierra tembló ante él y los cielos se apartaron como un pergamino que es enrollado, y todo los montes e islas se movieron de sus lugares. Y los reyes de la tierra, y los grandes, y los capitanes y los poderosos, y todo siervo y todo libre se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Y clamaron a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos, de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: Porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?

Aquellos que un corto tiempo antes hubieran exterminado a los fieles hijos de Dios de la tierra, tuvieron que presenciar la gloria de Dios que descansaba sobre ellos. Los habían visto glorificados. Y en medio de todas las terribles escenas que tuvieron lugar, habían escuchado las voces de los santos en gozosos tonos diciendo: He aquí este es nuestro Dios le hemos esperado, y nos salvará. La tierra se estremeció fuertemente mientras el Hijo de Dios llamaba a los santos que dormían. Ellos respondieron al llamado, y resucitaron vestidos de gloriosa inmortalidad, exclamando: ¡Victoria! ¡Victoria! sobre la muerte y sobre la tumba. ¿Dónde está oh muerte, tu aguijón? ¿dónde oh sepulcro, tu victoria? Entonces los santos vivos y los que habían resucitado, elevaron sus voces en un prolongado y conmovedor grito de victoria. Esos cuerpos enfermizos que habían descendido a la tumba, resurgieron con salud y vigor inmortales. Los santos vivientes fueron transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y fueron arrebatados con los que habían resucitado, y juntos encontraron a su Señor en el aire. Oh, qué reunión tan gloriosa. Amigos a quienes la muerte había separado, fueron reunidos para no separarse jamás.

A cada lado del carro de nube había alas, y debajo de éste había ruedas vivientes, y a medida que el carro ascendía, las ruedas exclamaban: ¡Santo! y las alas al moverse, exclamaban: ¡Santo!, y la escolta de ángeles santos alrededor del carro exclamaban: ¡Santo, santo, santo, Dios Todopoderoso. Y los santos que estaban en la nube exclamaban: ¡Gloria! ¡Aleluya! Y el carro subió hacia la santa ciudad. Antes de entrar en ésta, los santos fueron ordenados en un cuadrado perfecto, con Jesús en el medio. Él sobresalía de cabeza y hombros por encima de los santos, y también de los ángeles. Su forma majestuosa y hermoso rostro podía ser contemplado por todos los que estaban en el cuadro.

Favor hacer referencia a: 2Reyes 2:11; Isaías 25:9; 1Corintios 15:51-55; 1Tesalonicenses 4:13-17; Apocalipsis 1:13-16, 6:14-17, 19:16.

Capítulo 38

La Recompensa de los Santos

Entonces vi a un gran número de ángeles traer gloriosas coronas de la ciudad; una corona para cada santo con su nombre escrito en ella, y a medida que Jesús pedía las coronas, ángeles se las entregaban, y el amable Jesús, las colocaba en la cabeza de los santos con su propia diestra. En la misma manera, los ángeles trajeron las arpas, y Jesús también se las entregó a los santos. Los ángeles directores tocaron primero la nota, y entonces, cada voz se elevó en agradecida y feliz alabanza, y cada mano pulsó las cuerdas del arpa con destreza, produciendo música melodiosa llena de ricos y perfectos acordes. Entonces vi a Jesús conducir a los redimidos a la puerta de la ciudad. Puso su mano sobre la puerta y la hizo girar sobre sus relucientes goznes, invitó a las naciones que habían guardado la verdad a entrar. En la ciudad había todo lo que pudiera agrandar a la vista. Contemplaban gloria por todas partes. Entonces, Jesús miró a sus santos redimidos; sus semblantes irradiaban gloria, y al fijar sus amantes ojos en ellos, dijo, en su voz rica y melodiosa: Contemplo el trabajo de mi alma y estoy satisfecho. Esta excelsa gloria es vuestra para que la disfrutéis eternamente. Vuestras angustias han terminado. No habrá más muerte ni llanto ni pesar ni dolor. Vi a la hueste de los redimidos inclinarse y arrojar sus resplandecientes coronas a los pies de Jesús, y entonces cuando su bondadosa mano los levantó, pulsaron sus doradas arpas y llenaron todo el cielo con su rica música y con cánticos al Cordero.

Entonces vi a Jesús conducir a la hueste redimida al árbol de la vida, y nuevamente escuchamos su hermosa voz, mas dulce que ninguna música que jamás haya caído en algún oído mortal, diciendo: Las hojas de este árbol son para la sanidad de las naciones. Comed de él todos. En el árbol de la vida había hermosísimos frutos, de los cuales, los santos podían comer libremente. En la ciudad había un trono muy gloriosos, y de debajo de éste manaba un río puro de agua de vida, tan claro como el cristal. A ambos márgenes del río estaba el árbol de la vida. En las riberas del río había hermosos árboles que llevaban fruto bueno para comer. El lenguaje es demasiado limitado para tratar de describir el cielo. Cuando la escena se presenta ante mí, me quedo llena de admiración y arrobada por el extraordinario esplendor y por la excelente gloria, dejo caer la pluma y exclamo: Oh, ¡qué amor! ¡qué maravilloso amor! El lenguaje más excelente no puede alcanzar a describir la gloria del cielo ni la incomparable profundidad del amor del Salvador.

Favor hacer referencia a: Isaías 53:11; Apocalipsis 21:4, 22:1-2.

Capítulo 39

La Tierra Desolada

Entonces contemplé la tierra. Los impíos estaban muertos, y sus cuerpos yacían sobre la faz de ésta. Los habitantes de la tierra habían sufrido la ira de Dios en las siete postreras plagas. Se habían mordido sus lenguas de dolor y habían maldecido a Dios. Los falsos pastores fueron objeto especial de la ira de Jehová. Sus ojos se habían consumido en sus cuencas y sus lenguas en sus bocas, mientras estaban en pie. Después de que los santos fueron liberados por la voz de Dios, la ira de la multitud impía los volvió el uno en contra del otro. La tierra parecía estar anegada en sangre, y había cuerpos muertos de un cabo a

otro de ésta.

La tierra se encontraba en una condición muy desolada. Ciudades y aldeas, desmoronadas por el terremoto, eran escombros. Montañas fueron movidas de sus lugares, dejando grandes cavernas. El mar había arrojado pedazos de rocas a la tierra, y éstas se hallaban desparramadas por toda su superficie. La tierra parecía un desierto desolado. Grandes árboles habían sido arrancados de raíz y estaban esparcidos por todas partes. Aquí estará el hogar de Satanás con sus malos ángeles durante los 1000 años. Aquí estarán confinados y vagará de arriba a abajo sobre la superficie agrietada de la tierra, y verá los efectos de su rebelión en contra de la ley de Dios. Podrá disfrutar por 1000 años de los efectos de la maldición que causó. Limitado solamente a la tierra, no tendrá el privilegio de ir a otros mundos para tentar y mortificar a los que no han caído. En ese tiempo, Satanás sufre intensamente. Desde su caída sus características malignas han sido ejercitadas constantemente. Entonces se verá privado de su poder, y dejado para que reflexione acerca del papel que él ha tenido desde su caída, y para esperar con temblor y terror el terrible porvenir cuando deberá sufrir por todo el mal que ha hecho, y ser castigado por todos los pecados que ha hecho que se cometan.

Entonces escuché gritos de triunfo provenientes de los ángeles y de los santos redimidos, los cuales sonaban como diez mil instrumentos musicales, porque ya no serían molestados ni tentados por el diablo, y porque los habitantes de otros mundos habían sido liberados de su presencia y de sus tentaciones.

Entonces vi tronos, y Jesús y los santos redimidos se sentaron en ellos; los santos reinaron como reyes y sacerdotes para Dios, y los impíos muertos fueron juzgados, sus acciones fueron comparadas con el libro de estatutos, la palabra de Dios, y fueron juzgados de acuerdo a las obras realizadas en el cuerpo. Jesús en unión con los santos, le asignó a los impíos la porción que debían sufrir, de acuerdo a sus obras, y fue escrito en el libro de la muerte, al lado de sus nombres. Satanás y sus ángeles también fueron juzgados por Jesús y los santos. El castigo de Satanás había de ser mucho mayor que el de aquellos que había engañado. Excedía tanto al castigo de ellos que no se podía comparar con éste. Después de que todos los que él engaña hayan perecido, Satanás habrá de vivir aún y sufrir por más tiempo.

Cuando terminó el juicio de los impíos muertos, al final de los mil años, Jesús abandonó la ciudad, y una escolta de la hueste angélica lo siguió. Los santos también fueron con él. Jesús descendió sobre un grande y alto monte, el cual, tan pronto como sus pies lo tocaron, se partió en dos y se convirtió en una inmensa llanura. Entonces, elevamos nuestra mirada y vimos la gran y hermosa ciudad, con doce fundamentos, doce puertas, tres a cada lado, y con un ángel a cada puerta. Clamamos ¡La Ciudad! ¡La gran ciudad! ¡Está descendiendo del cielo, de Dios! Y ésta bajó en todo su esplendor y magnífica gloria y reposó en la extensa llanura que Jesús había preparado para ella.

Favor hacer referencia a: Zacarias 14:4-12; Apocalipsis 20:2-6, 20:12, 21:10-27.

Capítulo 40

La Segunda Resurrección

Entonces Jesús y toda su santa escolta de ángeles con todos los santos redimidos dejaron la ciudad. Los santos ángeles rodearon a Jesús y lo escoltaron en su camino y el séquito de los santos redimidos los siguió. Entonces Jesús, con una majestad imponente y terrible, llamó a los impíos muertos, y a medida que resucitaron, con los mismos cuerpos débiles y enfermizos con que descendieron a la tumba, ¡qué espectáculo presentaron! ¡qué escena! En la primera resurrección, todos despertaron en radiante inmortalidad, pero en la segunda, las marcas de la maldición son visibles en todos. Los reyes y los hombres nobles de la tierra resucitan con los rudos y los degradados, los eruditos y los ignorantes juntamente.

Todos contemplan al Hijo del hombre, y los mismos hombres que despreciaron y burlaron a Jesús, quienes lo hirieron con la caña, y pusieron la corona de espinas sobre sus sagradas sienes, lo contemplan en su regia majestad. Los que lo escupieron en la hora de su juicio, ahora se apartan de su penetrante mirada y de la gloria de su semblante. Aquellos que enterraron los clavos en sus manos y sus pies, ahora ven las marcas de su crucifixión. Los que le hirieron el costado con la lanza ven las marcas de su crueldad en su cuerpo. Y se dan cuenta que él es Aquel mismo que crucificaron y a quien burlaron en su agonía moribunda. Entonces se levanta un largo y prologado lamento de agonía, mientras huyen de la presencia del Rey de reyes y Señor de señores.

Todos tratan de esconderse en las rocas, y de escudarse de la terrible gloria de Aquel a quien una vez despreciaron. Todos están sobrecogidos y angustiados por su majestad y extraordinaria gloria, y al unísono elevan sus voces, y con terrible claridad exclaman: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Luego Jesús y los santos ángeles, acompañados por todos los santos entraron nuevamente en la ciudad, y los amargos lamentos y las quejas de los impíos perdidos llenaron el aire. Entonces vi que Satanás comenzaba su obra de nuevo. Se movía entre sus súbditos, fortaleció a los débiles y les dijo que él y sus ángeles eran poderosos. A continuación, señaló los innumerables millones que habían sido resucitados. Entre ellos había poderosos guerreros y reyes diestros en batalla, y quienes habían conquistado reinos. Y había robustos gigantes, y hombres valientes que nunca habían perdido una batalla. Allí estaba el orgulloso y ambicioso Napoleón cuya llegada había hecho temblar a reinos. Allí había hombres de gran estatura y de porte digno y elevado, quienes habían caído en la batalla. Cayeron mientras estaban sedientos de conquista. Cuando salieron de sus tumbas, resumieron la corriente de sus pensamientos donde éstos habían cesado en la muerte. Poseían el mismo espíritu de conquista que los dominaba cuando cayeron. Satanás consultó con sus ángeles y entonces, con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Luego observó al vasto ejército y les dijo que la compañía que estaba en la ciudad era pequeña y débil, que ellos podían subir contra ella tomarla, arrojar fuera a sus habitantes, y adueñarse de sus riquezas y gloria.

Satanás tuvo éxito en engañarlos, e inmediatamente todos comenzaron a prepararse para la batalla. Construyeron armamentos de guerra, porque en ese enorme ejército había muchos hombres hábiles. Y entonces, con Satanás a la cabeza, la multitud se puso en marcha. Los reyes y los guerreros seguían de cerca a Satanás, y la multitud iba detrás, en compañías. Cada una de ellas tenía un capitán, y marchaban en orden a medida que avanzaban sobre la agrietada superficie de la tierra hacia la ciudad santa. Jesús cerró las puertas de la ciudad, y ese numeroso ejército la rodeó y se asentó en orden de batalla para asediarla. Habían preparado toda clase de pertrechos de guerra, esperando involucrarse en un fiero conflicto. Se acercaron a la ciudad. Jesús y toda la hueste angélica, con sus relucientes coronas sobre sus cabezas, y todos los santos con sus brillantes coronas, ascendieron a lo alto del muro de la ciudad. Jesús habló con majestad y dijo: ¡Contemplad, pecadores, la recompensa de los justos! ¡Y mirad, vosotros mis redimidos, la recompensa de los impíos! La innumerable multitud contempla a la compañía sobre los muros de la ciudad. Y al ver el esplendor de sus resplandecientes coronas, y ver sus rostros radiantes de gloria, expresando la imagen de Jesús, y al contemplar la inexpresable gloria y majestad del Rey de Reyes, y Señor de señores, su valor decayó. El sentido del tesoro y la gloria que han perdido los embargó y se dan cuenta de que la paga del pecado es muerte. Ven a la santa y feliz compañía a quien ellos despreciaban revestida de gloria, de honor, de inmortalidad y de vida eterna, mientras que ellos están fuera de la ciudad con todo lo más degradado y abominable.

Favor hacer referencia a: Mateo 23:29; Apocalipsis 6:15-16, 20:7-9, 22:12-15.

Capítulo 41

La Segunda Muerte

Satanás se precipitó en medio de ellos y trató de excitar a la multitud a la acción. Pero llovió sobre ellos fuego de Dios desde el cielo, y los grandes, los poderosos, los hombres nobles, al igual que los pobres y los miserables, son consumidos conjuntamente. Vi que algunos eran destruidos rápidamente, mientras que otros sufrían por más tiempo. Eran castigados de acuerdo a las obras hechas en el cuerpo. Algunos demoraban muchos días para consumirse, y mientras todavía quedase una porción de ellos que aún no se hubiese consumido, el resto conservaba el pleno sentido del sufrimiento. El ángel dijo: El gusano de la vida no morirá ni su fuego se apagará mientras quede una pequeña partícula que éste pueda devorar.

Pero Satanás y sus ángeles sufrieron por mucho tiempo. Satanás no solamente llevó el peso y el castigo de sus pecados, sino también los pecados de toda la hueste redimida fueron colocados sobre él, y deberá sufrir por la ruina que causó a los que engañó. Entonces vi que Satanás y toda la multitud de los impíos, fueron consumidos y la justicia de Dios estuvo satisfecha, y toda la hueste angélica y todos los santos redimidos, exclamaron en alta voz: ¡Amén!

El ángel dijo: Satanás es la raíz, sus hijos son las ramas. Ya han sido consumidos, raíz y rama. Han muerto de una muerte eterna. Nunca tendrán una resurrección y Dios tendrá un universo limpio. Entonces miré; y vi que el fuego que había consumido a los impíos quemaba los escombros y purificaba la tierra. Nuevamente miré, y vi la tierra purificada. No había ni una sola señal de la maldición. La agrietada y desigual superficie de la tierra se veía ahora como una extensa y uniforme llanura. Todo el universo de Dios estaba limpio, y la gran controversia había terminado para siempre. Doquiera miráramos, todo aquello sobre lo cual descansáramos la mirada, era hermoso y santo. Y toda la hueste redimida, los viejos y los jóvenes, arrojaron sus resplandecientes coronas a los pies de su Redentor, y se postraron en adoración ante él, adorando al que vive para siempre jamás. La hermosa tierra nueva, con toda su gloria, era la herencia eterna de los santos. El reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, entonces fue dado al pueblo de los santos del Altísimo, quienes lo poseerían para siempre jamás.

Favor hacer referencia a: Isaías 66:24; Daniel 7:26-27; Apocalipsis 20:9-15, 21:1, 22:3.